

A u r o r a B e r t r a n a

T E K A O

T E K A O

=====

Novela

por

AURORA BERTRANA

Aprovechando el viento terral, la goleta Tongaite había salido de Raiatea rumbo a Fakarava.

Ningún tripulante sabía cuantos días tardarían en llegar y pronto se olvidaron también de los que llevaban navegando. A bordo, el tiempo parecía suspendido.

El mar, como una inmensa lámina de zinc, despedía reflejos cegadores. El leve rumor que producía el tajamar al rasgar el agua, quebraba únicamente el gran silencio del espacio.

Ninguna vista, por fina que fuere, llegara a descubrir otro navío cruzando por aquellos parajes, sólo una medusa con su vela pueril de un rosa amoratado, pasaba a barlovento de la Tongaite.

Muy de tarde en tarde el aliseo se despavilaba, exhalaba una o dos bocanadas sobre la goleta y en seguida Ouvea, el patrón, lanzaba una orden con voz estentoria. Dos o tres hombres bronceados y atléticos llevando como único vestido un paño cruzado entre los muslos y la cintura, surgían del enterimado, poníanse con pereza a tirar de las drizas. Gemían las vergas, chirriaban las poleas, chasqueaban las velas y el foque. La Tongaite se estremecía desde la quilla al pomo del gran mástil.

Pero el aliseo se fatigaba pronto de soplar. Las velas y el foque colgaban lacios a lo largo de los mástiles; las vergas oscilaban sobre su eje. En el agua refulgente, la Tongaite mecía a sus hombres como una cuna. La medusa viajera, arrastrada sin duda por

una sutil corriente, pasó de estribor a babor, a algunas brazas de la proa.

Los marineros yacían de nuevo boca arriba con los brazos en cruz. No dormían, ni velaban; se abandonaban al letargo del calor y la calma. Habían olvidado la tierra con sus placeres, sentíanse prisioneros del mar, destinados a vivir y quizá morir en el mar, como si más allá del mar sólo hubiera mar siempre mar ...

Entre las grandes manos nerviosas del piloto la rueda del timón parecía también dormir. Con el ceño fruncido bajo el ala generosa de su sombrero de pendaneo, el mestizo escrutaba impaciente el horizonte. Podía distinguir a distancias incalculables, un cambio de color en el mar anuncio de unas ráfagas capaces de tender el trapo y arrancar a la Tongaite de aquella inmovilidad desesperante.

De pronto se paró su mirada en una silueta de mujer inmóvil sobre la toldilla de popa. Era una indígena de Uturoa, único pasajero de la goleta. Llevaba trasparente túnica color de rosa sobre el floreado pareo azul oscuro y un gran sombrero de paja del país. El pesado manto de sus negros cabellos se le esparcía por los hombros y la espalda.

Permanecía todo el viaje sentada con las piernas cruzadas y las manos en el regazo. Sus grandes ojos tristes y velados miraban sin cesar el mar. Había subido a bordo con provisiones de boca para el camino y una almohada de bambú trenzado repleta de algas marinas. Y desde entonces, no se había movido de la toldilla. Comía y se inmovilizaba, volvía a comer y se acostaba con el cojín entre la cabeza y el brazo replegado, la negra cabellera esparcida por los hombros, pecho y espalda.

Los tripulantes la habían invitado a compartir con ellos la modesta pitanza de a bordo pero ella rehusó.

De pronto el piloto sintió una sed abrasadora: le quemaba la garganta i le secaba la lengua pegándosela al paladar.

- !Makeo!

Uno de los durmientes se incorporó, puso una rodilla en la cubierta, se quedó mirando al patrón.

- !Traeme un jugo de coco!

De un solo golpe de machete, el joven quebró la nuez en dos. Acercose al patrón con una mitad en cada mano, le alargó la más honda. Iba tal vez a sorberse la otra, cuando Ouvea le señaló la figura inmóvil en la toldilla.

- Súbesela.

Makeo, con el brazo en alto, sin verter ni una gota del precioso líquido, subió la escalerilla y ofreció el medio coco a la muchacha. Quiso ella rechazarlo pero desde el timón Ouvea voceó:

- Bebe!

La pasajera obedeció. Sorbía con cuidado y parsimonia levantando en alto un torneado brazo que terminaba en una mano regordeta. Cuando hubo vaciado la media nuez, con gesto olímpico tiró la cáscara vacía al mar y se abandonó de nuevo a su inmovilidad de ídolo.

Los hombres dormían o soñaban. Ouvea escrutaba otra vez el horizonte. La medusa había desaparecido sotavento.

De súbito, allá a lo lejos, al límite del horizonte visible, en el espejo refulgente del mar, apareció una mancha de un azul intenso. Las aletas de la nariz de Ouvea empezaron a palpar.

- !Preparaos a la maniobra!

Surgieron de nuevo los adormecidos tripulantes, quedaron-se en pié sobre las desnudas piernas separadas, la vista fija en el patrón.

El primer soplo del aliseo los halló aún inmóviles pero al segundo, chirriaron las poleas, crugió la botavara, chasquearon las velas y la Tongaite, sacudida por dos o tres estremecimientos, se inclinó a estribor, comenzó a cortar las olas nerviosas y frecuentes.

Todo parecía revivir: el velero, los hombres y hasta la pasajera. Las aletas de la nariz se le estremecían también como las de Ouvea y la mirada le brillaba. Habíase quitado el sombrero de la cabeza y lo sostenía en las manos; sacudidas por el viento, las anchas alas se agitaban como las de un gran pájaro cautivo. La melena se le desmadejó también. Empezó a voltear cruzándole el rostro, envolviéndole los hombros y el cuello.

En el timón, el piloto se las había con el mar. La Tongaite volvía a ser un barco no una balsa, resbalaba sobre las olas, las cortaba con su espolón, las recibía en su costado: chas, chas, chas ... como recios bofetones bien encajados, mientras la proa, chas, chas, chas ... los devolvía a la marejada.

La goleta despachó unas buenas millas en pocas horas y al amanecer del día siguiente apareció por estribor una isleta coronada de palmeras. Era uno de esos múltiples anillos de coral esparcidos por el sur del Pacífico, probablemente inhabitado y desde luego sin nombre.

La resaca batía la costa dibujando un festón de espuma en rededor de la corona de palmas. La voz monótona de las olas se levantaba del islote solitario, se esparcía por el aire, llegaba hasta la Tongaite. En el interior del anillo, al otro lado de la franja de coral, entre los troncos esveltos de las palmeras, veíase espejear la laguna interior.

De aquel islote perdido en el Pacífico, vanguardia de los

centenares de islas que forman el Archipiélago Peligroso, venía hasta la goleta una sensación de paz y de calma. El viajero que no se detenía jamás allí podía imaginarse el goce de reposar a la Sombra de las inmensas palmas mecientes, bucear en el agua cristalina viendo las irisadas flores del coral y los peces azules y colorados, atravesar en piragua la laguna de parte a parte pescando, cantando, soñando ...

Pero el islote solitario con sus supuestos goces se perdió a estribor de la Tongaite y el mar, de un azul deslumbrante adormeció de nuevo a los hombres y a la pasajera.

A medio día, Makeo se acercó a Ouvea que timoneaba todavía.

- Hikuera, patrón.

Ouvea comprendió que era en aquella isla que debía desembarcar la muchacha. Esta bajaba cachazudamente de la toldilla con el cojín de bambú y el sombrero de pandaneo envueltos en el pareo raneado. Se acercó al timonel y le sonrió. Luego se volvió a los tripulantes y les sonrió también; Sus sonrisas eran el único pago que pensaba ofrecer por el pasaje y las molestias del desembarco.

En un par o tres de bordadas la Tongaite llegó a menos de media milla de la costa de Hikuera. Arriaron las velas, dejando solo el foque, hecharon un ancla flotante y botaron la chalupa al agua. Mientras la tripulación maniobraba, la pasajera había apoyado todo su cuerpo en el pasamano: contemplaba la isla anhelante. Hikuera, como todas sus hermanas coralinas, formaba un anillo cubierto de palmas y, también como todas ellas, daba la sensación de una tierra inestable que el mar podía tragarse a la primera ocasión. Los hombres sentían cierto pesar al abandonar a la joven sobre ese anillo flotante, como un naufrago, sin otro amparo que un salvavidas.

Desde la cubierta de la Tongaite no se distinguía señal alguna de vida: ni una choza ni un esquife amarrado a la orilla ni una red ni una nasa tendida en la playa. Sólo las montañas espumosas de la resaca rumureaban novedizas.

Ouvea se acercó a la pasajera.

- ¿Te espera alguien?

- No ...

- ¿Qué te trae a Hikuera?

- Murieron mis padres adoptivos allá en Raĭatea, vengo en busca de mi madre natural.

- ¿Cuanto tiempo llevas fuera de aquí?

- No se ... Quizá diez años.

- ¿Que harás si no hallas a tu madre?

Ella lo miró fijamente, no contestó.

- ¿Qué harás si no hallas a tu madre? - repitió obstinado el patrón.

- Volveré a Raĭatea.

- ¿Quién te llevará?

La muchacha lo seguía mirando de una manera especial. Ouvea comprendió el lenguaje de aquellos grandes ojos velados.

- Yo no suelo traer flete a Hikuera.

- Tal vez un día ... murmuró ella.

La escala colgaba por el costado de la goleta hasta la chalupa. Desde abajo uno de los hombres tendió los brazos a la pasajera. Pero ella le tiró sólo el cojín y el sombrero bien liados en el paño rameado. Agil y diestra, pasó las piernas por encima la borda, bajó de cuerda en cuerda hasta la meciente navecilla. Luego levantó la vista y sonrió al patrón. Sus dientes y sus ojos brillaban.

- Un día vendré a por ti, le gritó Ouvea.

- Pregunta por Ariatea de Uturoa.

La Tongaite borneaba suavemente sobre su ancla flotante, el rumor ritmado de los golpes de remo llegaba a bordo cada vez más apagado. Los remeros no abordaron directamente la playa; aunque el mar estaba en calma era peligroso desembarcar en aquella costa. Buscaron el paso y remando contra la corriente, lograron penetrar en la laguna.

El agua, quieta y brufida como un espejo, reflejaba, con una exactitud alucinante, los cocoteros boca abajo.

Los dos hombres dejaron de remar, metieron el remo perpendicularmente en el agua, clavaron la punta en el fondo, acercaron la embarcación a la orilla apoyándola sobre la arena.

La joven saltó a tierra sin olvidar su modesto equipaje, sonrió a los dos marineros y comenzó a caminar por el coral.

- Paraheira van! - le gritó uno de ellos.

Sin detenerse ella volvió el rostro:

- Paraheira autou!

Ariatea avivó el paso, pero al cabo de unos cincuenta o sesenta metros por la playa ardiente y desierta, el andar se le hizo más lento, más indeciso, más perezoso. Seguía la orilla del mar interior junto al agua esmaltada que despedía reflejos cegadores. Sus pies descalzos producían en el coral pulverizado un crugido suave. De las playas exteriores le llegaba el estruendo intermitente, pero constante, de la resaca. De pronto se paró. ¿Y si la isla estuviera desierta? Recordaba que muchas de estas isletas habían sido pobladas por fugitivos de otras islas, superpobladas y luego abandonadas por sus habitantes. Recordaba también

que la escasa tierra que allí hay es de importación, la venden los marinos traficantes y un pescador de conchas madreperlas de Maupiti, le había contado que cambiaba un kilo de nacar por un kilo de buena tierra.

Había caminado varios centenares de metros sin hallar el menor vestigio de vida y la idea de morir de hambre y de sed en esa tierra inhóspita, la estremeció de espanto.

A medida que avanzaba iba perdiendo coraje. A penas podía ya contener los sollozos que pugnaban por salirsele de la garganta, cuando entre los troncos de las palmeras, divisó un grupo de chozas.

Renació la esperanza de hallar a su madre, aunque a penas la recordaba. Creyendo procurarle holgura y seguridad, Metiaroa la había entregado a unos indígenas de Raiatea conocidos suyos, los cuales prodigaron a la niña mil tiernos cuidados. Hasta que murieron, los dos en pocos días de una enfermedad misteriosa, Ariatea no sintió la necesidad de aproximarse a la mujer que le había dado la vida.

Un grupo de indígenas, hombres, mujeres y niños, rodeaba a la recién llegada. Al parecer nadie conocía a esa Metiaroa de Makemo. ¿Estaba segura de no equivocarse de isla? Aquella era Hikuera, separada de Makemo por miles y miles de brazas.

Ariatea explicaba que Metiaroa nada tenía que ver con Makemo. Su madre había nacido en Hikurea donde vivieron juntas hasta que ella tuvo cuatro o cinco años.

- ¿Y por qué no seguías viviendo juntas? - preguntó una mujer.

Ariatea se encogió de hombros. Luego insistió.

- Metiaroa se halla seguramente en Hikurea.

- Nunca oímos hablar de ella.

- Como no esté en Maraité ... - dijo una vieja.- Creo re-

cordar que vivía allí una mujer llamada Metiaroa.

- ¡Y dónde se halla Maraité? preguntó anhelante Ariatea.

La mujer que había hablado, señaló con el dedo un punto incierto, al norte de la laguna.

Ariatea no esperó más, púsose en marcha dándole las gracias.

Mientras volvía a caminar se acordó de Ouvea y de los tripulantes. Ahí, si la Tongaité estuviera aún allí! Era preferible ir a parar a Makarava que permanecer en ese desventurado islote. De Makarava podría volver con el patrón a Raíatea. Levantó la mirada, escogió la palmera más alta, tiró al suelo el sombrero de pandaneo y el cojín de bambú, se despojó de la túnica rosa y entrelazando el tronco con brazos y piernas, comenzó a trepar por él hasta la cima. Separaba las palmas que le privaban de ver el mar y conteniendo la respiración escrutaba el horizonte marino. Sólo veía el azul deslumbrante. Pero, de pronto, al noroeste de Hikurea, vislumbró la mancha blanca del velamen, lejos, increíblemente lejos ya del islote.

Deslizose por el tronco de la palmera, revistió la túnica rosa, recogió su modesto equipaje y volvió a caminar.

En el segundo poblado, situado a penas a unos centenares de metros del primero, los habitantes tampoco conocían a Metiaroa. Ninguno de ellos había nacido allí. Venían de una isla destruida por una ola gigante. Eran los únicos supervivientes de aquella marejada monstruosa. Se habían salvado encaramándose a las palmeras antes de que llegara. Pasó arrastrando a la gente con sus chozas y sus piraguas, destruyéndolo todo a su paso. Del oceano revuelto sólo emergían los cocoteros más resistentes; la isla había desaparecido bajo las aguas.

Unas horas después el mar volvía a estar en calma pero la

isla seguía sumergida. Mecidas por las olas, una o dos piraguas flotaban a lo lejos; unos hombres fueron a buscarlas a nado y en ellas se embarcaron los supervivientes haciendo rumbo a lo desconocido. La primera tierra que vieron era Hikuera y allí se instalaron.

Ariatea preguntó cuanto tiempo llevaban allí. Le contestaron:

- Una infinidad de lunas.

Ariatea preguntó aún si la ola gigante había pasado también por Hikuera. Tampoco podían darle razón de ese detalle.

Llegó un hombre muy viejo, se acercó lentamente al grupo; alguien le explicó lo que la forastera buscaba.

- En Maraito murió una mujer llamada Metiaroa. La metimos en su piragua, la llevamos mar adentro y la abandonamos allí: el mar habrá sido su sepultura.

Ariatea se esforzaba por contener el llanto.

- ¿Por qué al mar? Podía no estar muerta aún, podía despertar en esa gran soledad salada ...

- El zagal reposaba junto a su cuerpo, al fondo de la embarcación. Si despertaba podía regresar.

Ariatea se dirigió al anciano.

- En las islas montañosas los blancos entierran a sus muertos y los nativos también lo practican.

- Aquí no hay tierra.

Todos parecían tener al anciano en gran concepto. Desde que se había acercado al grupo nadie había vuelto a hablar. Miraban a Ariatea extrañados. ¿Como explicarse que esa criatura joven y hermosa hubiera abandonado un paraíso para abordar la miserable isla coralina donde no vería más correr el agua ni crecer los frutos y las flores?

Ariatea volvía a caminar. No quería aceptar la hospitalidad de aquellas buenas gentes, prefería seguir buscando a Metiarca. No llegaba a creer que hubiera muerto precisamente cuando ella la necesitaba.

De pronto los ánimos la abandonaron otra vez; se echó al suelo y ocultó el rostro en las manos. El aliseo mecía las palmas por encima de su cabeza; los grandes flecos verdes y duros se agitaban, se entrechocaban; producían un rumor profundo que ahogaba sus sollozos.

Ouvea y su Tongaite debían haber desaparecido ya en el mar; era inútil pensar en alcanzarlos. Pronto se cansó Ariatea de llorar. Púsose en pie dispuesta a no contar más que con las propias fuerzas. Quitose la túnica rosa, la plegó con cuidado, la dejó junto al escabrero de pandaneo y el cogín de bambú.

Cefido a las caderas y terminando en lo alto del muslo, llevaba un paño azul oscuro con grandes flores blancas estampadas. Según los blancos y sus enseñanzas de recato y pudor, Ariatea debía conservarlo puesto. Tiróse al agua y comenzó a nadar. Mientras con movimientos lentos y hábiles se adentraba por la laguna, recordaba a Metiarca. Su madre apresaba un pez en pleno nado. Ariatea se sumergió. La deslumbrante hermosura de colores y formas, de luces y movimientos, esa magia imponderable del mundo del coral y la madreperla se ofrecía a sus ojos indiferentes. Ariatea, como un monstruo dañino, perseguía a los peces. Peces y ostras perleras habían sido siempre el alimento principal de aquellos isleños, la muchacha no lo había olvidado. Pero en Raiatea no tenía necesidad de preocuparse de la alimentación; no estaba acostumbrada a pescar con las manos como su madre. Los peces se le escurrían de los dedos, las ostras se resistían a dejarse arrancar del coral.

Fatigada de sus inútiles esfuerzos, salió de nuevo a la

superficie. Se retorció la cabellera, luego el paño que le ceñía el cuerpo, quedando así unos minutos desnuda como una ninfa solitaria bajo la luz cebrada y movediza de las palmeras.

Volvió a ceñirse el cuerpo con el paño rameado, húmedo aún. Se encaramó a un cocotero, escogió dos de sus más tiernos frutos y los precipitó a la playa. Pero no llevaba cuchillo alguno en su modesto equipaje: no podía abrirlos ni sorber el delicioso jugo y tampoco estaba allí Makeo para partirlos en dos mitades y ofrecerle una de ellas.

Agobiada por tanto infortunio, más hambrienta y sedienta que antes, se abandonó sobre el coral. Gemía suave y quedamente como un niño mimado que se resiste a creer en el desamparo de los mayores. A poco se quedó dormida.

La despertó un ruido lejano, apagado y rítmico. Entreabrió los párpados, vió que estaba tendida en la playa de coral. Aquellos golpes eran sin duda los de un zagal en el agua. La laguna no cegaba ya con su brillo: sobre la superficie suavemente irisada pasaban grandes estriás de carmín y de púrpura. Se oía menos el estampido regular de la resaca; el cielo, el mar, el anillo coralino que formaba la isla se preparaban ya al reposo. Iba a llegar la noche con su misterioso cortejo de silencio y de sombras.

Los golpes de zagal parecían alejarse; el piragüero invisible iba a alejarse de aquella orilla sin descubrir su presencia. Púsose en pie, corrió hasta el borde del agua.

- ¡Oé! ¡Oé!

Oyó el eco de sus gritos repercutir en la orilla de enfrente: "¡Oé! ¡Oé!" gritaba también el cocotal sombrío. Ariatea se estremeció de espanto. El miedo empero le prestó nuevos ánimos.

- ¡Oé! ¡Oé! ¡Oé!

Diríase que los golpes regulares del zagal cesaban unos segundos. Ariatée los aprovechó para gritar más fuerte.

- ¡Estoy aquí!

Otra vez los golpes resonaron en el gran silencio de la laguna.

- ¡Aquí!!Aquí! ¡Aquí! voceaba la muchacha con desesperada vehemencia.

En su ansia de ser vista y oída, se había adelantado hasta meter los pies en el agua. Esperó allí con el oído atento y el corazón convulso. De pronto apareció una piragua con un hombre de pie en el centro de la embarcación. Acababa de doblar una punta cubierta de palmeras. Dos o tres golpes de zagal bastaron para cambiar el rumbo. Piragüero y piragua se destacaban en oscuro sobre la irrisación del agua; venían hacia Ariatée.

El sol no había aún desaparecido en el cielo, estaba resbalando por detrás de la masa negra y compacta de los cocoteros. Una gran refulgencia roja, como una monstruosa llamarada, iluminó y coloreó la costa este, tiñó de fulgores sanguíneos los troncos de los árboles. La laguna pareció de pronto un inmenso brasero, una fragua infernal donde iban a consumirse el hombre y su esquite. Pero aún no habían llegado a la orilla, cuando la luz del cielo y del agua se desmayó rápidamente. Al resplandor rojo sucedió una claridad anaranjada. Pasó en un instante al rosa, al lila, al morado y al cárdeno, convirtiéndose en reflejos opalinos, luego en azules y rosados.

El piragüero estaba a pocos metros de la playa cuando dejó de pagayar. Ya no se destacaba en negro su agigantada silueta. Veíasele el color bronceado de la piel, el negro mate de la crespa cabellera que como un casco majestuoso se levantaba sobre su frente y el paño abigarrado liado entre las piernas y la cintura. Aquel cuerpo agi-

gigante, de musculatura potente, en su inmovilidad de estatua, no parecía el de un simple mortal sino el de un dios marino. Ariatea lo miraba en silencio, estremecida de temor. Ya no sabía si prefería la soledad y el hambre a la presencia del imponente desconocido. Ese gigante bronceado de atlética musculatura era capaz de asirla con una sola mano, meterla en la piragua y llevársela hasta su choza, divertirse con su cuerpo y luego devorarlo para la cena.

Recordaba en aquel momento que en Raiatea se decía que los habitantes del Archipiélago Tuamotu eran aún antropófagos.

Pero era tarde para retroceder: ella había gritado pidiendo auxilio al invisible piraguero y allí estaba él mirándola con sus grandes ojos oscuros y asombrados.

El indígena dudaba también de la realidad de lo que veía. Una mujer de piel clara y mate, grandes ojos de larguísima pestañas azuladas, negra y abundante cabellera que le cubría los hombros y una parte del cuerpo, le miraba fijamente. ¿Acaso no era al atardecer el momento de las apariciones? ¿Acaso los duendes malignos no aprovechaban esa falsa luz del crepúsculo vespertino para tomar formas seductoras de mujer y llevar a los hombres engañados a lugares de donde nunca ha vuelto nadie? Tekao había visto muchas mujeres seductoras en la disipada Fakarava pero nunca en Hikueru. Tal vez esa mujer de túnica rosa y cabellera flotante era la misma diosa de la laguna, aquella de quien todos hablan y nadie ha visto, la que aplaca los vientos y despeja las nubes, la que desencadena huracanes que asolan la isla, arrancan de cuajo las palmas de los cocoteros, mientras las chozas se desmoronan y los isleños, locos de espanto, se tiran al suelo, y bien abrazados a un tronco de árbol claman a esa divinidad invisible, pidiéndole clemencia.

Tekao seguía silencioso, de pie, inmóvil en su piragua. Es-

peraba que la aparición se manifestara para desembarcar o por el contrario alejarse de aquella playa a rápidos golpes de zagal. Esa mujer había gritado: "¡Oé! ¡Oé!" como cualquier mortal en peligro. Pero tal vez fuera una estratagema para hacerlo desembarcar, apoderarse de él, arrastrarlo a ese misterioso país del que hablan los antiguos.

Allí estaban el uno frente al otro separados por diez o doce metros de laguna, mirándose con las pupilas dilatadas.

Pero Ariatea sonrió de pronto y en seguida Tekao sonrió también.

- He llamado, - explicó la muchacha, - porque estaba sola y tenía miedo.

- ¿De donde vienes?

- De Rañates.

- ¿Como viniste?

- A bordo de una goleta, la Tongaita.

- ¿Que buscas en Hikuera?

- Busca a mi madre, Metiaroa de Makemo. ¿La conoces tu?

- La recuerdo muy bien, - dijo Tekao. Dudó un momento, luego se decidió: - Murio tiempo ha; los antiguos confiaron su cuerpo al mar.

Ariatea recordó las palabras del extraño viejo. No le quedaba duda: su madre natural ya no existía.

Olvidado ya el temor al desconocido se puso a gemir quedamente.

- Y ahora ¿qué hago?

- Ven conmigo. Llevo cantidad de pescado en el fondo de la piragua y en mi choza hay palmas secas para encender una hoguera y cocerlo. Tengo también cocos tiernos y raíces de taro ...

Saltó al agua, se acercó chapoteando a Ariatea.

- Te llevaré en mis brazos para que no se te moje el vestido.

Ariatea recogió el sombrero de pandaneo, el cojín de bambú los envolvió en el paño rameado.

El pescador la trasladó hasta la piragua, la dejó delicadamente en la proa, se embarcó luego y empezó a pagayar.

Algunos peces que dormían entre dos aguas, se despertaron asustados, saltaron a la superficie con el lomo arqueado, se proyectaron al espacio relámpagueando como otras tantas medias lunas de hojalata. Con un ruido de breve chubasco volvieron a hundirse en la laguna dejando en ella pequeñas arrugas en forma de círculo.

La noche dejaba caer sus velos azules uno tras otro sobre el agua y el agua era de pronto gris con reflejos movados mientras los cocoteros aparecían de un verde oscuro casi negro. El gran misterio de las sombras envolvía la isla. En Hikiera ningún habitante se arriesgaba a navegar ni a circular después del crepúsculo y el firme y rítmico golpe de zagual de Tekao resonaba a gran distancia, alarmaba a los indígenas de los poblados circundantes. Sólo los espíritus de las tinieblas se atrevían a navegar o a circular a aquella hora. Males nuevos amenazaban tal vez a la isleta. ¿No había llegado como caída de las nubes una muchacha vestida con una túnica rosa transparente preguntando con insistencia por una muerta sepultada tiempo atrás en el fondo del mar? La muchacha desconocida se había perdido coral allá bajo las palmas como un fantasma. ¿Dónde estaría al caer la noche? Quizá hubiera invocado el espíritu de la muerte, rogándole que le devolviera a su madre. Ese golpe rítmico de zagual era sin duda el de la piragua de Metiaroa que acu-

día desde las profundidades del océano a la llamada de la desconocida.

El mar, como un gran monstruo adormecido, callaba en redor de la corona coralina donde unas docenas de humanos; tristes y miserables, temblaban ahora de miedo. El otro mar, el interior, callaba también en sus aguas lisas y oscuras sobre las cuales creían ellos ver pasar un espectro luminoso flotando como un girón de niebla.

Nadie podía acostarse ni tratar de dormir mientras se oyera ese remoto y alarmante golpe de zagal en la negra laguna. Quizá Metiaroa se llevaba a la machacha de la túnica rosa al fondo del gran mar. Si mañana no se hallaba en la isla el menor rastro de ella, los indígenas de Hikuera sabrían de cierto que la hija había por fin hallado a la madre y que, en un esquife fantasma, se alejaban para siempre de este mundo.

Al llegar a la vivienda de Tekao Ariatea se sentó en el suelo, seguía con mirada curiosa las evoluciones del pescador. Había éste amontonado cantidad de palmas secas ante la choza y les pegaba fuego con una de esas brindillas que salen de una cajita de cartón lo cual demostraba que era un hombre civilizado, uno de los pocos, tal vez el único habitante de Hikuera, que no encendiera el fuego frotando dos pedazos de madera uno con otro.

Las llamas prendieron rápidamente y una gran claridad rojiza iluminó el rostro de Tekao; esas rojeces le daban aire de dios maligno. Ariatea volvía a tener miedo pero ese miedo no era profundo. Los tiempos del canibalismo habían pasado, a pesar de lo que decían en Raíatea, y ese pescador parecía bueno y respetuoso.

Tekao limpiaba el pescado acuclillado al borde de la laguna. Un momento después esparcía los tallos carbonizados de las palmas dejando sólo un montón de rescoldo en el que iba a preparar la cena. Mientras el pescado se asaba, abrió una nuez de coco, se la llevó a su invitada.

Bebió Ariatea hasta la última gota del jugo con deleite, con avidez y a penas hubo vaciado el coco su mirada se dirigió y se fijó en el fuego donde el asado principiaba a despedir un olorillo apetitoso.

Tekao sirvió el pescado y Ariatea se puso a devorarlo con tanta prisa que él la miraba divertido olvidando comer su parte.

En cuanto terminó de cenar Ariatea se tendió en la limpiísima estera de pandaneo, echose atrás la cabellera que se le esparció por la espalda, apoyó la cabeza en el cojín de bambú trenzado, dejó caer los párpados y se inmobilizó.

Los pies y las piernas desnudas desaparecían en parte bajo la túnica de muselina rosa y uno de sus brazos desaparecía también en la espesa mata de los cabellos; sólo quedaba un brazo al aire abandonado a lo largo del cuerpo.

Tekao la contemplaba sin pestañear. En tanto que su cena olvidada, se enfriaba en la escudilla de barro, el pescador escuchaba esa sossegada respiración de mujer dormida; la música más deliciosa de cuantas hubiera oído hasta entonces.

Se sentía orgulloso de cobijar a esa desconocida. Se estremecía ligeramente al pensar que hubiera podido ser otro pescador de la isla el que la hallara pidiendo socorro en aquella playa solitaria. Sólo había un Tekao en las islas, no se avergonzaba al reconocerlo y saboreaba la idea con satisfacción: el más resistente y hábil pescador de perlas del archipiélago, conocido en todas las islas y sobre todo en Ekavara donde en la época de la pesca perlera acudían los mercaderes chinos y judíos a comprar las mejores perlas.

Sentado en el suelo de la choza con la espalda bien apoyada en el flexible bambú, Tekao recordaba sus hazañas de buzepescador: largas y penosas exploraciones por el mundo submarino a la búsqueda de la perla negra, blanca, rosada o gris que había de enriquecer a varios hombres. Revaloraba los objetos adquiridos con el producto de la última perla: la hermosa estera de pandaneo donde dormía esa desconocida, un magnífico arpón y una nasa americanas. Y en el cofre de madera de hierro un pantalón y una camisa

de hilo blanco para lucirlos en Fakarava. También algunas latas de conservas y, fuera de la choza, una tinaja para el agua de lluvia. Tekao había aprendido de los blancos el gusto al confort y a los sabrosos platos y también la afición a las mujeres y a la bebida.

Aquella noche estaba especialmente satisfecho de su choza fabricada por él mismo con material de las islas afortunadas donde crece el pandaneo y el bambú. Esperaba que la joven al despertar admirara las comodidades de aquella habitación, la más lujosa y bien provista de la isla.

Seguía mirando a Ariatea dormida. Pensaba obsequiarla con el contenido de una de aquellas latas de hojalata que reservaba para días especiales. Deseaba que estuviera contenta, que le agradara su estancia en la isla y también que supiera quien era Tekao, no fuera a confundirlo con uno de esos desventurados pescadores que se alimentan de pescado crudo y de carne de coco.

No cejaba de contemplar a Ariatea y no podía por menos de imaginarse lo dulce que sería deslizar las palmas de las manos por sus cabellos, desde la raíz a la punta y luego tocarle la piel de las mejillas y brazos ...

Durante la temporada de la pesca perlera, goletas y balandras cruzaban el archipiélago de una isla a otra. Una vez obtenida la perla o las perlas, Tekao no tenía más que embarcarse en cualquiera de esos veleros, vender en Fakarava el producto de la pesca y con el dinero obtenido procurarse placeres. Comía aquellos guisos de los chinos mezcla de cosas raras y picantes, saboreaba bebidas alcohólicas: cerveza, ron y a veces el pálido nectar llamado absenta ... frecuentaba reuniones donde la música de los ukeleles se desparrenaba en melodias voluptuosas y las mujeres de onduladas caderas, bailaban frenéticamente al ritmo de tambores con tintineo de collares y brillo inequívoco de ojos...

Al evocar esas fiestas de amor y de locura, Tekao se sentía todavía más orgulloso. Recordaba que él había pagado más de una con el producto de su trabajo de buzo-pescador. También había pagado el corsé y los zapatos, el sombrero de pandaneo de alas festoneadas y los avalericos de vidrio de algunas de esas ninfas. Las caricias y las palabras que ellas le prodigaban a cambio de unas monedas, no le parecían demasiado caras: eran dulces como el jugo de coco tierno y embriagadoras como el alcohol.

Tekao no olvidaba tampoco, aunque sin experimentar rencor alguno, que al término de su último franco, el hostelero, los músicos, las mujeres y los compañeros de fiesta: blancos, amarillos, mestizos, se desinteresaban de él. Ya no había sonrisas ni apretones de mano para Tekao, terminaron los: "Ven a comer o a beber conmigo" y los "Voy a bailar una ula-ula para ti".

Entonces se sentía muy solo y quizá también algo triste. No le quedaba otro camino que el de Hikuera con su solitaria laguna transparente donde vive encerrado el mundo ignoto del coral y la madreperla. De nuevo habría que pagayar o bucear del crepúsculo matutino al crepúsculo de la tarde a la búsqueda de coral y de nácar o de peces para alimentarse. Oír a todas horas el fragor deprimente de la resaca al otro lado del coral mientras al interior reina aquel impresionante silencio que nunca interrumpe una voz amiga. Y, por las noches, sentado a la puerta de su choza con la espalda apoyada en el bambú o acuclillado a la orilla de la laguna, recordar añoradizo las fiestas de Fakavara cuando él era aún poseedor de billetes indo-chinos y las ninfas de dientes de oro y tacones altos le pertenecían.

Pero de pronto todo era diferente. En vez de permanecer acuclillado frente a la laguna soñando en los goces de Fakavara y

en las caricias de las cortesanas licenciadas en ciencias de amor, permanecía sentado al interior de la choza, escuchaba la respiración ritmada de la desconocida, contemplaba su cuerpo languidamente tendido sobre la estera. Y esta contemplación le inclinaba a pensar que la vida pasada, mezcla de aspereza y dulzura, de riesgo y de fatalidad, era vacía y sin sentido.

La evocación de los cuerpos de piel resbaladiza de las danzadoras de Ule-ula, el perfume artificial de sus cabelleras mezclado al olor agrio del sudor, le producía una especie de náusea. No comprendía cómo había podido satisfacer en ellos toda su ansia de amor, cómo pudo hallar en la esperanza de esos contactos, la fuerza y la energía de buscar días enteros siempre pendiente de la perla que había de procurárselos. Seguía sintiendo respeto y admiración por las danzadoras de Fakarava, grandes damas y grandes prostitutas, pero ya no aspiraba a ellas. Una esperanza nueva le poseía; más intensa, más exaltante que todos los gozos que había saboreado hasta entonces: que Ariatea se quedara con él. Pero ese cuerpo tentador que se abandonaba confiadamente al reposo tenía una voluntad y esa voluntad podía oponerse a la suya. Tekao anhelaba jugar con la rassa de los caballos de Ariatea, pasar la palma de la mano por la piel de sus brazos y muslos, frotarse la mejilla contra sus mejillas... y también anhelaba ofrecer a esa joven desconocida todos los tesoros que poseiera en lo futuro: coral, nacar y perlas o trocarlos por lo que ella deseara.

Tales últimos pensamientos imprimieron un gran estrechamiento de gozo a todo su ser, le dejaron como un baño de calor en la sangre.

Seguía inmóvil contemplando a la joven dormida, escuchaba su respiración acompasada, hasta que él también se quedó dormido.

■

Ariatea abrió los ojos, se incorporó. Empezaba a clarear, el pescador estaba acostado de bruces cerca de la puerta. Respiraba con fuerza como los que duermen profundamente, Ariatea recordaba todo lo acontecido el día antes: su desembarco de la Tongaite, la búsqueda inútil de Metiaroa y la noticia de su muerte; su ida de un poblado a otro por las playas coralinas deslumbrantes y desiertas; el hambre, el miedo de aquellas horas angustiosas y por fin la llegada del piragüero y la apetitosa cena que le había ofrecido. Aun quedaban en la escudilla unos cuantos pescados; Ariatea se puso a gatear, cautelosa. Quería evitar que el crugido del bambú despertara a Tekao. Siempre a gatas alcanzó la escudilla, escogió dos pescados, púsose en pié y con uno en cada mano, salió muy despacio de la choza. No estaba segura de obrar bien al hurtar ese alimento al pescador pero tranquilizose pronto pensando que en la escudilla quedaba aún pescado y más tarde saldría él con su piragua a la caza de nuevos peces.

Suave claridad bañaba la laguna adormecida y opaca aún a aquella hora matinal. El cielo, de un azul pálido, comenzaba a teñirse de rosa y el agua por momentos se coloreaba también. Ninguna piragua surcaba la gran llanura líquida; el silencio y la soledad eran absolutos. Ariatea mordió con avidez en los pescados, los engulló uno tras otro con deleite. Luego se quitó la túnica rosa, la extendió con esmero en el coral pulverizado, se arrojó al agua. Nadaba en línea recta como si se propusiera alcanzar la orilla de enfrente. Pero pronto se desvió hacia la derecha, tomó pié a un centenar de metros de la habitación de Tekao. Descansó unos minutos acuclillada cerca de la laguna como fascinada por su

quietud y limpidez. Un momento después se lanzó a fondo a reconocer el mundo del coral y la madreperla. Peces azules moteados de amarillo, peces asalmonados con rayas azules, peces colorados con estrias negras, peces verdes de argentinas escamas, huían asustados ante sus brazos extendidos, rasgaban la masa acuática produciendo deslumbrantes relámpagos.

Ariatea salió a la superficie, se llenó de aire los pulmones, volvió a sumergirse en la laguna. Se hundía entre los peces de colores y atravesaba las capas sucesivas de agua para tocar con los pies el fondo. Admiraba los vergeles fantásticos del coral y las algas. Del ondulado suelo de polipos petrificados se despegaban troncos esveltos guarnecidos de ramas afiligranadas, tallos rosa, amarillo, lila ... Gigantescas flores de formas monstruosas levantaban y torcían la cabeza al paso de la buceadora. Las ostras madreperlas, herméticamente cerradas, yacían en su lecho milenario en letargo aparente mientras entre sus conchas de nacar irisado se ocultaban las codiciadas perlas. Movidas por una leve corriente submarina o tal vez por el tránsito de la nadadora entre dos aguas, las algas se mecían perezosas y su verde tiernísimo producía reflejos de esmeralda. Extrañas arañas de mar movían lentamente sus largas patas y uno ó dos pulpos disimulados en la arenilla del fondo, comenzaban también a desperezarse. Ariatea huyó asustada.

Cuando salió de nuevo a la superficie, entre los diamantes del agua que se desprendían de sus pestañas vió la silueta de Tekao junto a su choza. El pescador meneaba la cabeza de un lado para otro como si andara buscándola. Sacudíase Ariatea la melena chorreando agua marina, se la retorció fuertemente entre las manos, luego se la extendió por los hombros y la espalda. En seguida se despojó del paño rameado que la vestía sumariamente y lo retorció tam-

bién, sacudiolo después y volvió a colocárselo parsimoniosa como si se complaciera imaginándose la hermosura de su cuerpo desnudo.

Tekao se había despertado un momento antes y al no ver a Ariatea en la choza, creyó que todo lo acontecido la noche antes era ofuscación de sus sentidos. Se levantó de un bote y salió a la playa. Allí estaba ^{la} tónica rosa abandonada en el coral. Entonces comprendió que no había soñado y suave calor se le esparció por todo el cuerpo.

No tardó en apercibir a Ariatea a cierta distancia y en seguida se preocupó del almuerzo que iba a ofrecerle.

Pero por más que la llamaba imitando el ademán de llevarse algo a la boca, la muchacha no se movía. Contentábase con mover la cabeza negativamente como si no tuviera apetito.

Se había echado al suelo y al parecer estaba buscando caracolillos entre el coral pulverizado.

Tekao se desayunó solo con el resto del pescado que la muchacha dejó en la escudilla. Luego se sirvió una buena ración de agua de la tinaja mezclada a una cucharadita de azúcar y al terminar fué a acucillarse ante la laguna. Su pensamiento divagaba por espacios desconocidos, resplandecía de esperanza, se oscurecía de zozobra. ¿Que iba a suceder entre esa mujer y él? La certitud de ser uno de los más hábiles pescadores de perlas del archipiélago, le permitía tener confianza en su destino. Cierto que en aquel preciso momento no poseía un solo billete de moneda: los había gastado todos en Fakarava después de la última perla hallada en Kaukura. Por suerte le quedaba su arpón, su nasa y su piragua. Con semejantes aparejos un hombre sano y decidido puede hacerle frente a la vida.

Dentro de unas lunas volvería la temporada de la pesca

perlera y entonces ... Si Ariatea continuaba viviendo en su choza, Tekao bucearía con un tesón nuevo y si hallaba la codiciada perla, esa muchacha de la túnica rosa sabría por fin quien era él. Todo el dinero que ganara serviría para satisfacer sus caprichos: vestidos, sombreros, cintas, perfumes ... también una guitarra o un ukelele y si la perla era de consideración, hasta uno de esos instrumentos mecánicos que vomitan canciones y danzas por un embudo.

Hasta aquel preciso momento Tekao había soñado a todas horas con una lancha motorizada. De súbito reconocía que semejante ambición era pura locura. La lancha a motor no contribuiría para nada a su felicidad, tenía los brazos lo suficientemente fuertes para pagayar de un extremo a otro de la laguna sin cansarse y también bogar por el mar libre, si convenía. Si alguna vez soñó con una lancha motorizada era porque la vida alegre y galante de Fakarava le obsesionaba en su soledad, y en el pesar de esa soledad, solo una cosa le apetecía: volver a Fakarava. Pero ahora tenía a Ariatea, ya no deseaba surcar el mar exterior ni preocuparse de evitar sus traidores escollos, ni capear sus caprichosos aliseos en busca de mujeres y de alcohol.

Enfrascado en esas divagaciones Tekao no sentía pasar el tiempo. El tiempo para él, como para la mayoría de los isleños, era algo impreciso, casi inexistente. Nunca comprendió la diferencia que existía entre un año y un mes y menos aún entre una hora y unos minutos. Conocía estos nombres por habérselos oído emplear a los blancos y a los chinos, sabía que el tiempo representaba una sucesión de periodos de luz y periodos de oscuridad, periodos de lunas crecientes y de lunas menguantes, de noches tenebrosas y de noches de plenilunio, pero no llegaba a comprender cuantos de esos intervalos formaba un año o un mes y todo esto le tenía sin cuidado aun-

que a veces cuando los comerciantes y las ninfas de Fakarava se reían de él, esas risas le molestaban.

Seguía acuclillado frente a la laguna sin mirar a la refulgente extensión acuática que le separaba de la orilla de enfrente, cuando el crugido del coral le arrancó de su ensueño: Ariatea se acercaba. Llevaba las manos llenas de caracolillos minúsculos, se los mostró a Tekao alegremente.

- Me haré un collar con ellos. ¿Tienes hilo para engarzarlos?

Tekao callaba consternado: hubiera sacrificado su arpón para obtener hilo y aguja.

- Ahora no lo tengo, - dijo por fin.- Puedo traerlo de Muai-Mui, vive allí un chino que vende muchas cosas.

- ¿Cuándo iremos?

- ¿No tienes gana de comer?

- Ahora quiero el collar. ¿Hay por aquí una concha para guardar los caracolillos?

- Hay infinidad de conchas en la choza.

Ariatea entró, escogió una ostra perlera, dejó en el hueco el producto de su recolección.

- ¿Iremos ahora mismo a Muai-Mui?

- Esperaremos a que el sol baje. No es prudente atravesar la laguna bajo sus ardores.

-- Aún está bajo.

- Si pero no tardará en subir.

- En Uturoa, - dijo Ariatea con cierto orgullo, - atravesábamos la laguna a cualquier momento.

- No he estado nunca allí. ¿Hay árboles gigantes?

- Infinidad de árboles.

- ¿Y agua?

- Oh, muchísima agua: cascadas, torrentes, arroyos, riachuelos ...

- ¿Y también frutos?

- Miles de frutos: guayabas, papayas, mangos, aguacates, bananas ...

- Un paraíso - observó Tekao, melancólico.

- Si un paraíso, - aceptó Ariatea.

- ¿Por qué lo abandonaste?

- Te lo dije ayer: murieron mis padres adoptivos, vine en busca de Metiaroa.

- ¿No te gustaría vivir en Hikuera?

- ¿Contigo, en esta choza?

- Sí, conmigo, ser mi mujer.

Ella no contestó. Al cabo de un momento dijo:

- Tengo hambre.

- Vamos a escoger los manjares.

- ¿Escoger?

- Ven y verás.

Abrió con cierto misterio el arca de madera, le mostró sus tesoros.

Ariatea olvidó la comida, se llenó las manos de conchas y de coral.

- ¡Qué bonito! - decía.

Tomaba con las puntas de los dedos las afiligranadas ramas de colores variados ya palidescientes; los dejaba para acariciar una ostra perlera maravillosamente pulida y matizada.

- ¿La hallaste tú?

- Esta viene de San Francisco, la adquirí a cambio de un

montón de conchas que había pescado. Los blancos saben hermosear nuestras madreperlas.

Sacó las dos latas de conservas y se las mostró también a Ariatea.

- Escoge.

- ¿Qué es?

Sugestivos papeles con grabados de colores cubrían la hojalata, enrevesados letreros se mezclaban a los cromos representando una porción de buey y unos espárragos. Ninguno de los dos podía leer lo que anunciaban esas letras pero distinguían muy bien el contenido de cada bote.

Decidieron comerse la carne de Chicago y después los espárragos de California, sería una fiesta completa.

El sol andaba ya cerca del cenit, la laguna se teñía ahora de un azul deslumbrante reflejo de un cielo limpio y brillante como una turquesa.

Habían terminado de almorzar, Ariatea se acostó sobre la estera de pandaneo con el cojín de bambú entre la cabeza y el brazo. El pescador seguía con la mirada cada uno de sus movimientos. Observó como se colocaba, como se inmovilizaba, como comenzaba a respirar rítmicamente; parecía satisfecha y feliz. Tekao salió lentamente de la choza, fué a echarse de bruces a la sombra de las palmeras. Entre los párpados entreabiertos veía la espejeante laguna azul y al otro lado la franja verde del cocotal. Unos peces saltaron al aire; sus lomos arqueados relampaguearon en el espacio, se precipitaron y desaparecieron en el agua. El chapoteo de su caída repercutió en el espacio, Pero en seguida volvió a señorear el silencio, un silencio no interrumpido por el piar de un pájaro, ni el paso de un cangrejo en la arena, ni el zumbido de un moscardón en el aire, un silencio absoluto y solemne donde se levantaba a lo lejos el monótono fragor de la resaca.

Estaban atravesando la laguna de parte a parte. Muai-Mui se hallaba exactamente al extremo opuesto de la habitación de Tekao. Ariatea se preguntaba por qué el pescador de perlas había escogido aquel solitario lugar para construirse la choza. Tekao parecía despreciar la compañía de los otros isleños. Le interrogó sobre ese punto y Tekao no supo como contestar a la pregunta. Mentalmente evocó a Fakarava y reconoció que había pasado allí los mejores momentos de su vida y no solo, precisamente. Pero una vez en Hikuera no sentía la necesidad de reunirse a los otros habitantes de la isla, tan silenciosos y añoradizos como él. Los isleños del Archipiélago ^{de} ~~Tiamotu~~ no eran aficionados a la palabra como en otros lugares. Les gustaba el canto y la danza pero la superstición se oponía al desarrollo de esa expansión natural. De día, languidecían bajo el calor tropical, entumecedor y asfixiante, de noche le tenían miedo a las ánimas. El eco de sus propias voces y el ~~del~~ redoble del tambor, único instrumento que poseían para ritmar sus danzas, resonaban en toda la laguna hasta el cocotal de la orilla opuesta, parecido a burlonas y siniestras amenazas. Ellos creían que era la voz de los espíritus. Esos espíritus impenitentes eran enemigos del sol, de su calor y de su luz. Durante las horas diurnas se hundían en las profundas aguas del mar exterior. Pero así que las sombras cubrían la isla, emergían del agua, comenzaban a flotar sobre el anillo de coral dispuestos a vengar en los pobres pescadores y en sus familias, el odio ancestral que profesaban al rey de los astros. Algunas veces, sin embargo, cuan-

do por casualidad desembarcaba algún blanco en la isla, los hikueranos se reunían para obsequiarlo. Le ofrecían pescado asado y jugo de coco, único alimento y bebida disponibles. Luego se sentaban con las piernas cruzadas, formaban un gran corro en el coral y entonaban sus viejos cantos de amor y de guerra. Entonces, aunque llegara la noche, no le tenían a las ánimas. Creían que la presencia de los blancos las mantenía alejadas de la isla.

Tekao trataba de explicar todo esto a Ariatea mientras bogaba rumbo a Muai-Mui. Su palabra era lenta y torpe y sus tono y expresión, graves.

- ¿Tu no les temes a los espíritus? - preguntó Ariatea.

Tekao no se decidía a contestar. Por fin habló.

- No conviene burlarse de las antiguas creencias.

- Pero tu navegas de noche y enciendes fuego en la playa.

- Sólo para auxiliarte a ti y darte de comer.

Ariatea parecía satisfecha de la explicación y ya no hablaron más durante el trayecto.

Desembarcaron en Muai-Mui, fueron directamente al encuentro del chino. Lo hallaron bebiendo té en un bol de loza decorada. Con el índice y el anular de la mano derecha sostenía la tapadera mientras, solemne y parsimonioso, sorbía por una rendija.

Al ver a Ariatea y Tekao se apartó el bol de los labios y les hizo una reverencia.

Sin pérdida de tiempo Tekao le preguntó si tenía hilo y aguja para vender. El chino pareció ofuscado. Pedirle a golpe y porrazo una mercancía, sin preguntarle antes por su salud y por la de su honorable esposa e hijos, era una grosería digna de un blanco. Ese pescador de perlas polinesio los había frecuentado sin duda y aprendió de ellos esa falta de urbanidad elemental. Los invitó a

sentarse en el umbral de su choza y beber con él unos sorbitos de té. Dieron las gracias sin aceptar, porque ellos también, aunque Ly Sehn pudiera dudarlo, conocía, tal vez por instinto, ciertos matices de la urbanidad oriental: no aceptar más que a copia de ruegos. Además Tekao no ignoraba, y Ariatea lo presentía, que el único bol de la casa era ese en que estaba bebiendo Ly Sehn y que, de haber aceptado el té, el chino se muriera de confusión y de vergüenza. No pudieron rehusar empero el trocito de suelo coralino que les brindaba el dueño de la choza para asentar en él sus posaderas y entablar con el hombrecillo amarillo una conversación lo más alejada posible del objeto de la visita. Ariatea aprovechó esta obligatoria paréntesis para preguntar si había conocido a Metiaroa de Makemo. Ly Sehn contestó que la conocía muy bien.

- ¿Hace mucho que murió?

- A penas un año.

- ¿Es verdad que la metieron en una piragua y la confiaron al mar?

- Tan cierto como que el sol va a desaparecer detrás de las palmeras de enfrente.

- El sol va a desaparecer, - repitió Tekao olvidando el respeto que el oriental le merecía.- Dime Ly Sehn, ¿tienes aguja e hilo para vendarnos?

El chino miró a Tekao con severidad. Luego volvió lentamente su oblicua mirada hacia Ariatea.

- Metiaroa de Makemo habrá hecho un viaje feliz a la eternidad. Su piragua a balancín era sólida y el aliseo favorable.

Ly Sehn respiró a fondo, continuó.

- Metiaroa era buena y hermosa, la acompañamos hasta el mar libre. Entonábamos los viejos cantos para confiar los muertos

al mar. Todas las embarcaciones de la isla seguían a la piragua funeraria que guiaba el viejo Manihe. Cuando hubimos atravesado el canal, la marejada comenzó a zarandearnos; temíamos que una de esas grandes olas volcara la piragua de la muerta, pero Manihe a pesar de sus muchos años, la guiaba con brazo firme. Pronto dejó a todas las navecillas atrás.--Iy Sehn volvió el rostro hacia Tekao.-- Tu fuiste por el viejo, ¿recuerdas?

Tekao levantó los hombros. ¿que importancia podía tener que fuera él quien siguiera de cerca la piragua que llevaba el cadáver y embarcara en la suya al viejo Manihe?

La luz del cielo se apañaba lentamente. Había que pensar en partir.

- Debemos regresar, - dijo a Ariatea, - la noche se nos viene encima.

Y dirigiéndose a Iy Sehn.

- ¿Tienes aguja e hilo para vendernos? preguntó por tercera vez.

El chino entró en la choza, salió un momento después con una caja de cartón donde se amontonaban objetos diversos. La dejó en el suelo y se acuclilló delante. Ariatea y Tekao lo imitaron. Los tres se inclinaban ahora sobre las revueltas mercancías. Ariatea asió con mano codiciosa un frasquito de loción Pivert. Iy Sehn se la quitó con delicadeza, volvió a depositarla al fondo de la caja. Luego sacó un envoltorio diminuto.

- ¿Sabes coser? - preguntó a Ariatea.

- Es para engarzar caracolillos - explicó la muchacha.

Iy Sehn escogió una aguja, la conservó entre los dedos de la mano izquierda. Luego buscó un camutillo entre los diversos objetos.

- Es hilo sólido - explicó.

Ariatea quiso apoderarse de él pero Ly Sehn retiró la mano.

- ¿Tienes dinero para pagar? - preguntó a Tekao.

- Dinero no, pero tengo conchas.

El chino meneó negativamente la cabeza.

- Mi choza está llena de conchas; todos pagais con conchas.

- Tengo coral, ofreció el pescador.

- ¿Coral? No se ya que hacer del coral. Vale aún menos que el nacar.

- ¿Que puedo darte pues? - preguntó Tekao con voz angustiada.

El chino callaba, Ariatea lo miraba con ojos suplicantes.

- Bueno, - dijo por fin Ly Sehn, traeme seis de tus grandes ostras madreperlas.

Entregó la aguja y el hilo a Ariatea quien de momento pareció satisfecha. Pero de pronto el rostro se le contrajo, volvió a alargar la mano hacia el frasquito de loción Pivert.

- ¿Cuántas habría que dar por esto? - preguntó Tekao.

- No lo daría más que por buenos billetes de la banca indochina.

- ¿Y por una perla?

- ¿Tienes aún perlas? exclamó el chino incrédulo.

- Algunas, pequeñas.

Ly Sehn sonrió con piedad.

- Volveremos - dijo Tekao.- Te traeré todos mis tesoros, escogerás entre ellos lo que quieras a cambio de ese frasco de loción.

Dejaron la choza de Ly Sehn cuando la noche había ya abrazado la tierra con sus tentáculos de sombra. Toda la isla callaba medrosa y en la laguna desierta el golpe de zagal resonaba pavoroso.

Tekao y Ariatea, sobrecogidos, no cambiaron una palabra en todo el trayecto.

No cenaron porque en la choza no quedaba alimento alguno; X a la hora del almuerzo habían agotado todas las provisiones.

Tekao se proponía salir de madrugada a la búsqueda de peces comestibles, con la piragua. Cuando Ariatea se levantara habría él encendido el fuego y cocido el pescado. Quería prepararlo sin espinas y cubierto de leche de coco. Era el manjar apetitoso por excelencia, digno de un banquete de bodas. Tekao evocaba continuamente los ágapes nupciales desde que halló a Ariatea abandonada en una playa. Deseaba poseerla en absoluto pero no soñaba siquiera en forzar su voluntad. Esperaba que ella misma se diera cuenta de la importancia que un pescador de perlas de su categoría tenía en aquel archipiélago. Estaba dispuesto a seguir prodigándole toda clase de atenciones y a satisfacer en lo posible todos sus caprichos. Creía firmemente que así conseguiría su amor.

X

Habían transcurrido tres días desde la llegada de Ariatea a Hikuera. Era la mañana siguiente a la visita a Ly Sahn. Después de saborear el succulento plato de pescado, obsequio del pescador, la muchacha se puso a engarzar caracolillos marinos. Pasó unas horas absorta en esa tarea con los cinco sentidos ocupados en la fabricación de un collar.

Cuando llegó la hora de embarcarse para Muai-Mui, Ariatea lo llevaba ya puesto. A falta de espejo para contemplarlo alrededor de su gargante, se lo quitaba para admirarlo entre sus manos, luego se lo volvía a colocar sin dejar de palparlo amorosamente. Miraba

satisfecha a Tekao esperando que él se diese cuenta de su elegancia. Pero Tekao parecía atareado y caviloso. Iba y venía de la piragua a la choza, se paraba, reflexionaba un momento y volvía a trastear. Por fin Ariatea se decidió a llamar su atención.

- Mira mi collar.

Tekao lo miró y meneó la cabeza con aprobación.

-- ¿Te gusta?

- Mucho.

Ariatea vio que Tekao embarcaba todos sus bienes sin olvidar la magnífica concha pulida en San Francisco que ostentaba los siete colores del arco iris y brillaba como una perla. Le agradecía que estuviera dispuesto a vaciar su arca por ella: primero las latas de conservas, ahora las ostras madreperlas, el coral y esa preciosidad de concha, que le había mostrado dos días antes como el más maravilloso de sus tesoros.

Tekao parecía triste al colocarla al fondo de un viejo sombrero de pandaneo bien envuelta en un trozo de tela de algodón estampado, resto sin duda, de un pareo.

Se embarcaron poco más o menos a la misma hora que el día anterior, cruzaron la laguna, en silencio, hallaron a Ly Sehn, como de costumbre bebiendo sorbo a sorbo su bol de te.

Tekao extendió sus tesoros ante los ojos del mercader: perlititas sin valor, ostras madreperlas y ramitas de coral de colores.

Ly Sehn meneó la cabeza: Todo éso junto no pagaba la aguja y el hilo.

Tekao parpadeó dolorosamente. Si no quería cobrárselos, se los devolverían; la aguja estaba intacta, del canutillo sólo faltaban unas hebras.

Ly Sehn alzó los hombros, scurió con desdeñosa compasión.

Escogió algunas ostras y declaró que el asunto quedaba liquidado.

Entonces Tekao le recordó que en la caja que guardaba escondida en lo hondo de la choza se hallaba cierto frasco de loción. ¿Cuánto pedía por él?

Ly Shen se echó a reír con la más despreciativa de las risitas. Estaba harto de trocar buena mercancía por objetos sin valor, estaba harto también de vender a crédito. Por ese frasco no aceptaría más que billetes indo-chinos.

El pescador no se imitaba, sonreía misterioso mientras escuchaba la retalla del chino. También él iba a tomar la palabra. En el fondo de su sombrero se hallaba algo que valía muchos billetes y, desde luego, bastante más que la loción.

El mercader incrédulo, seguía meneando la cabeza. Entonces Tekao le presentó la famosa concha pulida en San Francisco con sus siete reflejos de arco-iris y su maravilloso brillo de perla. Un momento los ojos del chino se iluminaron, luego volvieron a apagarse. Ese no era más que una ostra como las otras. Sólo que los blancos la habían recortado y pulido con cierta gracia.

Tekao estaba a punto de perder la serenidad. ¿Cómo podía decir semejante majadería? No había otra ostra como aquella en todo el archipiélago. Se la compró a un japonés en Fakarava, pagó por ella tres veces un kilo de nacar en bruto.

La discusión se prolongaba. Por fin Ly Shen fué a por el codiciado frasquito, lo entregó al pescador a cambio de la ostra perlera pulida en California. Ariatea pudo asirlo entre sus manos y decirse que ya era suyo. Pero justo en ese momento se apercibió de la poca importancia que tenía el perfumarse sólo para Tekao. Si por lo menos estuvieran allí los tripulantes de la Tongaite, con Ouven y Maeko y los demás marinos!...

- ¿Estás contenta?

Tekao parecía esperar la respuesta con ansiedad.

- Sí, muy contenta.

Emprendieron la travesía antes de la noche y al llegar a la choza Tekao se puso a preparar la cena. Quedaba aún pescado de la mañana, y, a última hora, Ly Sehn, sintiéndose de pronto generoso, les regaló un puñado de arroz y otro puñado de batatas. Eran casi ricos en provisiones y felices de haber ganado la partida.

Después de cenar Tekao abrió el frasco de loción, se lo presentó a Ariatea.

- Ahora perfúmate.

- Es para los cabellos, - explicó ella muy ufana de conocer los refinados usos de los blancos.

- Pues, échatelo en los cabellos, anda!

La muchacha se roció la cabellera, se la frotó con ambas manos y luego se las llevó a la nariz.

- ¡Oh, deliciosos!

Tekao acercó ambas mejillas a los cabellos de Ariatea.

Un momento, el rostro le desapareció entre el espeso manto negro y perfumado. Separose de pronto pero en seguida alargó las manos, tocó la cabellera con delicia. La acariciaba una y otra vez.

- ¿Quieres ser mi mujer, Ariatea?

- ¿No tienes ya mujer en Fakarava?

- Muchas mujeres, - exclamó con petulancia, pero ninguna la verdadera.

- ¿La verdadera? ¿Y eso que quiere decir?

- Que tu vivirás conmigo en esta choza hasta la temporada de la pesca perlera, luego iremos a las islas donde la pesca se practica y más tarde a Fakarava. Pero eso sólo si hallo la perla.

- ¿Has hallado ya perlas de valor?

- Algunas.

- ¿Y te han dado muchos billetes por ellas?

- Montones de billetes.

- ¿Cómo los gastaste?

- Los gasté alegremente en Fakarava con ninfas que usan corsé, dientes de oro y zapatos con tacón, van adornadas y perfumadas y conocen el arte del amor.

- Si soy tu mujer, ¿seguirás gastando dinero con esas ninfas?

- Todo mi dinero será para ti. Comprarás lo que te se antoje: vestidos, sombreros, perfumes, abalorios ... y una guitarra o un ukelele para acompañarte el canto en las noches de luna.

- ¿Y también un gramófono?

- Sí, también uno de esos instrumentos.

- ¿Y una cama con un colchón como la de los blancos?

- Sí, sí una de esas camas altas y anchas como una goleta, con una colcha de colores.

- ¿Y también arroz, harina, sémola y botes de conservas con carne de Chicago, espárragos y fruta en dulce?

- Sí, eso será lo primero que compraremos. Quiero que nuestra choza ande bien provista y mi mujer coma a su gusto.

- También unos kilos de tierra para ponerla en latas vacías y plantar algunas flores ...

- Desde luego, también tierra y flores para que nuestra casa sea la más rica y hermosa de la isla. ¡Igual que la casa de un blanco!

Ariatea palmoteaba radiante de felicidad.

- Bien, -dijo mirando al pescador con malicia, - puedes hacer de mí lo que quieras, ya soy tu mujer, Tekao.

Acostada en lo hondo de la choza o acucillada al pié de un cocotero, Ariatea pasaba muchas horas sola esperando a su marido. Para obtener mejor y más abundante pesca, Tekao permanecía ausente la mayor parte del día; iba hasta el extremo sur de la laguna donde el agua era poco explorada por los isleños y los peces mayores.

La laguna refulgía cegadora, el blanco coral de la playa, brillaba deslumbrante, el aire permanecía quieto y abrasador, las palmas, absolutamente inmóviles.

Ariatea vigilaba el tránsito del menor soplo de aire ávida de respirarlo. Se mantenía quieta para evitar el esfuerzo de desplazar un brazo o una pierna.

Cuando el aliseo soplabá sobre la isla, las horas de espera resultaban menos largas, todo parecía revivir. El azul de la laguna se intensificaba; ligeras ondas la cubrían, venían a quebrarse con un chasquido breve sobre el coral. Las copas de los árboles se movían allá en lo alto de los troncos, entrechocaban sus grandes flecos rígidos y el rumor se esparcía por todo el anillo coralino.

Hacia el atardecer, cuando el sol aplacaba su luz y sus ardores, Ariatea iba en busca de mariscos vacíos. Su única distracción era escogerlos, clasificarlos por colores, formas y tamaños y confeccionar con ellos sollares, ajoreas y coronas. Pero esta ocupación la aburría en seguida, cesaba en ella para escrutar la laguna

en toda su anchura y extensión. Ninguna piragua a la vista, ningún rumor de zagal en el agua. Ariatea se estremecía al pensar que llegaba la noche y estaba sola en la desierta playa. Cada uno de los misteriosos ruidos que traía la ola o las entremezcladas palmas del cocotal, eran como una amenaza. No tenía la venida de un ser humano, ni de un animal dañino, tenía a los espíritus vengativos, de los cuales, a la hora del sol y en compañía de su hombre, se había burlado más de una vez.

Allá en la orilla de enfrente, tal vez en Muai-Mui, se había encendido una llama. ¿Que ser afectuoso y acogedor había prendido fuego a las palmas secas ante la invisible choza? ¿Que palabras amigas acariciaban los oídos de otra criatura humana llenándole el alma de esperanza y de goce?

¿Y si Tekao no regresara? Uno no sabe nunca lo que puede sucederle a un ausente, aunque sea joven y sano. ¿Acaso Metiarca no era también joven y sana? La embarcaron en la piragua, la confiaron al mar libre y el mar no la había devuelto. Tekao podía también no volver. Una noche sin Tekao en aquel lugar aislado sería una tortura insoportable. Valdría más huir playa allá hasta hallar un poblado. Pero la idea de transitar de noche y sola bajo los cocotales desiertos la hacía estremecer de aprehensión. Se acostaría en lo hondo de la choza se cubriría con la estera de pandaneo, tal vez los espíritus no la descubrieran y al despuntar el día, se pondría en camino para Muai-Mui. Ly Sein y su honorable esposa le ofrecerían quizá hospitalidad. Desde la playa exterior de Muai-Mui vigilaría constantemente la posible llegada de un barco; balandra o goleta, que la tomara a bordo y la llevara a Fakarava, a Raiatea o a Tahiti. Poco importaba el lugar mientras fuera un puerto concurrido.

Recordaba muy bien lo que Ouvea le gritó al despedirse:

"Un día volveré a por ti". Pero Ouvea no le inspiraba confianza; llevaba sangre de blanco en las venas y los blancos saben mentir. Si la Tongaite no volvía a Hikuera habría que esperar a otro velero.

Ariatea no conocía más que el pequeño puerto de Uturoa pero había hablado con marinos polinesios y mestizos y sabía a que atenerse respecto a la vida trepidante y jaramera que se lleva en las islas pobladas por los blancos. Barcos de todas las nacionalidades anclan a menudo en sus aguas, desembarcan a marinos y pasajeros ávidos de placer y diversiones; llegan con los bolsillos repletos de billetes. Allí una mujer joven y hermosa es muy solicitada. Cada noche se organizan comilonas que terminan en fiestas brillantes: cantos, danzas, música de guitarras y ukeleles ... Las tiendas de asiáticos y de europeos están cuajadas de maravillas y en los restaurantes preparan suculentos manjares al estilo de cada país. Los marinos son generosos con las mujeres, les regalan golosinas y bisutería, las pasean en esas grandes cajas con ruedas forradas de mullidos cojines que se deslizan por los carrinos sin que tire de ellas ningún hombre ni ningún animal. Suben trepidantes y raudas a las colinas y a los cerros, se acercan y se separan del mar, atraviesan selvas tupidas, bordean vertiginosos acantilados, se paran finalmente en un lugar lejano donde en días y días de marcha no sería posible llegar. Allí se quedan quietas y mudas hasta que el hombre blanco vuelve a meterse en ellas y en un santiamén las pone en marcha. Una vez, Ariatea vió muy de cerca a uno de esos artefactos: no la invitaron a subir en él. Si lo hubieran probado no resistiera a la tentación a pesar de lo que decía el jefe ándi-gena del distrito: es decir que en su interior vivían unos espíritus malignos que el blanco, con su astucia y tesón había logrado dominar y encerrar. Pero, hora aciaga la que los viera escaparse

de su prisión: sería un día de duelo para Raiatea. Ariatea no creía ni dejaba de creer en esas predicciones; sentíase atraída por las ruidosas máquinas que atraviesan la tierra o el mar, despiden vapores pestilentos, trepidan y se lanzan a carrera tendida, levantan nubes de polvo o montañas de espuma. El día que Tekao hallara la perla que los había de enriquecer, se embarcarían ambos para uno de esos puertos lejanos y juntos gozarían de la vida excitante y holgada que los marinos le habían ponderado.

Cuando Tekao volvía de la pesca con el fondo de la piragua reluciente y horralgueante de pescado, Ariatea se ponía alegremente a limpiarlo y a prepararlo con él y olvidaba todas las aprensiones de un rato antes. A menudo preguntaba:

- ¿Cuántas lunas faltan aún para la pesca perlera?

Tekao se encogía de hombros. Era demasiado dichoso en su isla y en su choza gozando de su joven mujer, para pensar en otra cosa que no fuera seguir viviendo así. Solía calcular las lunas sin equivocarse pero esta vez le fallaban los cálculos.

- Cuando menos le esperemos llegará el agente de la sociedad. Vendrá a buscarme aquí con su lancha motorizada y luego todos los pescadores nos embarcaremos juntos en una goleta.

- Yo iré con vosotros, ¿verdad Tekao?

- Sin ti yo no me alajo de Hikaera.

- ¿Y si el agente no me admite a bordo?

- Pues yo le digo que me quedo también.

Tekao sonreía con suficiencia.

- Pero no temas. Sin mí no se marcha. Ya sabe él quien arrancará más ostras al coral!

Ariatea seguía preocupada.

- ¿Y si a pesar de todo no me admite?

- No iré a pescar perlas, permaneceré aquí con mi mujer.
Ariatea se alarmó.

- Eso es imposible, Tekao. Si no pescas ya perlas deberemos vivir pobres y solos toda la vida.

- ¿Y qué? ¿Podemos ser aún más felices de lo que somos?
Ella callaba poco convencida. Tekao le explicó:

- Antes de conocerte la sola idea de no salir con los otros pescadores a la búsqueda de perlas me habría trastornado la razón. Todo mi afán era hallar perlas y más perlas, no vivía más que de esa esperanza.

Ariatea se echó a reír.

- Para comprarles vestidos y collares a las niñas de Fakarava. A mí no te interesa hacerme lucir.

- A ti te quiero tal como estás con la túnica rosa y tus cabellos perfumados.

- Tengo ya algunos collares, coronas y ajoyas de caracollillos; nunca te fijas cuando los llevo.

- Con ellos me gustas mucho; con la melena suelta y el pecho desnudo me gustas más.

Ella no abandonaba su idea.

- En Fakarava puedes mercarlos. Cualquier mercader chino te dará por ellos unos billetes de moneda.

Otras veces Ariatea preguntaba a Tekao.

- Si tu no estás aquí cuando llegue el agente de la sociedad pesquera, ¿qué le digo?

- Le dices que me espere.

- ¿Y si no quiere esperar?

- Ya te he dicho que no hay más que un Tekao en Hikuera.

Ese blanco no se larga sin mí.

Añadió en un tono más modesto:

- Si cuando llegue no estoy, le preparas un bol de agua de la tinaja con una cucharada de azúcar. A ese blanco no le gustan los coños.

- A penas queda azúcar en el bote.

Tekao suspiró.

- Deberíamos volver a Muai-Mui, pero el chino ya no quiere conchas ni coral.

- ¿Y si le ofreciéramos uno de mis collares o coronas? Tal vez a la honorable señora Iy Sahn le gustara lucirlos.

- Uno de estos días vamos a probar suerte.

Ariatea se puso a palmotear. En su absoluta soledad y aburrimiento una excursión a Muai-Mui resultaba una fiesta. Estaba harta de buscar caracolillos en la playa y engarzarlos. A veces se ponía una corona, dos o tres collares o ajoyas en las piernas y en los brazos y así adornada como un ídolo, esperaba a Tekao. La túnica color de rosa empezaba a desteñirse y a ajarse; era hora de pensar en sustituirla. Pero el arca de los tesoros estaba vacía, se terminaron las perlas, las conchas madreperlas y las ramitas de coral de diferentes colores. Todo había sido trocado ya por azúcar y harina de mandioca; de las conservas sólo quedaban las latas vacías, limpias y relucientes.

El pescador y su mujer se quedaron un momento tristes, pero pronto se reanimaron. Tekao volvía a hablar de la pesca perlera, de los billetes que le darían, como los distribuiría ... En ese arca, ahora vacía, no habría bastante espacio para guardar los cucuruchos de arroz, de harina, de azúcar, de galletas; los tarros de carne de Chicago, de espárragos de California, de mantequilla holandesa, de compota de guayaba.... Los racimos de plátanos, que

comprarían verdes en Fakarava colgarían a la puerta de la choza y Ariatea y Tekao cogerían ora uno ora otro, saboreando tan delicioso fruto a cualquier hora.

- Pero también me comprarás un vestido y un collar de cuentas.

- Habrá papel moneda para todo.

K

Ariatea no estaba en la playa esperándolo como solía. El pescador se sintió desilusionado y en seguida, inquieto. Abandonó la piragua repleta de pescado y se precipitó dentro de la cabaña.

Ariatea estaba tendida en el suelo con la cabellera revuelta y el rostro escondido entre los brazos.

Tekao se arrodilló a su lado y trató de descubrirle el rostro.

- Ariatea ¿que te sucede?

Ella se obstinaba en esconderlo.

- Ariatea, dime ¿qué es?

Echase la melena atrás, descubrió las mejillas mojadas.

- Nada.

- ¿Estabas llorando?

Ella no contestó.

Tekao le tomó el rostro entre las manos.

- ¿Te duele algo?

- No ...

- ¿Ha desembarcado alguien aquí?

- Nadie.

- ¿Algún presagio?

- Ninguno?

Tekao principió a acariciarle los cabellos.

Ariatea permanecía inmóvil, suspirando.

El le pasó una mano sobre el vientre.

- Tal vez un hijo ...

- No se ...

- Si es eso ... Y se echó a reír.

Volvió a acariciarle los cabellos.

- ¿Tienes hambre?

- Sí, tengo hambre.

- Voy a preparar el pescado.

Después de la comida ella se mostró sonriente como de costumbre. Tekao fué a acucillarse a la orilla del mar interior.

La luna brillaba en el cielo y se reflejaba en el agua. El aire estaba tan quieto que podía oírse el paso de un cangrejo en el coral de la playa de enfrente. Venía del mar exterior, apagado y monótono, el constante rumor de la resaca.

Ariatea salió de la choza fué a ponerse también en cuclillas a algunos pasos de su marido. Miraba el agua en la cual brillaba un ancho camino de luz plateada. No se distinguía la franja oscura de los cocoteros de Mui-Mui. La laguna parecía ensancharse, era sin límites como un mar.

A media voz Ariatea se puso a cantar:

Te kou'o vaka

Ua haka mai

Fakarava ...

Tekao la escuchaba embobado. De pronto cesó al canto.

- Si tuviere un ukelele para acompañarme ...

- Tendrás un ukelele a no tardar.

Viendo que Ariatea seguía callada, Tekao se puso a tatarrear.

Aué, te fareorai e ...

- ¿Cuántas lunas han pasado desde la última pesca perlera?

- No sé ... muchas.

- ¿Cuántas, poco más o menos?

Lo mejor era mentir para tranquilizarla.

- Unas diez.

- Entonces pronto volverá a empezar.

- Sí ... pronto ...

Al cabo de un rato de silencio, Tekao suplicó:

- ¡Ariatea, canta!

- No, no tengo gana de cantar. Explicame como te alegras cuando hallas una perla de valor entre la carne de la ostra. Dime como regatean los judíos y los chinos y cuantos billetes de mil te dan finalmente.

A Tekao se le soltó la risa.

- Nunca me han dado billetes de mil; sólo de cien.

- ¿Sólo de cien? No es posible Tekao. Seguro que lo has olvidado. Por billetes de cien ninguna de esas grandes cortesanas de Fakarava te habría vendido sus caricias.

- Pues, si, figúrate, a veces me las dan por un helado de coco.

- ¿Cuanto cuesta un helado de coco?

- No recuerdo, tal vez tres francos.

- Todo eso que me cuentas es mentira. Has aprendido a mentir como los blancos.

Tekao se entristeció súbitamente.

- ¿Para qué te voy a mentir? Las cosas no son como tu te imaginas.

El pescador sintió que estaba perdiendo prestigio a los ojos de su mujer.

- Bueno, Ariatea, seguramente los billetes eran de mil y los confundo con los de cien. Los conservo tan poco tiempo en mi bolsillo ...

Ariatea se sentía desilusionada. ¿Cómo era posible que ese pescador de perlas que pretendía ser el primero del archipiélago, no hubiera tenido nunca en sus manos un billete de mil? Los traficantes blancos y chinos y los patronos de goleta que Ariatea había conocido en Uturoa llevaban billetes de mil en la cartera, ella lo había visto aunque nunca la invitaron ni le ofrecieron ningún regalo sin duda por considerarla demasiado joven.

Ahora Tekao ya no cantaba ni pretendía que Ariatea lo hiciera para él. Permanecía callado y triste cerca del agua, tan inmóvil que parecía un ídolo de granito de aquellos que adoraban sus antepasados.

Ariatea se acercó lentamente a él, avanzaba en cuclillas sin ayudarse con las manos, apoyándose ora sobre una pierna, ora sobre otra. Parecía un galápago gigante caminando torpemente sobre las patas traseras. Al verla, Tekao soltó la carcajada.

- Escucha una cosa, Tekao, prefiero una guitarra a un ukelele.

- Bueno, tendrás una guitarra. ¿Sabes tocarla?

- ¡Ya lo creo! Mi madre adoptiva tenía una, me enseñó a acompañarme los viejos cantos maoríes.

- Cuando vuelva de la laguna después de toda una jornada de pesca perlera, me gustará que me arrulles con tu guitarra mientras me duermo.

- ¿Estaremos solos?

- No volveremos a estar solos hasta que regresemos a Hikue-
ra. Acampamos en grupos todos los buzos-pescadores. Comemos juntos,
cantamos y reimos juntos, es muy alegre. Pero después de una jornada
de pesca nadie tiene ganas de hablar ni de reir. Solo nos apetece
descansar.

- ¿Pescais también en grupos?

- Una lancha motorizada nos lleva hasta el centro de la
laguna, nos esparce por ella, uno aquí, otro allá, bastante lejos
unos de otros. Permanecemos varias horas a flote sin otra compañía que
nuestro chivin.

- ¿Qué es el chivin?

- Un islote flotante artificial fabricado con hierbas secas.

- ¿Puede un hombre subirse encima?

- Lo hundiríamos en seguida, pesa poco. Pero podemos des-
cansar agarrados al chivin con una mano y en él depositamos las ma-
dreperlas a medida que las pescamos.

Permanecieron un rato sin hablar, luego Ariatea preguntó:

- ¿Es peligrosa la pesca perlera?

- Mi padre era ya pescador de perlas y nunca le oí decir
que le hubiera sucedido nada malo ni a él ni a ninguno de sus compa-
ñeros. Lo mismo digo de mí y de los míos.

- Dijéronme que a veces un pescador de perlas muere dentro
del agua.

Tekao se echó a reir estrepitosamente.

- Puede suceder que a fuerza de contener la respiración,
cuando quiera volver a respirar se le haya olvidado el mecanismo.

Ariatea se echó también a reir.

- ¿Qué sucede cuando hallais una hermosa perla?

- ¡Te guastaría estar allí! Se produce un gran alboroto.

Nadie quiere seguir pescando. Todos pretenden disfrutar de la ganga.

Los traficantes, judíos y chinos, persiguen día y noche al pescador, lo invitan a comer y a beber, lo emborrachan para obtener mejores precios. Si aburrido de todo, se escapa con la perla a otra isla, lo persiguen hasta allí con sus lanchas. No lo dejan en paz hasta que consiguen que se la venda. Los mercaderes discuten entre ellos, se pelean, a veces se pegan. Un mestizo dió una cuchillada a un francés por haberse hecho con una hermosa perla que él codiciaba.

- ¿La habías pescado tu?

- Tetua, de Maupiti, un buen pescador también.

- ¿Le dieron mucho papel moneda por ella?

- Creo que sí.

- Nuestros abuelos - siguió explicando el pescador, también pescaban madreperlas, se comían la carne de la ostra y tiraban las perlas al mar.

Reflexionó un momento y añadió.

- Las mujeres de los blancos se vuelven locas por esa baratija.

- Yo prefiero aquellas cuentas de cristal verdes y blancas que sirven para hacer collares.

- Tendrás todas las cuentas que se te antoje, en cuanto gane algún dinero.

Ariatea suspiró.

- ¿Cuándo será?

Al cabo de unos minutos volvió a hablar.

- Me gustaría que me compraras también unas fundas para los pies.

Tekao se sintió desilusionado.

- Es muy difícil andar con eso.

- Yo creo que sabría. La mujer de un mestizo, patrón de

una goleta, llegó a Utauoa con unas fundas puestas.

- No sería isleña.

- Sí, era de Eimeo.

La luna estaba ahora muy alta sobre la laguna; el cielo irradiaba una luz difusa donde desaparecían las estrellas. Por el agua pasaban largas estrias fosforescentes. Lejos, muy lejos, en el mar libre, trepidaba un motor. Ariatea ladeó la cabeza.

- ¿Oyes?

Tekao contestó distraído.

- Es un barco.

- ¿A dónde irá?

- Ves a saber ... Quizá a Nueva Caledonia, puede a Tahiti..

Ariatea se cubrió el rostro con las manos, exhaló un sus-

piro.

Al regresar de la pesca, Tekao no halló a Ariatea en la playa esperándolo como solía. Recordó que de un tiempo a esta parte algunas veces permanecía echada en el suelo de la choza. No se apresuró a entrar ni a llamarla. Deseaba que ella misma se aperci- biera de su regreso.

Arrastró la piragua por el coral, la varó y la colocó en equilibrio sobre la playa, vació el pescado que llevaba en el fondo. Producía más ruido que el necesario para que Ariatea lo oyera, se despavilara y saliera a su encuentro. Pero Ariatea permanecía ocul- ta y silenciosa. Tekao no pudo aguantar más: precipitose en la cho- za: Ariatea no estaba allí.

Se habría escondido sin duda para embromarlo como había hecho ya más de una vez; esperaría que él la buscara. Pues no se saldría con la suya; iba a dejarla sufrir algún tiempo; a ver quien de los dos aguantaba más. Siguió trasteando por la arena pero no pu- do soportar mucho rato aquel silencio abrumador. Era como si Ariatea hubiese dejado de existir!

Empezó a buscar por la playa de un lado para otro con cierta angustia. Juego en las copas de los árboles, excelente es- condite si uno sabía permanecer bien quieto entre las ramas. Se en- caramaba por el tronco, lo sacudía con los brazos. Una o dos veces gritó:

- Te veo, te veo, has perdido.

Pero el silencio y la inmovilidad de las palmas resultaba

harto impresionante, Tekao abandonó la partida.

Atravesó toda la anchura del coral, llegó a la playa del mar libre. El rumor de la resaca era ensordecedor; entre ola y ola, Tekao llamaba:

- !Ariatea! !Ariatea!

Sólo contestaba la explosión del océano en los rompientes.

Tekao regresó a la laguna, registró de nuevo la choza; abrió también el arca por si Ariatea, llevando su broma hasta el límite, se hubiera escondido allí. En el arca, donde no quedaban ya ni tesoros ni provisiones, tampoco estaba su mujer.

- !Ariatea! !Ariatea!

Sus llamadas eran cada vez más potentes, más angustiosas. Las proyectaba a lo alto de las palmas, las dirigía a las profundidades de la laguna, como si ella al sumergirse según su costumbre al encuentro de las flores de coral y de los peces de colores, pudiera haberse entretenido entre ellos y olvidar el regreso del pescador.

- !Ariatea! !Ariatea!

De pronto dirigía la voz al cocotal de enfrente, hacia Muai-Mui y hasta Maraito.

- !Ariatea! !Ariatea!

La isla entera repetía el eco de ese grito estentorio. Pero ni un solo isleño le correspondía con otro grito fraternal ni en ninguna de las playas de enfrente se agitaba tampoco un pareo azul o colorado signo de simpatía.

Los gritos del pescador vibraban amenazadores, luego se convertían en súplicas, terminaban en suspiros o en gemidos. Hasta que ronco de vocear, volvió a embarcarse en la piragua, puso a pagayar en dirección a Muai-Mui.

Puede que Ariatea hubiera hecho señas a una embarcación de paso y rogado al piragüero que la aceptara a bordo y ahora estuviera trocando con Ly Sehn uno de sus collares o coronas de caracollillos marinos por un pareo nuevo o un trozo de batista para confeccionarse una túnica. La que trajo estaba ya bastante descolorida y deteriorada y las mujeres son tan amigas de embellecerse y adornarse ... También podía suceder que alguien llegado inopinadamente a su playa, la hubiese invitado a un paseo hasta Maraite. Esa loquilla no pensó que tendría que pasar la noche fuera de casa, esperar que su marido fuera a por ella y entretanto comer y descansar en alguna choza miserable. Sólo había pensado en alejarse de aquel lugar solitario donde tanto se aburría. Afortunadamente pronto volvería la temporada de la pesca perlera, Ariatea tendría entonces más distracciones.

Tekao realizó un nuevo esfuerzo para calcular las lunas que faltaban para la anhelada reunión. Se había descontentado y no podía orientarse de nuevo. Era tan dichoso con su mujer! Creía recordar que entre una temporada y otra de pesca perlera, transcurrían más lunas que dedos hay en las dos manos más la mitad de otra mano. Hasta entonces siempre había sabido esperar tranquilamente y conservar alguna que otra cosa en el fondo del arca. Nunca se sintió tan pobre y al propio tiempo tan feliz. Todo y más que tuviere lo habría dado por contentar a Ariatea; a él le bastaban los peces de la laguna y el fruto de los cocoteros.

Cuando desembarcó en Muai-Mui, el cielo y la laguna comenzaban a palidecer y al mismo tiempo asomaba por el lado de Maraite un brillante cuarto de luna. El regreso con Ariatea a bordo sería delicioso bajo la luz plateada del astro de la noche.

Los pasos de Tekao dirigieronse sin vacilar a la vivienda

de Ly Sehn. Ariatea no estaba allí. Toda la honorable familia del comerciante se hallaba ya recogida para la noche: sólo el patrón velaba aún. Sentado en el umbral de su cabanía inmóvil y solemne como un Buda, estaba fumando la pipa. El humo que se esparcía por el espacio exhalaba una aroma indefinible, mezcla de hierbas orientales y de tabaco. Tal vez fumara también algo de opio pues al ver ante sí a Tekao el chino no pudo disimular su contrariedad.

- ¿Dónde está mi mujer?

Semejante pregunta era imprudente y torpe; Ly Sehn levantó los hombros, continuó fumando por el tubo de su cachimbo.

La voz del pescador se hizo más suplicante.

- Ly Sehn ¿has visto a mi mujer?

El chino negó con la cabeza.

Tekao sentía un deseo imperioso de sacudirlo por los hombros.

- No la encuentro ¿Comprendes?

Ly Sehn conservaba su inmovilidad de Buda, su rostro permanecía impenetrable.

Tekao recordó en aquel momento que una vez un mestizo de Fakarava intérprete de los traficantes de perlas, había cogido a un chino por los hombros y lo había precipitado al mar. Por no imitar a aquel mestizo Tekao se alejó a grandes pasos.

No era aún enteramente de noche y, además, la luna iluminaba ya el mar interior. Tekao saltó a la piragua; pisose a pagayar hacia Maraite. El Ariatea no estaba allí ya no sabría donde buscarla. Sólo le quedaba por registrar el fondo de la laguna. Se imaginó a Ariatea aburrída en su gran soledad penetrando en el agua, buscando en sus profundidades algo que viviera, que se moviera, que la acompañara... En la transparencia irisada del fondo coralino bu-

ceaba feliz y divertida, establecía un diálogo con los peces de colores, con las algas movedizas, con las grandes flores de coral. Se olvidaba de salir a respirar y cuando quería hacerlo era ya tarde; no le quedaban fuerzas para hendir las capas superpuestas del agua ... y ahora, sumergida en la noche acuática, entre los peces dormidos y las algas inmóviles, flotaría entre dos aguas con los ojos muy abiertos esperándolo.

La luna en su cuarto creciente subía por el límpido espacio, iluminaba el agua mansa. La masa de los cocoteros aparecía de un negro compacto y esa sombra se proyectaba también a la laguna, dibujaba en la orilla un ancho friso oscuro. Del mar exterior, entraba por el cercano canal, un soplo de aire fresco y húmedo que evocaba los grandes espacios.

En Maraité reinaba el mismo silencio que en Muai-Mui. Tekao desembarcó, atravesó la playa coralina, dirigióse rápidamente al encuentro de Manihe. Pero antes de llegar al poblado lo distinguió en cuclillas cerca del agua. La luz de la luna caía oblicuamente sobre el esquelético cuerpo del anciano, ponía en sus cabellos enteramente blancos una especie de fosforescencia casi sobrenatural. En el busto desnudo, las clavículas se adelantaban dejando un hueco de sombra entre el cuello y el pecho. Los brazos, la piel y el hueso solamente, abrazaban las piernas tan descarnadas como ellos mismos y en las rodillas, puntiagudas como los codos, por un extraño efecto de perspectiva, se reflejaba la luz lunar como en un espejo.

Ni aun la sombra gigantesca de Tekao ni el crujir de sus pasos en el coral, lograron arrancarlo de su éxtasis.

- ¿Sabes donde está mi mujer, Manihe?

Sorprendido, el anciano levantó la cabeza. Tardó bastante en contestar.

Por fin habló y dijo:

- Se fué.

Tekao no comprendía lo que aquella contestación significaba. ¿Qué quería decir se fué? ¿Había pues estado allí? ¿Volvió a su choza sin esperarlo?

- ¿A dónde?

El anciano no parecía dispuesto a contestar. Tekao repitió la pregunta.

- ¿Dónde está Ariatea, Manihe?

- Ella lo sabe.

Tekao se acuclilló junto al anciano, así podía verle mejor la expresión del semblante. Para obligarlo a cruzar la mirada con la suya, púsole las dos manos sobre las rodillas.

- Dime lo que has visto, Manihe.

Habló el anciano sin mirarlo:

- Llegó un hombre del mar exterior, se acercó con su barca a esta playa, preguntó, sin desembarcar, por Ariatea de Uturoa. Alguien le señaló tu choza y allí se fué remando.

Tekao había abandonado sus brazos a lo largo del cuerpo, sus grandes manos reposaban ahora en la arena coralina, se crispaban, hurgaban en el coral.

- ¿Y luego?

- La barca volvió a cruzar la laguna camino del canal.

- ¿Estaba mi mujer en ella?

- Estaba.

- ¿Y no pedía auxilio, no lloraba, no quería saltar de la embarcación?

Manihe volvía a vacilar. Por fin se decidió.

- Nada de eso hacía.

- ¿Estás seguro, Manihé?

- Seguro.

Takao sentía algo parecido al despertar de una borrachera. Estaba aturdido, semi conciente. No acababa de creer lo que Manihe le decía. No comprendía como eso podía suceder. ¡Su mujer se había marchado! ¿Fuéase pues como había venido, como un rayo de luz deslumbrante y fugaz, cómo una visión de ensueño o un espejismo?

Takao no recordaba donde estaba ni para qué vino. Todo le parecía extraño, incomprensible y misterioso. Tal vez había soñado... Tal vez Ariatea no existía ...

Takao se tendió de bruces en la arena. No tenía prisa alguna en regresar a su choza donde no le esperaba nadie; ni gana de comer ni de dormir ni ansia de seguir interrogando al anciano. No deseaba ni esperaba nada, era como un marisco agarrado al coral, era el mismo coral, pétreo, impermeable, insensible. .. No sabía si estaba muerto o si aún no había nacido. Una vez poseyó una dicha infinitamente dulce y se la habían arrebatado. Pero eso debió suceder en otro mundo, en un mundo que tampoco existía ya o del cual le arrojaban ahora.

A lo lejos, el fragor de la resaca repercutía por el espacio, parecía querer llamarle la atención, advertirle que un mar inmenso se extendía en derredor de la isla, que en ese mar estaba el barco que se llevaba a Ariatea.

Se levantó de un brinco.

- ¿El hombre que se ha llevado a mi mujer era un blanco?

- Era un mestizo.

- ¿Cómo se llama?

- Lo ignoro.

- ¿A dónde iban?

Manihe levantó los hombros, luego habló y dijo:

- Tal vez a Raiatea o a Tahiti, pero lo más probable a

Fakarava; la goleta del mestizo llevaba ese rumbo.

Tekac dió unos pasos.

- Voy a por ella.

Manihe se levantó del suelo, se acercó al pescador, lo cogió por un brazo.

- ¡En piragua a balancín, estás loco?

! ¡No llegaron de las costas de Asia, en piragua a balancín, los pobladores de estas islas? Yo también llegaré a Fakarava.

- Aún suponiendo que la piragua resista los envites del mar, te morirás de hambre y de sed en el camino.

Tekao no escuchaba al anciano, se dirigía a su embarcación varada en el coral, bañada ahora de luz de luna.

- Aun puedo alcanzar a la goleta.

- Llévate una provisión de cocos y un sombrero de alas anchas para el sol y unas palmas para velamen.

Entre los dos llenaron el fondo de la piragua de cocos en sazón, de cocos tiernos para beber. Al lado del arpón pusieron también unas palmas atravesadas.

Manihe equilibró la carga; siempre era él quien colocaba a los diáuntos para conducirlos al mar libre. En aquel momento experimentaba también la sensación de estar aparejando la piragua funeraria para Tekao, confiarlo a las aguas profundas del océano para la eternidad. Miraba al pescador de perlas como si fuera la última vez que lo veía y le dolía que un hombre tan joven, tan valiente y tan hábil partiera para siempre.

Tekao estaba ya embarcado, maniobraba con el zagal para poner la proa al trec.

- A más ver, Manihe.

- Adiós, hijo.

Manihé había seguido a Tekao a lo largo de la playa tan de prisa como sus viejas piernas se lo permitían. Al llegar a la desembocadura del freo, se paró y esperó. La embarcación penetraba en el estrecho canal que une el mar exterior a la laguna. La corriente contraria quería, al parecer, impedir que el piragüero cometiera semejante insensatez. Tekao luchaba con las rápidas olas que le salían al paso, resistía a los remolinos expumosos formados por el rabión. Era imponente ver a ese hombre de pie en el centro de la piragua describiendo elipses y molinetes con el zagual. Lo trasladaba de babor a estribor, de estribor a babor, lo hundía y lo sacaba del agua con mecánica rapidez mientras la piragua se encabritaba ante el obstáculo y, doblegándose a la voluntad ferrea del hombre, se lanzaba al asalto de las montañas líquidas, se encaramaba en ellas, vacilaba un momento en la cúspide para deslizarse de nuevo y sumergirse de proa en el oleaje. Emergía unas brazas más allá chorreando agua por los costados, volvía a encabritarse y a embestir la ola siguiente, cabeceaba y se mecía como una cáscara de coco. Bajo la pálida luz lunar, Tekao y su piragua aparecían a la mirada de Manihé como una visión de otro mundo. Ese hombre tratando de ganar la salida en su frágil esquife, se le antojaba el espíritu de la locura encarnado en el cuerpo del pescador de perlas.

El anciano volvía a caminar por el coral sin apartar los ojos de la embarcación. Atravesó así la banda coralina que separa la laguna del mar libre, pudo ver al intrépido piragüero y su piragua, penetrar en el océano, formar sobre la inmensidad plateada de luna, una manchita negra parecida a un ave marina descansando entre vuelo y vuelo.

El esquife desaparecía rápidamente en el surco de las olas, volvía a aparecer cada vez más pequeño y borroso. Manihé lo perdió

pronto de vista. Entonces murmuró unas palabras, y aunque Tekao no podía verlo, levantó el brazo como para un supremo adiós y, volviendo la espalda al océano, se dirigió suspirando a su choza.

X

La luna estaba ya alta y el mar tranquilo. Tekao pagayaba con energía. Miraba el inmenso desierto líquido donde rielaba la luz plateada del astro, con una especie de salvaje voluntad de vencer. Entre él y Ariatea no existían ni sentimientos nuevos ni voluntades ajenas, sólo un obstáculo: el mar. Le parecía oír la voz de Ariatea a través del chasquido de las olas; la llamaba con ansia de que acudiera a ella y él, en su áspera y aferrada mudez, le contestaba: "Voy a ti".

Sólo la muerte podía detenerlo; pensaba en ella por primera vez. La veía como un vago fantasma: flotaba a su lado, proyectaba sobre las aguas su fatídica sombra. Pero el recuerdo de los días dichosos que habían vivido él y Ariatea juntos, le daba ánimo. Sobre ese ancho camino donde el misero esquife se mecía y cabeceaba, la goleta del mestizo trazaba también su misterioso rumbo sin dejar huella alguna en el agua. Pero él lo hallaría, él le disputaría la mujer. Tekao había considerado siempre grotesco el disputarse una hembra como los cangrejos machos y ahora ... Pero no, no iba a disputársela al mestizo, sencillamente subiría a cubierta, la tomaría en sus brazos, la llevaría hasta la piragua y la conduciría a Hikuera. Una vida tranquila y voluptuosa los esperaba de nuevo en su limpia y bonita cñahña de bambú a la orilla de la laguna.

En aquel momento Ariatea le parecía aún más perfecta y deseable que tiempo atrás, cuando, seguro de hallarla al regresar de la pesca cotidiana, se pasaba las horas fuera de casa despreocu-

padra y feliz.

La laguna era su elemento: en la laguna cada recodo, cada cocotal, cada playa y cada uno de sus habitantes podían orientarlo respecto al paradero de Ariatea y el camino a seguir para alcanzarla. En el mar, no; en el mar sólo había misterio y silencio, indiferencia y complicidad. ¿Cómo hallar la goleta? Quizá hubiera arribado a una isla y se quedara allí algún tiempo. Pero ¿qué isla? Había tantas esparcidas por el mar ...

Lo mejor era dirigirse a Fakarava y esperar. Allí iría un día u otro a parar fatalmente el mestizo y su barco.

Tekao volvía la cabeza de vez en vez con la esperanza de haber avanzado ya lo suficiente para perder a su isla de vista. Hikuera trazaba aún la estrecha línea oscura de su cocotal sobre la inmensidad plateada.

Tekao fijaba otra vez la mirada en las colinas movedizas: se sucedían unas a otras constantes y disciplinadas como un ejército colosal dispuesto a impedirle llegar hasta Ariatea. Pero cuantas más fueran y más tenaces se mostraran, más se multiplicaría él también; se mostraría más tenaz que ellas.

Tekao dejó de pagayar, le dolían los músculos y se sentía soñoliento. Depositó el zagal en el fondo de la embarcación y cerró los ojos. Ya no veía el mar con sus olas obsesionantes, veía la laguna quieta y transparente a la hora suave del amanecer. Se sumergía en ella, flotaba entre algas verdes, entre peces y coral de colores. Las ostras madreperlas abrían lentamente sus conchas e infinidad de perlas, como burbujas, se escapaban de su seno de nácar, subían hacia la superficie, se esparcían por ella. Las había de gran tamaño, las había diminutas. Con los brazos extendidos y las manos abiertas, Tekao nadaba en pos de las más hermosas, trataba de apo-

derarse de una gran perla gris; una y otra vez la perla se le escurría entre los dedos.

Se halló de pronto en mitad del mar libre, sin comprenda de momento porque no estaba en Hikuera. Poco a poco le volvió a la memoria la huida de Ariatea y su precipitado viaje a la persecución de su mujer.

El cuarto de luna, como un barquito de latón, navegaba a media altura del firmamento. Tekao volvió a empujar el zagual, púsose a pagayar con redoblado tesón. Ya no le importaba saber por qué estaba en el mar y que finalidad perseguía, sabía sólo que debía seguir pagayando.

Hikuera había por fin desaparecido; de su corona de cocoteros, que un rato antes destacaban en negro sobre el agua plateada, no quedaba ni rastro. El mar, inconmensurable desierto líquido, era de nuevo un ancho camino perdedor por el cual nadie ni nada deja huella.

La luna había descrito un magnífico arco en el espacio, ya declinaba hacia el horizonte. Como cansada de iluminar el mundo se deslizaba rápidamente al mar. El agua no tenía ya los reflejos plateados que rielaban en toda su anchura, era azul oscuro sombrío y mate. Una tras otra las olas seguían llegando y rompiéndose contra el costado de la piragua; el piragüero continuaba pagayando.

A lo lejos, muy lejos, allá donde la línea del agua se junta con la línea del horizonte, una nube alargada esfumó poco a poco los límites del mar y del cielo. La luna naufragó a algunas brazas de la embarcación, produjo una especie de incendio blanco cuyas llamas de plata se alumbraron y se extinguieron en un instante.

El mundo se oscureció rápidamente, agua y cielo se unie-

ron en un amplio abrazo de sombra. Miles y miles de estrellas desconocidas, ojitos vigilantes de la noche, se despertaron una a una, miraron todas al piragüero. Como durante las innumerables veladas que precedieron a la llegada de Ariatea, veladas que Tekao pasaba a veces acucillado en la playa de Hikuera, soñando en los placeres de Fakarava, las estrellas, en su mudo y elocuente lenguaje, le hablaban de la lejana isla pero no le recordaban ya las solemnes borracheras ni el melodioso rasgueo de ukeleles ni el frenético redoble de tambores, ni las desenfrenadas ula-ulas que terminaban en bacanal, sólo le hablaban de una misteriosa goleta oculta en esa inmensidad sombría a cuyo bordo se hallaba Ariatea.

Amanecía. El mar presentaba los mismos tonos irisados que la laguna, el cielo tenía también aquel matiz suave de perla. Pero no planaba sobre ellos aquella dulzura incomparable que se extiende sobre las playas de coral, al borde del mar interior poco antes de la salida del sol.

Bajo el cielo nacarado de la aurora, sobre esa gran extensión líquida, nacido por el agua, Tekao seguía pagayando. El océano se iluminaba por momentos, tomaba transparencias y matices suaves. El tono cárdeno se mezclaba al lila, el lila al rosa, el rosa al púrpura. Las olas se despertaban también como la luz, corrían unas en pos de otras con la voluntad de vencer. Venían de un lugar lejano, se dirigían a otro punto igualmente lejano. Algunas de ellas irían quizá a estrellarse contra los acantilados de Nuku-Niva, o a deshacerse blandamente sobre una playa de coral a medio día lejos de la piragua de Tekao.

El piragüero recordaba otros amaneceres en el mar, cuando a bordo de un gran velero, un grupo de buzos-pescadores se dirigían alegremente a Kankura o a Ranguiroa para la pesca perlera.

Desde su más joven edad había navegado a través del Archipiélago Tuamotu; sabía perfectamente donde se hallaba cada isla e islote que lo componían respecto a la salida del sol y podía evolucionar en el gran océano casi tan seguro del trazado a seguir como en la laguna. Pero ¿cuánto tiempo tardaría en llegar a Fakarava? Y ¿cómo iba a resistir la terrible reverberación del mar durante

las horas venideras?

El sol, disco inmenso de fuego, acababa de emerger del horizonte, se encaramaba por el espacio a una velocidad aterradora. El agua y el firmamento se encendían como una fragua. Las olas, igual que llamas vivas, culebreaban sobre la candencia del mar; no había ojos humanos que soportaran esa fulguración.

Un rato después los reflejos de carmín y de púrpura ibanse reduciendo y apagando. Pronto se diluyeron en las olas y el mar se desmayó hasta convertirse en un lienzo de azul suave sobre el cual las diminutas crestas brillaban en múltiples reflejos dorados.

A medida que el astro iba tomando altura esos relámpagos se oscurecían y el agua se coloreaba de azul intenso.

Tekao sentía sed, recordó que no había bebido ni comido desde el último medio día cuando pescaba en la laguna soñando en su regreso a la choza y en la succulenta cena de pescado que se ofrecería y le ofrecería a su mujer. El pescado quedó olvidado en la playa; los cangrejos o las tortugas lo habrían aprovechado.

Gracias a la prudencia del anciano Manihe los cocos se amontonaban ahora en el fondo de la piragua, cuando no pudiera aguantar más, abriría uno. Pero todavía no, había perdido mucho tiempo durmiendo, tenía que recuperarlo.

El sol estaba casi en el zenit y su ardencia era agobiadora. Tekao llevaba puesto el sombrero de pandaneo cuyas alas le protegían de los rigores del calor y sobretudo de la luz: la reverberación del agua en los ojos era irresistible, por lo cual el piraguero los llevaba casi siempre entornados.

Sus brazos parecían dos bielas bien engrasadas movidas

a un ritmo regular por el motor de la voluntad. Pagayaba sobre aquel desierto incommensurable bajo la brasa solar, hora tras hora, sin reposo. El calor aumentaba y sus fuerzas disminuían. De pronto se sentía viejo como si llevara años pagayando sobre esa ruta que se ensanchaba y se alargaba ante su vista. La llamarada del sol le quemaba la piel, le clavaba una a una mil agujas candentes en el dolorido cráneo. Tenía los miembros entumecidos, casi paralizados, los ojos ciegos, la respiración corta y precipitada. Le ardía la boca y la garganta, se sentía el pecho oprimido.

X No se decidía a parar el movimiento mecánico de los brazos por miedo a no poder volver a moverlos. Hasta que el dolor de le agudizó y hubo de cesar de pagayar. Dejó caer el zagal al fondo de la embarcación, se acostó de cara al cielo con los párpados entornados. En aquella inmovilidad absoluta su carne no sufría ya y el pensamiento también se le aletargaba. Era una sensación deliciosa, dejarse mecer por el mar y hundirse poco a poco en la nada.

Las olas seguían chapoteando en los costados de la embarcación, la zarandeaban, violentamente. Una salpicadura más fuerte que las otras roció el rostro de Dekao, le volvió a la realidad.

Con un esfuerzo supremo se agarró a los bordes de la piragua, se incorporó. Cada movimiento que practicaba le producía dolores intensos en la nuca y en los tendones. Deseaba abandonarse de nuevo al reposo bienhechor: permanecer inmóvil, dormir. Pero el mar estaba algo alborotado, podía llenar de agua el esquite, hacerlo naufragar.

Logró al fin empujar el cuchillo, alcanzar una nuez de coco, separarla en dos mitades y sorberse el jugo. Así que el líquido le mojó los labios comprendió que en él estaba su salvación. ¿Cómo lo había olvidado? El jugo de coco es medicinal, da fuerzas

a un hombre agotado, cura graves enfermedades, salva la vida de los moribundos ...

Volvía a empujar el zagal; la esperanza y la energía revivían en él. Se pasaba la lengua por el paladar buscando aún aquel sabor delicioso. ¿Había entre las cosas naturales de la tierra nada mejor que el coco?

Recordó la leyenda del primer cocotero. Su abuelo se la había contado pretendiendo haberla vivido. Pero el abuelo del abuelo la había contado también a sus nietos pretendiendo igualmente haberla vivido. Y era tan maravillosa que Tekao esperaba llegar a abuelo (sólo la palabra de los ancianos posee autoridad en el país) para contarla a su vez y pretender (ya que ello parece formar parte de la leyenda) que él la había vivido también.

El mar ostentaba en aquel momento un color verde-azul, pequeñas crestas de blanca espuma lo cubrían en toda su extensión; corrían veloces de babor a estribor algo oblicuas a la proa. El sol estaba aún bastante alto, no se veía ninguna nube y el calor seguía agobiándolo. Pero algo en el agua y en el firmamento parecía marchitarse. Era como si ese día tan implacable, mostrara síntomas de cansancio o de caduquez. Pronto vendría el crepúsculo, luego la noche y con ellos el fresco que da ánimos y vigoriza.

De seguir así pronto llegaría a Fakarava. Hallaría a Ariatea arrepentida de su escapatoria, deseosa de embarcarse en la piragua y volver a su linda choza de bambú junto a la quieta laguna. Ninguna vida podía compararse en bienestar y sosiego a aquella que vivían ellos en Hikuera.

Vendría el primer hijo y luego más. ¿Acaso la laguna no contenía bastante pescado para alimentar a una familia numerosa? Pronto la choza no bastaría para albergar a tanta gente. Habría que

pescar mucho nácar y sobretodo muchas perlas, comprar bambú y construir más chozas. Todas esas viviendas formarían un poblado que llevaría su nombre. Entonces en Hikuera habría tres: Maraité, Muai-Mu y Tekao. En Tekao vivirían las hijas y los hijos casados, con sus maridos y mujeres y toda la prole. Tekao no pescaría ya, de ello se encargarían sus descendientes. Reuniría a toda la tribu en derredor de su venerable persona y las noches de luna les contaría el origen del Archipiélago Tsumotu el cual nació del acoplamiento del sol y la Luna.

"El Sol y la Luna, les diría, se amaban tanto que durante algún tiempo se ocultaron a la vista de los hombres y el mundo vivió en las tinieblas y la zozobra. El gran Taarua, el dios de los dioses, los castigó en su descendencia. Infinidad de islas nacieron en el mar; tórridas, desiertas, yernas, estériles! Pasaron varias generaciones de hombres y estas islas malditas seguían desiertas hasta que Taarua se compadeció de ellas. Les envió la lluvia bienhechora, la cual se derramó repetidas veces sobre el coral, lo disolvió en parte, formó un hueco en el centro. Y el hueco se convirtió en laguna. Del sobrante de la laguna en su desbordamiento hacia el mar, se formó un canal por donde los peces entraron en el mar interior. Pero las hijas del Sol y la Luna no habían conseguido aún el perdón del gran Taarua. No vivía en ellas un solo árbol, ni un sólo arbusto ni una humilde mata de hierba o una florecilla silvestre. Las islas seguían inhabitadas y sin nombre. Hasta que hombres expulsados de otro territorio, perseguidos y amenazados de exterminio por enemigos implacables, desembarcaron en uno de esos anillos de coral, dichosos, por el momento de pisar tierra firme. Pronto empero se dieron cuenta de su desventura; no había agua dulce, ni sombra donde resguardarse de los rigores del sol, ni fruta ni plantas comestibles. Hambrientos,

desesperados, enloquecidos por las privaciones y los sufrimientos se lanzaron los unos contra los otros y luego los vencedores se comieron a los vencidos. Los supervivientes se ingeniaron a recoger el agua de lluvia, a explorar la laguna donde hallaron ostras perleras cuya carne es comestible y peces sabrosísimos que tuvieron que comer crudos pues no sabían con qué ni cómo encender fuego".

Los brazos y la espalda empezaban otra vez a dolerle, los ojos le escocían y se le cerraban los párpados. Pero no quería descansar ni dejar de vigilar el mar por si aparecía una isla de coral que asoma sólo unos metros por encima del agua y es difícil de percibir hasta que se halla uno a proximidad. Para evitar que el sueño le venciera comenzó a recitar en voz alta la leyenda del primer cocotero.

"Pasaron muchas generaciones de hombres hasta que la primera nuez de coco llegara a una playa de coral arrastrada por la corriente marina. El fruto abandonado en la playa por las olas estaba germinado y ningún hombre o animal hambriento acertó a descubrirlo. La nuez viajera protegida por su espesa capa de borra, quedose quieta bastante tiempo. La lluvia la regó y la pudrió. Pronto se abrió de arriba abajo, dejó al descubierto unas hojillas tiernas y unas raíces retorcidas. Las raíces agarraron en el coral y las hojas se convirtieron en palmas. De ese primer cocotero nacieron cocos y esos cocos maduraron, se desprendieron del árbol y, a su vez, germinaron, se pudrieron, formaron nuevos arbolitos que al tiempo convirtió en hermosas palmeras.

Pasaron más generaciones de hombres antes de que todas las islas, a las cuales llegaban nueces de coco arrastradas por las corrientes marinas, se cubrieran de cocoteros y a la sombra de sus palmas pudieran los tuanotus construir sus chozas y así vivir relativamente felices."

Aprovechando el fresco de la noche Tekao había pagayado hasta el amanecer. Ante la aparición del astro diurno y en previsión del calor y del cansancio que le aguardaban, se bebió el jugo de un coco y se comió la lechosa pulpa. Luego, lleno de ardor y de esperanza, siguió pagayando hasta medio día. Había cesado de pensar y casi de sentir; atento únicamente al movimiento incesante del zequal y a la vigilancia de la altura respecto a Fakarava.

Algo le decía que no podía ya estar lejos aunque le resultaba muy difícil medir poco más o menos la cantidad de tiempo que emplearía una piragua en el trayecto comparado con el que emplea una goleta. Y aún refiriéndose a una goleta el cálculo del tiempo era difícil pues dependía de la velocidad del aliseo o de la ausencia de ese viento caprichoso, de la peña de la tripulación, del deseo más o menos vivo que sintiera el patrón de llegar a puerto o del vagabundeo entre las demás islas.

A pesar del calor horrible producido por la ausencia de aire, Tekao seguía pagayando. De vez en vez sentía la inquietud de una duda. ¿Se habría perdido en el mar? Una piragua a golpes de zequal avanza poco a pesar de los esfuerzos y la energía del piragueiro. Ignoraba cuanto habían durado esos periodos de inconsciencia que dividían sus jornadas de navegación aunque por la posición de los astros podía darse más o menos cuenta de ello. Habían sido largos periodos, cuartos de día o tal vez más. En ese tiempo la piragua podía haber derivado, seguramente lo había hecho y una de esas islas o islotes que sirven de guía al navegante le habría pasado por alto. Desde que dejó Hikuera no había tropezado con ninguna. La duda y la inquietud oscurecían de pronto la seguridad absoluta de conocer el mar polinesio mejor que cualquier marino blanco de esos que consultan los mapas. Porque saber consultar los mapas, según le dijo

una vez el capitán de un yate americano, no sirve de nada ya que la mayoría de esas islas no figuran en ellos. Para un marino tuamotu los atolones, pequeños o grandes, esparcidos por el Pacífico Oriental son bases seguras de orientación, los distingue por ínfimos detalles y no se equivoca nunca cuando una isla aún muy lejana aparece en el horizonte. Hay en el agua el cambio de color que produce la disminución rápida de fondo y en el cielo un espejismo producido por la reverberación de la laguna. Pero por más que Tekao miraba a los cuatro puntos cardinales tan lejos como la vista se lo permitía, nada dejaba prever la proximidad de una tierra coralina.

El piragüero se sentía muy fatigado. Soñaba solo en hallar una isleta cualquiera donde poder descansar, alcanzar un coco tierno y fresco, saborearlo, tenderse a la sombra de las palmas y dormir. Si no encontraba pronto un islote debería tirarse al agua y refrescarse, no podía aguantar más el bochorno.

Pasó más tiempo, nadie podría decir cuanto. Tekao pagayaba cada vez con menor energía y mayor lentitud. Se sentía arder las sienes y hervir el seso como si el mismísimo sol hubiera logrado introducirse en el cráneo. El cuerpo y el espíritu se le iban paralizando, el pensamiento huía. Miraba el mar con ojos exorbitados obsesionado por el deseo de tirarse^a él. Sólo el agua, con su frescor delicioso, lograría apagarle el ardor del cuerpo, despejarle la cabeza, impedirle enloquecer.

Sus brazos abandonaron el zagal y el cuerpo todo, casi contra la propia voluntad, se le inclinó hacia adelante. De un solo impulso se zambulló.

Sentía la caricia deliciosamente fría y vivificante de las olas, veía su cristalino azul a ras de pestañas. Brazos y pier-

nas, rígidos y entumecidos un momento antes, se movían ligeros y elásticos. Nadaba con parsimonia alrededor de la piragua, poseído de un bienestar inefable. En una suerte de embriaguez se confiaba al mar, le parecía casi que podría flotar horas y más horas, días y más días, incluso llegar a nado a Fakarava.

Hendió las capas superficiales por debajo de la embarcación con ansia de penetrar más profundamente en el océano, explorar sus secretos. A pocas brazas de la superficie la luz se te-
mizaba, tomaba tonos glaucos de sorprendente hermosura.

Tekao se sentía pez de profundidades y quería explorar más adentro. Allí no había algas ni peces de colores, ni coral ni ostras perleras. La luz desaparecía rápidamente. Nunca hasta entonces, soñara Tekao que en el mar pudiera reinar la oscuridad.

A medida que ahondaba en el océano, la oscuridad era más densa y el peso del agua se dejaba sentir. Tekao temía de pronto que al salir a la superficie su cuerpo se hubiera aplastado como el de las rayas.

Hendió con brazo vigoroso las capas de agua que lo separaban de la superficie ansioso de ver pronto la claridad del día y respirar el aire.

Cuando emergió del mar y descubrió el azul acuático y celeste, vivió un instante de perfecta dicha. Pero pronto se le oscureció: no veía la piragua en parte alguna. No comprendía quien podía habersela llevado y menos aún que la embarcación lograra navegar sin un piragüero a bordo. Se había zambullido a un par de brazas de ella solamente y estuvo poco tiempo bajo el agua. ¿Qué sucedía?

Imitando a los peces voladores que arquean el espinazo para salir fuera del mar, el buzo-pescador arqueó todo el cuerpo,

lo proyectó al espacio para ver más extensión de agua: una, dos, varias veces, hasta que descubrió a la embarcación. Se hallaba increíblemente apartada del lugar donde creía haberla dejado, era sólo una pequeña mancha oscura perdida en la inmensidad refulgente. Tekao orientó hacia ella sus brazadas.

Empezaba ya a resollar de cansancio cuando comprendió que la piragua seguía tan lejos como cuando empezó a perseguirla: una fuerte corriente marina la arrastraba sin duda. Si era así difícilmente la alcanzaría.

Por primera vez en su vida sintió que un gran sollozo se le formaba en el pecho, le estallaba en la garganta como una formidable explosión. En un instante veía malogrados todos sus esfuerzos, destruidas todas sus esperanzas. La goleta del mestizo se le escapaba sin remedio. No llegaría nunca a Fakareva ni volvería a Hikuera a su bonita choza de bambú junto a la quieta laguna; ¡no vería más a Ariatea!

Al evocarla, sin dejar, en un esfuerzo supremo, de nadar hacia la piragua, veía a su mujer como un ser irreal, como un espíritu divino, como la propia diosa de la laguna; la que atrae a los hombres, y los seduce, la que los lleva hacia el país de donde no se vuelve jamás. Las fronteras de ese misterioso país se aproximaban rápidamente.

No valía la pena luchar; la diosa lo había vencido. Era mejor entregarse al suave vaivén de las olas y así esperar la muerte. Se tendería boca-arriba, extendería los brazos, cerraría los ojos e invocaría a Ariatea. Sólo quería verla una vez más antes de cerrar los ojos para siempre.

Pero de pronto la imagen del mestizo llevándose a su mujer en la goleta se interpuso a la visión de la diosa de la laguna y

rugido de rabia le devolvió la virilidad y la fuerza.

Lanzó un grito, el antiguo grito de guerra de sus antepasados perseguidos y hambrientos al tirarse contra sus compañeros de infortunio para matarlos y devorarlos.

Braceaba furiosamente, pegaba puñetazos y patadas al mar, se peleaba con él como con el peor de sus enemigos. Le parecía que la distancia entre sus brazos y la piragua disminuía. Ya no quería abandonarse al mar y morir mecido por las olas, quería morir luchando, con rugidos de fiera, persiguiendo a la maldita piragua.

No estaba ya tan lejos, a cada brazada se convencía más de esa evidencia. Alcanzaría a la embarcación y una vez a bordo, sólo pensaría en vivir. ¿Acaso no era éso lo único apetecible del mundo? ¡Vivir! ¡Vivir! Sorberse el jugo de un coco tierno, rebañar la pulpa blanca y cremosa con el cuchillo, mascarla, paladearla, tragársela y volver a pagayar hacia cualquier isleta. ¿Que importaba una mujer? ¿Que importaban todas las mujeres? Hallar una playa con sombra de palmeras, abundancia de cocos, hallar una laguna con peces al alcance de la nasa o del arpón, hallar ostras madreperlas y comerse la carne, tirar la perla, reirse de los blancos y su dinero ...

Era como si Fakarava nunca hubiera existido y tampoco Hikuera con la laguna y la choza de bambú; le bastaba un pequeño anillo coralino con su mar interior y la sombra del cocotal.

La piragua no estaba lejos, se la veía mecida por el ligero balanceo de las olas como si de pronto, arrepentida de su locura, hubiera decidido esperarlo.

Tal vez era ya tarde, a Tekao le quedaban pocas fuerzas. Veía a su embarcación sólo a unas brazas de distancia pero no podía llegar a ella; los brazos y las piernas se le habían puesto rí-

gidos., nadaba sólo con los hombros y el pecho, avanzaba lenta y penosamente movido por una voluntad férrea. Flotaba como por milagro pero su respiración era rápida y jadeante, el aire no le entraba ya en los pulmones, estaba casi ciego y se ahogaba.

Había dejado de soñar en llegar a un islote cualquiera y dormir a la sombra de las palmas; sabía que esa dicha también se la negaba el destino; su única ambición era llegar a la piragua, acomodarse en ella y morir. Deseaba cerrar los ojos llevándose al otro mundo la visión de las dos inmensidades azules: el mar y el cielo.

Por fin sus dedos entumecidos y rígidos tocaron el borde de la embarcación, se agarró a ella desesperadamente. No le quedaban fuerzas para subir a bordo, pero la piragua se ladeó y el cuerpo del nadador quedó dentro, alargado boca ~~arriba~~ arriba.

Volvió a pagayar como una máquina; sus brazos se movían regularmente sin prisas ya, obedecían sólo a una fatalidad ineludible. Todo deseo y toda esperanza se habían desvanecido. Bogar y más bogar, no para llegar a ninguna parte ni alejarse de lugar alguno sino como el esclavo de una voluntad superior lejana y misteriosa pero terrible, quizá muerta pero aún dominante.

Allá en lo hondo de su conciencia de hombre, bajo las capas superpuestas del instinto de conservación: beber, comer, dormir, seguir pagayando, había algo como la sombra evanescente de una mujer. Esa mujer estaba muerta o tal vez no había existido nunca, era como el eco de una música en su memoria, como el perfume de una flor en sus dedos.

Seguía pagayando bajo la abrasadora luz del sol, envuelto en clarores crepusculares o en reposantes sombras de noche. Miraba de vez en vez el astro diurno o las estrellas para mantener el rumbo emprendido en un momento ya muy lejano cuando aun era joven y amaba las cosas de la vida.

Había envejecido en el mar, un mar que nunca hasta entonces creyera tan grande: sin islas, sin atolones, sin límites ... Un mar incommensurablemente profundo que la ausencia total de vida hacía aún más inhumano.

Tekao habría querido pescar pero no había peces o apoderarse de una incauta ave marina venida a su bordo a reposar entre dos

vuelos, pero no se cruzó con ninguna; o apercibir una medusa viajera con su vela pueril, de un rosa amaratado para tener la consoladora sensación de no estar solo en el mundo, saber que aparte de él y su esquife, la vida continuaba .

Poco a poco hasta esos deseos y esas evocaciones se habían ido desvaneciendo, quedaba únicamente la máquina: mover los brazos, sorber el jugo de un coco, abandonar el zagual, dormir, despertar, volver a empuñar el zagual y bogar, bogar, bogar ...

Los días sucedían a las noches, las noches a los días. Como una tregua a la tortura del sol, a la cegadora reverberación del agua y a las horas nocturnas en constante lucha con el sueño, le consolaba la dulzura del crepúsculo vespertino y matutino con su aire tibio y sus tonos de nácar en el cielo y en el agua. Durante esos breves momentos, Tekao, aunque embrutecido, volvía a ser un navegante valeroso. Pero los días eran interminables, deslumbrantes, abrasadores. Cada uno le parecía el último que soportaría.

La jornada transcurría en el sufrimiento y el desánimo, los brazos se negaban a pagayar y al abandonar la dirección de la piragua, ésta quedaba inmóvil, se mecía en una ausencia total de aire que asfixiaba o, impelida por un soplo de alisio o por una corriente traidora, tomaba un rumbo caprichoso que alejaba al piragüero de la derrota emprendida. Pagayar era penosísimo, dejar de pagayar peligroso.

Empezaba a creer que esa ausencia de islas en un mar tan poblado era conjuro de fuerzas ocultas. Mientras estaba durmiendo un espíritu maligno se apoderaba seguramente de la piragua, le hacía desandar el camino recorrido la noche antes. Porque al observar el sol y las estrellas en su posición con la línea del horizonte, el navegante no hallaba avance alguno en su derrota.

Otras veces creía simplemente que las corrientes marinas dificultaban la navegación de la navecilla. La única manera de vencerlas era pagayar sin descanso, vigilar día y noche.

Fueron primero simples fosforescencias marinas, aparecían en el lomo movedizo de las olas, se apagaban, se encendían, se aproximaban, se alejaban ... Lamían el costado de la piragua y se escurrían por debajo del balancín: llegaban rápidas contra la proa, lucían breves como relámpagos para fundirse con las tinieblas.

La luna, cauta como un fantasma, se paseaba por el espacio noche tras noche, ora en forma de medio círculo, ora en forma de huevo, luego, más o menos redonda. Describía unas veces un magnífico arco celeste, otras una breve curva sobre el horizonte, entonces las fosforescencias se apagaban. Pero así que la pálida esposa del sol se sumergía en el mar o, caprichosa como cualquier hembra, no aparecía en toda la noche, las condenadas fosforescencias reaparecían.

En otros tiempos, ya muy lejanos, cuando Tekao no era aún un forzado del mar, esas formas luminiscentes le divertían, gozaba de ellas desde la playa exterior de Hikuera o de Ranguiroa sin sospechar que una vez llegarían a horrorizarlo.

Ahora luchaba con el sueño y la fatiga, trataba de dar unos cuantos paletazos más cuando aparecían las luces glaucas. Habían comenzado por jugar como cachorros de delfín en derredor de la piragua pero de pronto se levantaban del mar, se acercaban al piragüero, trataban de agrazarlo. Con movimiento brusco Tekao esquivaba ese contacto que imaginaba frío y escalofriante. Las luminiscencias se retiraban.

Otras veces tomaban forma de pez. Como si fueran el fantasma de tiburones que el pescador había atravesado con el arpón,

se le aparecían de súbito ávidos de venganza. Los había vencido en combate singular luchando cuerpo a cuerpo con ellos pero ahora no sabía como defenderse contra sus espíritus. Sin embargo preparó el arpón y a pié firme esperó su llegada. Aquella noche no aparecieron y Tekao lo atribuyó al miedo que su terrible arma les infundía.

A la noche siguiente se presentaron otra vez y el navegante solitario preparó de nuevo el arpón. Al primer fantasma luminoso que se levantó de las olas Tekao se puso en pie, afianzó las piernas, arqueó los brazos con el arma en posición de ataque. En aquel preciso instante la luminiscencia tomó la forma de una mujer. Había estado a punto de atravesarla con las afiladas puntas, abandonó precipitadamente el arma con peligro de dejarla caer al mar.

Los fantasmas nocturnos se parecían cada vez más a mujeres. No eran voluptuosas ni tentadoras; eran suaves y fraternales. No le querían mal ni tampoco trataban de provocarle deseos amorosos; venían simplemente a acompañarlo y a alentarle en su soledad. Hubo una vez, ya lejana, una mujer hermosa y suave que endulzó su vida con el más tierno de los amores. Vivían juntos en un lugar del qual había olvidado el nombre, un lugar infinitamente lejano, allende la curva sutil de los mares. Los fantasmas le hablaban de esa mujer. En un lenguaje sin palabras susurrante como el soplo del aliseo adormecido, le decían que aquella mujer cuyo nombre había también olvidado lo amaba y lo esperaba. ¿Dónde? ¿Cuándo? Preguntaba Tekao, anhelante, a los fantasmas del océano. Pero éstos eran vagos y juguetones; podían sólo insinuar que aquella hermosa mujer de los grandes ojos acariciadores, de los luengos cabellos negros, deseaba su regreso. Tekao veía entonces una bonita choza de bambú con techo de palma junto a la quieta y transparente laguna; visión celeste que

venía a endulzar sus horas de desesperación y de cansancio.

Quizá ella estuviera en efecto allí esperando aún su regreso mientras él, como un poseído huía en piragua a través de los mares.

Un estremecimiento de duda le había sacudido el cuerpo. Los fantasmas se habían desvanecido y Tekao con una precisión escalofriante recordaba de pronto las palabras de Manihe: "Llegó un hombre del mar exterior, preguntó por Ariatea de Uturoa, luego atravesó la laguna camino del freo, tu mujer estaba con él". Ya no tenía pues mujer, un mestizo se la había robado y ahora navegaba en pos de la goleta que se los llevaba juntos.

No los alcanzaría jamás, ni tampoco volvería a Hikuera. ¿Que importaba ya la laguna poblada de peces, de nacar y de ostras madreperlas, su deslumbrante y limpia playa de coral y la dulcísima sombra de los cocoteros? Todo estaba marchito, profanado, destruido para siempre. Sin ella lo mismo importaba Hikuera, que Rangiroa, que Kaukura, que Fakarava o Maupite. Cualquier lugar era bueno para desembarcar, tumbarse a la sombra de las palmas y dormir, dormir, dormir ... día y noche, noche y día, profunda y sosegadamente sabiendo que las corrientes marinas, los caprichos del aliseo o la fantasía de la piragua no imperaban ya sobre su destino.

x

Llevaba ya mucho tiempo sin pagayar, tendido en el fondo de la embarcación, con el sombrero puesto sobre los ojos esperando que todo terminara. Oía aún el chapoteo de las olas en el costado de la piragua, veía la luz del día a través de los sutiles intersticios de las tiras de pandaneo trenzadas, sentía el contacto del

sol sobre su cuerpo desnudó. Ese calor no le molestaba ya, al contrario, le alimentaba y lo recalentaba.

No le quedaban ya cocos en el fondo de la piragua, tenía pocas esperanzas de vivir pero la muerte no le asustaba.

Despertaba de uno de aquellás períodos de sueño prolongado tan parecido ya a la muerte, de los cuales emergía de vez en cuando extrañado de existir aún. Sentía la caricia del sol o el fresco de la noche: pronto volvería a dormir y aquella vez quizá para no despertar.

La forma luminosa de Ariatea se inclinaba sobre su cuerpo yacente. Tomaba el color de la luna para acariciarlo, tomaba el susurro del aliseo para llamarlo por su nombre. Cuando Tekao iba a contestarle, no estaba ya junto a él, se había evaporado en el aire.

Vivía aún; se lo decía la sensación comfortable del sol en su piel, se lo decían las pequeñas lunas formadas por los intersticios del trenzado del sombrero y el chapoteo de las olas en el costado de la piragua.

Oyó de pronto un ruido blando muy cerca de su cuerpo y unos arañazos en la madera; era como si un ave se posara en la embarcación. Se apartó el sombrero del rostro, vió en efecto un ave marina agarrada a la borda, distinguía sus puntiagudas uñas arqueadas sobre el reborde y las pupilas doradas de mirar vigilante y receloso. Tekao levantó el brazo y el ave asustada huyó dando graznidos. Tekao podía todavía defender su carne flaca y achicharrada de los ataques de un ave hambrienta. Pero ya no podía morir en paz. El ave volvería una y otra vez y antes de que él se convirtiera definitivamente en cadáver, habría de sufrir que le arrancara la carne a picotazos. El pájaro volaba cerniéndose sobre su cuerpo. Cada vez que se acercaba demasiado, Tekao levantaba el brazo y el ave

huía. Trazaba círculos a cierta altura, más y más amplios cuando el hombre la asustaba, más y más reducidos cuando volvía a verlo inmóvil. Sacando fuerzas de flaqueza, Tekao agitó el sombrero, siguió con la mirada la huída del rapaz. De súbito las pupilas se le dilataron, el corazón apresuró sus latidos: creía ver verdor de árboles y espuma de rompientes. Debía ser una alucinación. Pero ya la esperanza y el deseo de vivir despertaban en él. Con un esfuerzo supremo se incorporó; seguía viendo árboles y espuma. Empujó el zagual y comenzó a pagayar con los ojos fijos en esa tierra que cada vez le parecía más firme. Veía los cocoteros acefarse, veía el fulgor de la laguna entre sus troncos. Altas e inquietas montañas de agua se formaban y se quebraban cerca de la costa: crecía el rumor de la resaca.

Tekao no buscó un paso problemático, se dirigió en línea recta a la playa exterior y cuando estuvo bastante cerca y en eminente peligro de naufragar entre los remolinos y el hervidero de los rompientes, dejó de pagayar, sólo trataba de mantener la embarcación en equilibrio sobre el lomo de la ola. Esta la empujaba con violencia pero antes de que alcanzara la playa de coral, retrocedía arrastrándola. Era el momento más peligroso; Tekao maniobraba ~~con~~ con el zagual para mantener la piragua proa a la costa. La ola siguiente volvía a sumergirla y la succión de las hoyas y los remolinos de espuma la ponían en mayor peligro.

Por fin el fondo rascó violentamente la arena coralina, Tekao saltó fuera de la embarcación, la agarró con las dos manos y tiró de ella pendiente arriba. Cayó dos veces de rodillas, tragó bastante agua salada y los ojos se le cegaron pero la piragua estaba varada y a salvo. Por milagro no se había desprendido el balancín.

Tekao permaneció un momento de pie inmóvil boquiabierto,

ebrio de dicha, Arrojosé al suelo con los brazos abiertos, se revolcó por el coral pulverizado, se abrazó a él. Lo tomaba a puñados y se lo restregaba por el rostro y el pecho. La garganta se le llenaba de sollozos, suspiros, gemidos, palabras entrecortadas le salían por la boca a borbotones.

Siempre a rastras como un reptil, llegó bajo la sombra de las palmeras, apoyó una mejilla en el fresco coral mientras sus dedos crispados se hundían y se paseaban por él acariciándolo con amor. Interminables regueros de lágrimas se le deslizaban por el rostro hacia las comisuras de la boca y él las detenía con la lengua, las paladeaba, las saboreaba con deleite.

Aún le quedaban fuerzas para gatear hasta una nuez de coco desprendida del árbol; la partió en dos mitades con el cuchillo, se bebió el jugo y luego se comió la pulpa. Era sin duda la mejor que había saboreado en su vida. Experimentaba un bienestar inefable, deseaba reposar. Se tumbó en la playa, cerró los ojos. Recordó un momento el tormento de la sed, la horrible soledad del mar. Pero todo eso le parecía ya muy lejano casi inexistente. Estaba en una isla cubierta de cocoteros; iba a poder comer y beber y, sobre todo, descansar.

A penas acababa de pensar en esto cuando se quedó profundamente dormido.

Acababa de despertar, sentíase muy débil con los miembros entumecidos y la cabeza floja. Había intentado estirarse pero los brazos le pesaban demasiado, había abierto los ojos y ese simple movimiento de los párpados le producía dolor en las sienes. Deseaba seguir durmiendo pero sentía el estómago vacío, como crispado. No era una sensación agradable como cuando se tiene apetito, sino una especie de calambre doloroso. Debía practicar un esfuerzo de voluntad, vencer esas molestias, levantarse, asar el pescado. No recordaba de momento donde lo había dejado: sobre el coral sin duda junto a la choza.

Entreabrió los párpados, prestó atención al rumor del oleaje. Visión marina y voz de rompientes estaban ante él y no a su espalda como en Hikuera.

Pasose la mano por los ojos, luego, repetidas veces por la frente. Había tenido un sueño doloroso, soñó que Ariatea huía con un mestizo y él los perseguía a través del mar libre, sufría mil penalidades ...

Deseaba olvidar ese sueño, convencerse de que su vida tranquila y feliz seguía inalterada.

Adormecido aún dió algunos pasos para orientarse. En derredor ningún objeto recordaba la playa de Hikuera con su bonita choza de bambú, sólo el crugido de sus pasos en la arena coralina, el susurro de las palmeras sobre su cabeza y el olor particular del co-

ral y las algas recalentadas, eran idénticos a los de su isla. Sentíase algo extraño, como con fiebre. Volvió a entornar los párpados: esperaba que, al separarlos otra vez, la obsesión terminara. Por el contrario, al levantarlos se convenció aún más de su error. No comprendía lo que había sucedido. Aquella playa solitaria no pertenecía a Hikuera ni a Fakarava. ¿Dónde estaba y por qué fué a parar allí? Una cosa era cierta: la necesidad de comer. Antes que nada iba a encaramarse a un cocotero, descolgar algunas cocos tiernos, sorberse el jugo y rebañar la pulpa. Después de ingerir aquel precioso brebaje recobraría sin duda las fuerzas y la memoria.

A duras penas logró trepar por el tronco del árbol; se sentía los músculos flojos y la cabeza insegura. Cuando hubo desprendido las nueces de sus tallos, se dejó resbalar hasta el suelo, dió unos pasos vacilantes en busca del cuchillo. Suponía que estaba en la choza. Pero ¿dónde estaba la choza?

Iba a intentar destrozar los cocos con las uñas y los dientes cuando su extraviada mirada topó de pronto con el cuchillo abandonado en la arena, no lejos de la piragua.

Sorbióse con deleite el jugo de dos cocos y volvió a tenderse en la arena.

Quando despertó, después de unas horas o unos días de sueño, (era incapaz de darse cuenta del tiempo que había dormido) Tekao volvió a sentir necesidad de comer. Púsose en pié y comenzó a errar por la playa. En un rincón de su memoria vivía aún el recuerdo de unos pescados abandonados en la arena; podían estar frescos todavía. Como no halló ni rastro de ellos, decidió salir a pescar. Pero en el fondo de la piragua no había ni nasa ni red y aunque no comprendía porque esos dos aparejos tan esenciales habían desaparecido de la embarcación, decidió arreglárselas con el arpón o el

esparavel. Suponiendo que hallara peces bastante grandes para arponarlos, no se sentía con fuerzas suficientes para ello: no le quedaba pues otra solución que pescar con esparavel, buena red para pequeñas profundidades.

Cargado con ese aparejo atravesó toda la anchura del anillo coralino, entró en la laguna hasta la rodilla, puso se a vigilar el paso de cualquier pececillo susceptible de caer en las mallas y servirle de alimento.

El mar interior era mucho más reducido que el de Hikuera y de forma ovalada, sin puntas ni caletas. No se veía navegar en él a ninguna piragua y tampoco piragua alguna se hallaba varada en el coral. Mirando más adentro, bajo la penumbra de las palmeras, no se descubría tampoco la menor silueta de choza o de cubierto.

Reinaba impresionante quietud, el océano mismo, al otro lado del coral, parecía adormecido.

De pronto en la arena de la orilla de enfrente, oyose el crugido amortiguado de diminutos pasos, cautelosos como los de alguien que recela presencias extrañas. Tekao fijó la mirada en el deslumbrante coral. Un cangrejo monstruoso de caparazón oscuro caminaba unos pasos, se paraba a escuchar como si hubiera descubierto la inoportuna presencia del forastero. Tekao permanecía muy quieto observando al crustáceo. Por primera vez en su vida se le ocurría que, a falta de mejor alimento, ese repugnante animal despreciado y hasta odiado de los tumotus, podía ser también comestible. Le interpeló de lejos con el antiguo grito de guerra de sus antepasados los guerreros caníbales. El cangrejo, que había vuelto a caminar tranquilizado ya, se paró, se irguió sobre sus patas traseras, levantó las pinzas cortantes como afilados cuchillos, en actitud defensiva.

- Ven y verás! - le gritó aún el pescador. Pero no se movió porque le había parecido distinguir en el agua el zigzagante relámpago de un pez. Entretanto el crustaceo corrió a enterrarse en su madriguera y cuando Tekao levantó la mirada, ya no lo distinguió en parte alguna.

De súbito vió algo que brillaba cerca de sus piernas. Como una exhalación le tiró el esparavel desplegado, luego, chapoteando, se precipitó sobre la red. Entre puñados de arena y chorros de agua plateada, apareció preso en las mallas un pececillo. Relampagueaba por el coral retorciéndose en convulsiones desesperadas. Con el mismo ímpetu que si se tratara de un tiburón, el pescador saltó sobre su presa, la cogió y la apretó en su mano convulsa. El pez abría la boca y se retorcía con estremecimientos agónicos: sus ojos dorados tenían una expresión casi humana. Tekao terminó su agonía clavándole los dientes: devoró al pescadillo casi sin mascararlo. Después de tal hazafia y tan menguado banquete, el pescador se sentía más hambriento que antes.

Metiose otra vez en la laguna dispuesto a seguir pescando con esparavel. Pronto se ocultó el sol y las primeras sombras de la noche cayeron sobre la isla: Tekao hubo de renunciar a la pesca.

x

Con la esperanza de hallar algún pez lo bastante grande para arponearlo, unos días después empezó Tekao sus exploraciones por el centro de la laguna. Una y otra vez al llegar al lugar más hondo dejaba de pagayar, permanecía inmóvil avizorando sin parpadear el mundo ignoto del coral y la madreperla. Iba convenciéndose con pesar de la ausencia de peces de buen tamaño. Sólo los había de

una talla insignificante, poca presa para el arpón aunque buenos para comer a falta de otros. Se alimentaba de pescadillos y de copra, dormía sosegada y prolongadamente la mayor parte de la noche y del día. Al despertar, de esos sueños profundos creía en alguna ocasión, que se hallaba en Maraité en una época lejana cuando vivían aún sus padres. Su primer pensamiento era correr a la piragua lanzarse laguna adentro a la caza de peces comestibles. Luego recordaba que aquella laguna era pobre en peces, no pertenecía a Hikuera sino a una isla sin nombre donde sólo podía pescar con esparavel. Cuando era niño, su abuelo le contaba que los primeros habitantes de las islas Tuamotu eran atropófagos por necesidad: al recordar esas viejas historias Tekao se sentía tan mísero y desvalido como aquellos hombres que llegaron al archipiélago mucho antes de que los blancos se instalaran en él. Su padre le iniciaba en las tareas de buzo-pescador. Era un hombre sano e inteligente, muy respetado de los otros isleños y, como todos sus antepasados, enemigo declarado del tiburón sobre el que contaba numerosas victorias. Hábil y atrevido marino, atravesaba el mar de una isla a otra en su piragua doble mientras Tekao, como todos los jóvenes de su época, prefería navegar a bordo de un velero sobre todo motorizado. A la muerte de Pukajuka, Tekao dejó podrir la embarcación en la playa y ahora lo lamentaba melancólico. Pero la necesidad de comer daba pronto al traste con la melancolía. Tekao se desperezaba, se encaramaba a un cocotero desprendía de él algunas nueces tiernas, las abría, las saboreaba y luego se iba a dar guerra a los peces.

A veces al despertar, extrañaba no encontrarse dentro de la choza o echado cerca de ella, por lo que deducía que estaba en Ranguiroa o en Kaukura esperando a los compañeros para salir a la pesca perlera. Un instante después se daba cuenta del engaño, recor-

daba con pesar que estaba solo en una isla sin nombre, que ningún ser humano vendría a por él, nadie le hablaría ni le sonreiría.

En su memoria se abría un gran hueco; un periodo de su vida desaparecía en extrañas nieblas. Algo muy grave le había sucedido, algo que trastornó su existencia. Puede que había cometido un crimen y estaba castigado allí por la justicia. Quizá, por el contrario, era él la víctima del crimen de algún malvado. Lo más probable espero es que hubiera soñado una parte de su aventura. Pero ¿dónde empezaba el sueño? ¿Dónde terminaba la realidad?

Trataba de pescar algún pececillo con agua hasta la rodilla, luego iba a tumbarse a muy poca distancia de la laguna con la intención de seguir pescando un rato más tarde. Entornaba los párpados y, obsesionado aún por la larga espera, seguía viendo como si se le hubieran fotografiado en la retina, la espejeante masa acuática, la franja deslumbrante del coral y la verde corona de palmas.

A menudo soñaba que un pez diminuto le saltaba encima, culebreaba y retorció su cuerpecillo frío y viscoso sobre su piel. Se despertaba gritando, no veía ningún pez en derredor, corría hasta el borde de la laguna y no notaba en ella huella alguna de tránsito.

Otras veces se despertaba sobresaltado: creía que el cangrejo monstruoso habitante de la orilla de enfrente se había acercado a él, había intentado agredirlo con las afiladas pinzas. Tardeaba a recobrar la serenidad, temiendo siempre que fueran ciertas las malvadas intenciones del crustáceo.

En su desesperada soledad, Tekao evocaba de vez en cuando a la mujer, compañera y complemento del hombre. Recordaba con complacencia las caricias que algunas de ellas le habían prodiga-

do, sobre todo cierta ninfa dulce e inconstante tan hermosa y voluptuosa como las esposas de los dioses; la propia diosa de la laguna quizá. Pero ese episodio de su vida formaba tal vez parte de los sueños.

Se pasaba mucho tiempo acucillado frente al mar libre. Con el incesante vaivén de las olas y su voz, ora susurrante, ora recia, el océano invitaba a la vida y a la lucha mientras la laguna invitaba al abandono y a la muerte.

El mar le decía que más allá del límite de la simple vista existían otras islas, pobladas por hombres de su raza y también por poderosos hombres blancos y misteriosos hombres amarillos. Allí se comía y se bebía abundantemente, sonaban alegres músicas y danzarinas de ula-ula, de cabellera flotante y boca sonriente, ondulaban sus cuerpos perfumados de aceite de coco y loción Pivert.

El mar le decía también: "No soy ~~mi~~ límite sino camino. Mis olas son tenaces, incansables. Cuando se quiebran contra un acantilado o topan con un promontorio se forman de nuevo, prosiguen su carrera: penetran por fin en los canales, llegan a playas hospitalarias y a puertos seguros donde hallan por fin el reposo. Mi anchura no es incommensurable, tiene también un límite y ese límite es una tierra donde los hombres viven juntos. Goletas, balandras y lanchas motorizadas surcan mis aguas en toda su extensión, se desplazan de una isla a otra ponen en comunicación a las criaturas que se buscan".

Así hablaba el mar al hombre abandonado en un islote coralino y el hombre le escuchaba con desconfianza y recelo. Todo eso que le decía el mar podía y debía ser cierto. No menos lo era otra verdad vivida o soñada pero terrible: su partida de Hikuera en piragua a balancín, sus desesperados esfuerzos por hallar el camino

de Fakarava, su hambre, su sed, su fiebre y su desesperación en aquellas soledades inhóspitas.

X

Estaba tumbado bajo los cocoteros abrumado por el calor y el exceso de luz, cuando creyó distinguir entre el rumor incesante de los rompientes, un ruido nuevo parecido al de una máquina. Aguzó el oído, percibió ya más cerca la pulsación regular de un motor.

Corrió a la playa exterior vió no muy lejos del islote, aunque si lo bastante para evitarlo, un barquichuelo con las velas arriadas. Navegaba sin prisas, cabeceaba y se mecía entre explosiones y humareda de aceite pesado. Tekao corrió al extremo de la playa se despojó del paño rojo que llevaba aún, por costumbre, y principió a agitarlo al tiempo que daba grandes voces.

No veía a nadie sobre cubierta pero fijando bien la mirada distinguió al timonel de pie al extremo de la popa. Otra silueta de hombre emergía en aquel momento de la bodega, se acercaba al piloto. Sin duda le daba orden de modificar el rumbo porque el barco pareció de pronto acercarse a la isla. Un momento el gozo le sumergió por entero; sus llamadas, que no habían cesado, se convirtieron en gritos de júbilo. Pero pronto comenzó a dudar: el barco no se acercaba, seguía alejándose de la costa y los hombres de a bordo, cansados sin duda de pasar entre islas coralinas, no prestaban la menor atención a ésta y menos aún al puntito movedizo del hombre gesticulando y gritando en la playa.

Tekao seguía voceando y agitando el paño rameado, corría

por la arena coralina en pos del barco que se apartaba. Cuando llegó al punto donde ya no podía correr más sin alejarse de la nave, se paró, dejó de agitar el trapo, dejó de vocear. Permanecía con los brazos caídos y los ojos fijos en la mancha oscura que se perdía en el azul. Cuando no la vió más se dejó caer en el suelo, ocultó el rostro en los brazos plegados. Rondos y ruidosos sollozos le sacudían el cuerpo entero. Luego se revolcó por la arena y la mordió con salvaje desesperación.

Cuando llegó la noche sus llantos se habían convertido en suspiros. Pronto cesaron éstos también y su respiración volvió a ser regular y acompasada.

Todo volvía a estar igual que antes: el mar parecía un desierto líquido, los barcos historias de otras edades; sólo para Tekao las cosas eran diferentes. Ni el deslumbrante y nítido coral, ni las sombras movedizas de las palmeras ni el quieto y fulgurante espejo de la laguna, ni el azul del mar y del cielo, ni el rumor de la resaca usaban el mismo lenguaje. El paso del barco por aquellas latitudes había trastornado su vida. El mar en su inquieto y variado lenguaje hacía revivir en él lugares y personas que no podían haber sido un sueño; se hallaban ciertamente en un punto invisible detrás de ese horizonte inexorable. El bisbiseo del aliseo en las palmeras parecía de pronto repetir palabras oídas en otros tiempos, palabras apasionadas de amor, palabras sencillas de amistad, palabras simplemente humanas que ahora faltaban a su oído, a su corazón.

La nítida y reluciente laguna, espejo de crepúsculos vespertinos y matutinos, espejo de cielos deslumbrantes azul turquesa, con su playa de blanco coral y el verde limpio de sus cocoteros se le antojaba de pronto una cárcel. El mar libre representaba la única

ventana de la prisión. Por eso se pasaba las horas en la playa exterior con la vista fija en la inmensidad naciente, clara imagen de algo que vivía: el mar era espacio, camino, esperanza ...

El mar parecía decirle: "Ven a mí, confíate a mí, llegarás a un lugar habitado por los hombres, oirás sus voces, sentirás sus manos amigas sobre tu cuerpo" ... Pero Tekao tenía miedo; el miedo, lo reconocía avergonzado, le impedía subir a bordo de su esquife y hacerse a la mar. Sentía que el mar le llamaba y le prometía la nueva unión con los demás hombres: mejor alimento, mejor yacuja, mejor abrigo en las noches de viento y lluvia, y sobre todo, el calor de la amistad. Por desgracia, a esa voz clara y armoniosa se mezclaba otra voz y esa le amenazaba con noches de angustia entre montañas líquidas, remolinos de espuma y bramidos de viento, días de calma sin un aliento de aire para respirar.

Tekao dedicaba menos tiempo a la pesca que antes. Se pasaba las horas en la playa exterior vigilando el océano por todos sus ámbitos hasta sus más remotos límites con la esperanza de ver pasar otro barco, hacerle señas y conseguir ser descubierto y recogido por la tripulación.

Despertábase en plenucho, sobresaltado. Le parecía haber oído el ronron de un motor en lontananza. Levantábase de un salto, corría a la playa exterior. A veces brillaba la luna, otras miles y millares de estrellas poblaban el firmamento, parpadeaban allá en lo alto sobre la gran inmensidad oscura, pero no se oía la menor trepidación de motor ni el surcar de una nave en el agua.

A menudo soñaba que conseguía hacerse ver y oír de una goleta de tránsito y ésta cambiaba de rumbo y se acercaba a la playa. Se embarcaba en su piragua, pagayaba hasta hallarse a unas brazas del barco, hablaba ya con los tripulantes. De pronto el bar-

co se ponía en marcha, se alejaba rápidamente. Tekao lo perseguía a golpes de zagal, pero; nunca lo alcanzaba!

Por fin, otro barco motorizado pasó un día a una milla escasa de la isleta. Tekao reanudó sus gritos y sus ademanes pero tampoco logró ser visto ni oído. Esta vez no se desesperó como la primera. El que pasaran goletas a proximidad de su isla probaba que no lejos de allí había tierras habitadas: seguirían pasando y un día u otro conseguiría hacerse ver y recoger.

X

Estaba una mañana de vigia cuando descubrió una goleta en alta mar. Soplaban poco aire y el velero cabeceaba perezoso. En lugar de ponerse a dar voces y agitar su paño rojo, Tekao decidió perseguirla. En un instante arrastró la piragua por todo lo ancho del coral hasta ponerla a flote en el mar exterior y saltando a bordo, comenzó a pagayar con energía. Iba en línea recta hacia la goleta y durante los primeros momentos pensó que la distancia disminuía entre las dos embarcaciones. Pero, a pesar de la escasez de aire y del esfuerzo de sus brazos, la goleta iba más aprisa que la piragua; Tekao perdió rápidamente fuerza y esperanza. Volvió un instante el rostro atrás: el trazo verde de los cocoteros principiaba a borrarse. Tekao cambió bruscamente de rumbo, dirigió sus paletazos a la isla. La abordó con alegría, como el trabajador que después de una jornada particularmente penosa, regresa a un hogar confortable.

Volvió a la monotonía de su existencia. Los periodos de luz y de sombra se sucedían siempre iguales en duración, siempre serenos y apacibles. Una nube, una racha de viento, unas gotas de lluvia, constituían un espectáculo interesante. Cuando llovía, Tekao se sen-

tía intensamente feliz. Corría por la playa de cara al cielo, con los brazos extendidos. Dejaba correr los chorros de agua por el rostro, ~~por~~ por el pecho y la espalda; reía y hablaba solo como un chiquillo.

El mar seguía tentándolo con sus promesas de tierras habitadas. No estaba lejos de ^{una} isla, justo detrás de la línea azul del horizonte. Si tenía valor de embarcarse en el esquife y llegar hasta allí, vería que no le engañaba. El mar, auténtico elemento de los tuamotus, parecía reprocharle su cobardía. ¿Existía un solo tuamotu que no se sintiera más libre y más seguro en el mar que en cualquier isla por grande y poblada que fuere? Si los barcos seguían ignorándolo al cruzar aquellos parajes, tendría que resignarse a vivir y morir solo, sin una voz amiga que acompañara sus sufrimientos y su tránsito.

A fuerza de mirar y escuchar al océano llegó a aceptar la idea de un intento de fuga. No abandonaría la isleta hasta que pasara un velero. Procuraría acercarse a él, tal vez lograra hacerse ver de la tripulación, tal vez siguiendo el mismo rumbo, daría con una isla habitada.

Iba a fabricarse una gran vela con palmas de cocotero: si el aliseo era favorable avanzaría más aprisa; el zagal sólo lo emplearía como timón.

Para no perder tiempo, como le sucedió la otra vez al arrastrar la piragua por toda la anchura del anillo coralino, resolvió tenerla varada al borde mismo del mar, llena de cocos tiernos, con el arpón a bordo y a punto de botarla al agua.

Por miedo a que el supuesto velero le pasara por alto, dormía junto a la embarcación, se despertaba a cada rato con el oído y la vista atentos a cualquier visión o rumor marinos.

Las noches eran quietas, el aliseo mismo parecía descan-

zar; hasta el rumor de la resaca se convertía en un susurro. En aquellos momentos, Tekao estaba seguro, podía oírse una conversación a bordo de un velero que cruzara por alta mar aun a cierta distancia de la costa y oír también desde el velero la voz de un hombre pidiendo auxilio. Pero ni las goletas ni las balandras motorizadas ni los barcos que navegaban aún a la vela, pasaban ya a proximidad del islote; la oportunidad de seguirlos había pasado sin duda; Tekao decidió prescindir de ellos.

Puso a flote la piragua, se embarcó en ella después de examinarla a fondo y proveerla de todo lo necesario. Pensaba navegar sin rumbo determinado ya que en realidad no sabía a donde iba ni le importaba. Su único anhelo era llegar a una isla habitada. Se proponía no perder la suya de vista, bogar hasta el atardecer sin dejar de vigilarla y si a ese momento no había descubierto otra tierra, volver a ella.

No soplaba pizca de aire, las palmas colocadas a guisa de velas, ayudaban poco al piragüero. Tekao conducía su embarcación a recios y rápidos paletazos.

Al tomar de nuevo contacto con el mar sintió que se le despertaba el viejo instinto marinero, mezcla de simpatía y de desafío, como una amistosa rivalidad entre el mar y el marino, entre el hombre y los elementos.

Se había levantado algo de aire y la piragua se deslizaba rauda y ligera sobre las rizadas olas. Cabeceaba y se mecía como un auténtico velero mientras el patrón, embriagado con su función de navegante, olvidaba volver la cabeza y vigilar su islote.

Al anochecer dejó de soplar el aliseo, las velas de palma, con sus flecos lacios y rotos, se inclinaban marchitas hacia el agua, no servían más que para entorpecer la maniobra. Tekao arrancó las liaduras vegetales y lo precipitó todo al mar. Sólo en aquel

momento recordó su propósito de vigilar el islote, no perderlo de vista. Cuando su anhelante mirada recorrió el horizonte, el anillo coralino no aparecía por parte alguna. El espacio se había tragado el leve trazo de su verde corona, el espejismo de su laguna.

El sol declinaba hacia el horizonte; cielo y agua se coloreaban de rojeces de incendio. Tekao se sentía fatigado e intranquilo. Entornó los párpados un momento; cuando volvió a separarlos, las luces de arteificio se apagaban ya en el espacio y sus reflejos en el mar se desmayaban en palideces de nácar. Tekao podía ahora pasear la mirada por todo el horizonte sin herir sus fatigadas pupilas. El océano parecía planchado y reluciente como la laguna: largas estrias de púrpura surcaban su rosada superficie. El universo parecía una inmensa concha en la cual, como un dios marino, iba a adornecerse el piragüero.

Antes de entregarse al reposo su vista resbaló un instante del firmamento al mar. El sueño huyó de pronto de sus párpados. Le parecía ver dibujarse en las lejanías una mancha alargada, más oscura que el mar y que el cielo. Pero un momento después por más que la mirada seguía fija en aquel punto sólo veía el mar deshabitado.

La noche se presentó rápidamente, velos grises y nubes caían uno tras otro sobre el océano oscurecido. Ya no era posible distinguir una tierra aunque esa tierra existiera realmente. Sin embargo el piragüero seguía con la mirada fija en el espacio sin separarla del punto preciso donde había creído descubrirla.

Las primeras estrellas lucían ya en el firmamento y entre ellas la Cruz del Sur, guía de navegantes. Tekao había olvidado sueño y cansancio, su ser entero vibraba con ansia de proseguir

la navegación. Fijó la posición de la supuesta isla respecto a la piragua y a la constelación austral, triángulo imaginario que veía claramente en su pensamiento. Aunque la isla no existiera seguiría ese rumbo hasta el amanecer. La fugaz visión de una tierra que la noche se había tragado, estaba como gravada en su memoria, la veía a pesar de la oscuridad, a pesar de la distancia.

El cansancio y el sueño lo vencieron por fin. Depositó el zagal en el fondo de la piragua; entregose al reposo. Despertó de madrugada sobresaltado como el centinela que ha descuidado su vigilancia. Clavó la anhelante mirada en el mar: en frente de él no aparecía ya la línea eternamente desierta del horizonte, sino una tierra baja y alargada. Estaba lo bastante cerca para que distinguiera el verde de sus cocoteros y el reflejo de la laguna: era pues una isla de coral, la mayor que Tekao conociera, probablemente Fakarava.

Los brazos del piragüero volvían a moverse veloces; a cada golpe de zagal, la piragua botaba sobre las olas como un caballo joven al usnear la proximidad de la cuadra. La tierra avanzaba a su encuentro a un ritmo acelerado y pronto, muy pronto, el mar dejó de llenar el espacio, quedó reducido a una estrecha banda de agua.

La isla no era ya una masa borrosa entre dos inmensidades azules, era la elegante curva de una playa coronada de hermosas palmeras.

Para recibir a Tekao parecía haberse aseado y engalanado: el blanco de su coral era deslumbrante, el verde de sus cocotales, fresco y reluciente, el azul de su cielo, tan límpido y puro como el de una maravillosa turquesa. Y, como si no fuera bastante, también le ofrecía la isla, la clara y sonora polifonía de sus rompientes: Las olas cercanas acababan a penas de quebrarse en estruendoso chas-

quido cuando otras respondían en apagado chapoteo, seguidas del susurro lejano de las más distantes.

Tekao distinguía ya los troncos de los cocoteros, el festón de la espuma, las palmas muertas que las olas llevaban y traían...

Un rato después penetraba en la laguna. Era inmensa, profunda y ancha como un mar, con un pequeño puerto al cual desembocaba el canal. Al ancla estaba una goleta por cuya cubierta superior, a pesar de la hora temprana, se movían atareados tripulantes. Barcazas cargadas de sacos, circulaban por la bahía. Piraguas a balancín, como insectos acuáticos, iban y venían de aquí para allá mezclando el ritmo de sus zaguales.

En el muelle, algunas siluetas humanas permanecían paradas mientras otras se movían con pereza, al parecer, curioseando.

El olor peculiar de la copra rancia despertaba recuerdos en Tekao, recuerdos que creía olvidados para siempre, dulces y melancólicos. Reconocía el puerto, en él había pasado horas de triunfo y de embriaguez. ¿Cuanto tiempo había pasado desde entonces? Le era imposible calcularlo; todo fallaba en su memoria. Ahora era un extranjero en la isla. No traía a su bordo ni perlas ni nacar para vender a los mercaderes. Los tripulantes de piraguas que se cruzaban con la suya, tomándolo por uno de tantos, ni siquiera le daban la bienvenida.

Seguía pagayando para alejarse del puerto y hallar una playa solitaria donde varar la embarcación.

Pronto dejó atrás el grupo de viviendas que formaban el poblado: barracas, chozas y alguno que otro bungalow. Al borde del agua, las construcciones alargadas de los depósitos de copra con techumbre de zinc acanalado, despedían destellos cegadores. Hombres con el torso desnudo y sombrero de anchos bordes, cargaban sacos de copra en carretillas y los llevaban a las barcazas.

Pasó por delante de una hilera de chozas cada vez más espaciadas. En la deslumbrante playa de coral veíanse una que otra piragua varada, una nasa o una red abandonadas y también una que otra silueta humana desplazándose lenta y borrosa.

Estas plácidas visiones le recordaban Kaukura, Ranguiroa, Maupite ... Le hablaban de alegres expediciones pesqueras, de voluptuosas noches de luna acompañadas de cantos y danzas .~~de~~

Seguía pagayando sin prisa, observaba atentamente la playa cercana buscando un lugar solitario para desembarcar. Llevaba tanto tiempo apartado de los humanos que no se atrevía a abordarlos directamente.

Desembarcó por fin a cierta distancia de una choza pobre y aislada cuyos habitantes debían, como él, buscar la soledad.

Arrastró la piragua playa arriba, la dejó en equilibrio sobre la pendiente y se tumbó en el suelo con el rostro oculto en los brazos plegados. Sentía hambre y sed, sueño y cansancio y, por encima de todo, tristeza. No comprendía que después de haber deseado tanto llegar a aquella isla ahora se sintiera desfallecer.

El habitante de la choza, un pescador llamado Anaho, buscando una nasa que se le había extraviado descubrió una piragua desconocida y cerca de ella a un hombre acostado. Por no interrumpir ese reposo, se alejó discretamente. Pero al cabo de un rato, inquieto por la prolongada inmovilidad del forastero, volvió a él, le tocó en el hombro.

- ¿Duermes o estás enfermo?

Tekao levantó la cabeza, se restregó los ojos. Estoy soñando, se decía y este hombre va a desvanecerse de un momento a otro.

- ¿No eres de aquí?

Meneó la cabeza negando.

El pescador señaló la choza.

- Vivo ahí, vente a comer con nosotros.

Tekao se levantó parsimonioso y paso tras paso siguió al indígena. Ahora va a desaparecer el hombre y la choza, seguía pensando.

Una mujer y cuatro rapaces le rodeaban, cinco pares de ojos oscuros y anegados le miraban con benévola curiosidad.

- Este hombre está algo enfermo, Temaeva, tráele la estera de pandeño y el cojín de bambú mientras yo le preparo un jugo de ceco.

La mujer fué en busca de lo demandado y lo trajo sin apresurarse.

- Echate ahí y descansa, mientras te preparo alimento.

Tekao recordó que él mismo había dicho una vez algo semejante a una extranjera hallada también en la playa.

El hombre se alejó en busca de un coco tierno mientras la mujer y los niños seguían mirándolo con aquellos ojos suaves de terciopelo. Tekao deseaba conveirles y explicarles de donde venía pero no se sentía con fuerzas.

Anaho volvió en seguida, le hizo beber el jugo de un coco, luego le invitó a tomar parte en la comida. Sirvieron pescado asado, raíces de taro y fruto del árbol del pan cocido al horno canaca.

- Ahora no hables, no te muevas, le dijo, descansa y reponte.

Tekao no le dió las gracias, sólo sonrió, pero una extraña dulzura se le esparrió por todo el ser y el sueño que siguió a la comida fué uno de los más dulces y tranquilos de su existencia.

Pasó así varios días: comía, dormía, volvía a comer y a dormir, siempre sin decir nada. Sólo hablaban sus ojos cuya mirada seguía con ternura a cada habitante de la choza. Temaeva lo creía muy enfermo pero Anaho sostenía otra opinión.

- A ese hombre le ha ocurrido algo muy grave, su mal no está en el cuerpo sino en el alma.

El pescador salía cada día temprano con la piragua. Temaeva y los cuatro niños permanecían en la choza o en la playa bajo los cocoteros. La mujer del pescador era joven aún pero después de su cuarta maternidad se había puesto obesa y marchita. Se pasaba la mayor parte del día tumbada mirando distraída a la laguna o sentada peinándose los largos cabellos, frotándose los con aceite de coco, mientras las rapaces nadaban, perseguían a los cangrejos playeros, se subían a los árboles o se lanzaban a los primeros in-

tentos de navegación, para lo cual empleaban una tabla medio podrida.

Tekso contemplaba divertido los éxitos y los fracasos de los navegantes neófitos. Los pequeños eran ya hábiles nadadores y un aparatoso naufragio de la supuesta embarcación daba lugar a un gran alboroto: gritos, zambullidos y risas.

Cada uno de los hijos de Anaho, sobre todo Poria y Tuarey, los dos mayores, aspiraban ya a poseer su propia piragua y en espera de ese momento se contentaban con la tabla medio podrida. Pagayaban con un grueso nervio de palma al que habían pomposamente bautizado con el nombre de zagual. El más joven de ellos, el que no tendría más allá de dos años, se echaba boca ^{ab} bajo sobre un pedazo de madera, se adentraba en la laguna sirviéndose de los pies y los brazos para avanzar. Poria y Tuarey se sumergían ya, trataban de arrancar corales al suelo madreporico. Esos ensayos fatalmente infructuosos, no les desanimaban. Volvían una y otra vez a zambullirse y a buscar y cuando lograban salir a la superficie con una ramita de coral rosa, amarillo o lila, proclamaban su triunfo a grandes voces. Temaeva unía sus exclamaciones gozosas a las de los rapaces y cuando el padre llegaba de la pesca, los cinco corrían a explicarle la hazaña. Anaho entonces la celebraba con nuevos gritos de entusiasmo; toda la familia se alborozaba en derredor de la choza.

En cuclillas a la sombra de las palmeras, sin ánimo aún de transitar, Tekso asistía a estas escenas familiares. Unas veces sentíase también niño y gozaba imaginándose que era él quien había zozobrado, él quien se zambullía a la búsqueda de corales de colores. Otras veces, por el contrario, se sentía muy viejo, no le interesaban los juegos de la chiquillería. Se figuraba ser el abuelo de los rapaces y se preparaba a contarles la leyenda de las islas del coral y la del primer cocotero.

Anaho y Temaeva no le interrogaban nunca a propósito de su vida pasada y él no sentía deseo alguno de contársela aunque ciertamente merecía esta prueba de amistad.

Poco a poco la sociedad de Anaho, Temaeva y los cuatro niños, le devolvía la salud y las fuerzas. Le desaparecía el constante temblor de los miembros, dormía sin soñar que estaba en el mar peleando con un tiburón o defendiéndose de un pájaro de grandes alas blancas.

Cuando Anaho volvía de la pesca toda la familia lo rodeaba; Temaeva y Poría, el mayor de los hijos, de unos siete años de edad, ayudaban al padre a varar la piragua, a limpiar el pescado. Anaho encendía un fuego de palmas y lo ponía a asar en el rescoldo envuelto en hojas de morera silvestre.

Anaho iba raramente al puerto. Ni él ni Temaeva ni los rapaces se interesaban al parecer por aquel mundo apuesto al de su distrito, no hablaban nunca de los blancos ni de los chinos, mercaderes y traficantes, ni de las salidas o entradas de balandras o goletas ni de las fiestas que solían celebrarse a cada arribo.

Sin embargo, los ecos de la vida del puerto llegaban a la choza de Anaho. Por la noche, principalmente, distinguíase la iluminación del restaurante chino con sus farolillos de colores, oíase el tantum de las danzas y la estridencia de las risas femeninas. Tekao aguzaba vista y oído, se imaginaba a las ninfas excitadas por la comida y por la música meneando sus lúbricas nalgas mientras sus brazos serpenteaban y sus dedos se agitaban en un vago gesto de invitación.

Imaginábase también las mesas cubiertas de tentadores licores, el olor de la absenta y del ron, el contacto del vaso helado en los labios y la embriaguez del perfume de las cabelleras femeninas sueltas y flotantes.

Una o dos veces el mugido de una sirena le despertó al amanecer; Cuando esto sucedía, se incorporaba en su yacija de pandaneo, ladeaba la cabeza, permanecía inmóvil escuchando esa voz lejana que infiltraba en su alma una nostalgia indefinible. Luego se dejaba caer pesadamente en su estera suspirando. Quizá otro pescador de perlas enriquecido y triunfante, llegaba en esa goleta, se mezclaba a la vida animada y excitante del puerto, invitaba a las ninfas de dientes de oro y altos tacones a comer, a beber, a gozar de la música y del amor. ¿Por qué no era él ese hombre? Ahora no se sentía con fuerzas de tomar parte en la pesca perlera ni experimentaba deseo alguno de frecuentar a las magníficas cortesanas extranjeras licenciadas en ciencias de amor. Sólo hubiera querido verlas de un poco lejos, quieto e ignorado de ellas, oír sus risas y sus cantos y oler el perfume de sus cabelleras.

Entretanto no se movía de la playa con la vista siempre fija en la laguna. Esa laguna, grande y ancha como un mar ¿tendría también una diosa cruel, antojadiza y versátil distribuidora de tempestades y de bonanzas, tentadora y destructora de honrados pescadores? Deseaba preguntárselo a Anaho y a Temaeva pero no se atrevía temiendo que se burlasen de él. Por otra parte no podía creer que Fakarava poseyera un ambiente propicio a las divinidades. Si la diosa existió alguna vez, ahora ya no existía. Esas balizas con farola a la entrada del puerto, esos depósitos de copra a lo largo del embarcadero, esas lanchas motorizadas con su pestilente humareda, esos restaurantes chinos con música de gramófonos, la habrían ^{dejado} dejado sin duda. Ningún habitante de Fakarava corría pues el riesgo de encontrarla, entrar en contacto con ella y ser precipitado después a la más escabrosa de las aventuras.

Un atardecer, cuando Anaho volvió de pescar, Temaeva y Poria estaban ausentes; Tekao le ayudó a varar la piragua y a limpiar el pescado. Anaho le preguntó si se sentía mejor.

- Del todo bien, - fué la respuesta.

Al día siguiente Tekao se encaramó a un cocotero, cogió cocos tiernos para toda la familia y unas horas después se precipitó en la laguna cabeza abajo, buceó bastante tiempo sin salir a respirar y al emerger llevaba las manos llenas de corales de diferentes colores. Los pequeños acudieron a él, le acosaron a preguntas sobre la técnica del buceo y al regalarles el coral se pusieron a saltar de alegría.

Al regresar Anaho y después que los rapaces le hubieron contado lo sucedido, Tekao le propuso unirse a él y salir de noche juntos a la pesca a la antorcha.

- Cobraremos peces de gran tamaño, iremos a venderlos al puerto y con ese dinero podrás comprar chucherías a tu mujer y a tus pequeños.

Anaho aceptó entusiasmado y la primera noche sin luna, detalle imprescindible para dicha pesca, los dos hombres se embarcaron en la piragua, se alejaron hacia el centro de la laguna.

Temaeva y los rapaces habían asistido a la partida; se despidieron de ellos deseándoles buena pesca.

Cuando los dos pescadores se hallaron bastante lejos de la orilla prendieron fuego a la improvisada antorcha, un gran manojo de palmas secas. Anaho la mantenía en alto mientras Tekao vigilaba el agua, de pie en la proa con el arpón en ristre.

Atraído por el reflejo de la llama un pez de buen tamaño se acercó incauto. Como un relámpago, el arpón de Tekao atravesó

el aire, fué a clavarse en el lomo del pez que retorciéndose en convulsiones, saltó fuera del agua, cayó en seguida con un violento chapoteo. En su desesperada agonía trataba de librarse de las afiladas puntas del arpón pero este permanecía clavado en la carne y cuantos más movimientos hacía más las heridas se ensanchaban y más sangre brotaba de ellas.

Pero ya Tekao se había precipitado al agua, nadaba presuroso hacia su víctima, le arrancaba el arpón y volvía triunfante a bordo. El pez se estremeció aún una o dos veces en el fondo de la piragua, luego quedó inmóvil con la boca abierta. Pero ya los dos hombres se preparaban a causar nuevas víctimas.

Anaho descubría con admiración que Tekao no era lo que a primera vista parecía, es decir un pobre hombre triste e inútil. El forastero se le revelaba de pronto hábil e intrépido pescador.

Siguieron pescando hasta la madrugada, regresaron a la choza con una buena cantidad de hermosos pescados. Los ataron con fibras de palma, formaron dos ristra con ellos y sin pérdida de tiempo salieron a venderlos a la población. Cada uno de los dos pescadores llevaba en el hombro un bambú del que colgaban las relucientes piezas cobradas.

Tekao caminaba en silencio detrás de Anaho; iban los dos con el busto desnudo, los pies descalzos y el sombrero de pandaneo bien calado en la cabeza.

Aquel día el puerto estaba en calma, ninguna goleta ni balandra había /echado el ancla en sus aguas ni tampoco ninguna se disponía a zarpar. Pero muchos indígenas, hombres y mujeres, circulaban ya por el muelle y por el paseo de la playa. El olor penetrante de la brea y de la copra rancia hacían palpitar las aletas de la nariz de Tekao; el corazón le iba más aprisa y la mirada se le animaba.

Habían llegado al restaurante chino donde el dueño, después de una larga discusión, se quedó las dos rstras de pescado a cambio de unos billetes indo-chinos.

Mientras Chy-Lo-Lang regateaba con Anaho, Tekao le observaba con cierta amargura. Ese hombre era un antiguo conocido suyo. Tiempo atrás, cuando llevaba los bolsillos del pantalón bien repletos de billetes de banco, el chino le prodigaba civilidades y zalemas. Los billetes pasaban con una rapidez asombrosa del bolsillo del pescador de perlas al del restaurador y en cuanto esa operación cesaba el chino se olvidaba de saludarlo. Ahora estaba sucediendo lo mismo; no valía la pena molestarse por ese indígena venido al puerto en compañía del pescadero. En aquellos tiempos desaparecidos, Tekao vestía pantalón y camisa blancos, ahora llevaba sólo un viejo y descolorido paño en derredor de los riñones. Tal vez estaba algo envejecido, pero no tanto como para que no lo reconocieran. ¿Quizá las alas del sombrero le oscurecían el rostro? Se lo descubrió bruscamente, dió un paso adelante, se quedó mirando a Chy-Lo-Lang de hito en hito. Pero el chino siguió ignorándolo.

Salieron del restaurante, Anaho se mostraba muy satisfecho.

- Con el producto de la pesca voy a comprar arroz, harina de mandioca, azúcar y también un poco de pan para los niños. ¿Sabes lo que es el pan?

- No ...

Ignoraba porque había mentido, sin duda para no verse obligado a dar explicaciones sobre aquel pasado del que el sabroso manjar formaba parte junto con los pollos asados a la francesa, el champagne y otros requisitos.

- Ahora lo probarás - decía alegremente Anaho; - ya verás que bueno es!

Fueron a casa de otro chino.

Alineados a lo largo de la barraca, sobre un alto entarimado de madera, a ambos lados de la entrada, se alineaban los sacos de arroz, de harina de mandioca, de azúcar, los barriles de pescado salado que nadaba en un caldo nauseabundo.

También recordaba Tekao aquella tienducha de mísera apariencia; guardaba en su interior sedas bordadas de China de un valor incalculable, arracadas y brazaletes de oro con piedras finas, infinidad de botellas de whisky, de ron, de absenta y de champagne. A los modestos pescadores como Anaho, el chino vendía comestibles ordinarios, las preciosidades las reservaba para la gente adinerada que se las pedía.

El pescador salió de la tienda con las manos llenas de paquetes y un pan debajo de cada brazo.

A Tekao le hubiera gustado permanecer en el puerto un rato más pero Anaho parecía impaciente de llegar a casa y presentar sus adquisiciones a Temaeva y a los niños.

Estos salieron alegremente al encuentro de los pescadores.

- ¿Me traes las peinetas? - preguntó la mujer al marido.

Anaho meneó la cabeza.

- Me gasté todo el dinero en comida.

Temaeva suspiró.

- Cada vez me dices lo mismo.

- Traigo pan, - se apresuró a añadir el pescador para hacerle olvidar las peinetas. Luego, dirigiéndose a Tekao:

- Todas las mujeres son iguales: lo primero engalanarse.

Pasó algún tiempo, Tekao seguía viviendo con Anaho y su familia. Los dos pescadores unían sus esfuerzos y la casa prosperaba. Temaeva lucía ya el juego de peinetas y una túnica de ete-
mín estampado, regalo de su esposo después de una pesca a la antor-
cha particularmente fructuosa.

Tekao parecía haber aceptado ese género de existencia; se mostraba triste pero tranquilo, como resignado ya para siempre.

Cierta mañana empero, cuando Anaho lo llamó a punta de día para salir a pescar juntos, Tekao se negó a seguirle. Dijo que le dolía el vientre y el otro se marchó solo sin más comenta-
rios.

Temaeva y los niños dormían aún, Tekao permaneció acos-
tado poco tiempo. Abandonó la estera que le servía de yacija, se
cifó bien el viejo paño rameado, calose hasta los ojos el sombre-
ro de pandaneo y comenzó a caminar en dirección al puerto. Si al-
guien le hubiera preguntado a donde iba y por qué se marchaba no
habría podido contestar. Tampoco sabía si volvería al anochecer o
si no volvería nunca. Algo le empujaba a alejarse de aquella playa
y al propio tiempo sentía pesar profundo de abandonar la hospita-
laria choza de sus amigos.

Pronto llegó al embarcadero y allí se quedó quieto con-
templando una goleta cuyos tripulantes estaban descargando sacos
de copra. Dos hombres, un blanco y un mestizo, dirigían la manio-
bra. Entre ellos hablaban en francés pero cuando se dirigían a los

cargadores, lo hacían en dialecto tuamotu. No era la primera vez que Tekao los veía, habría casi asegurado que el blanco se fijaba también en él. Si le dirigía un gesto amistoso, Tekao se le acercaría y le tendería la mano.

Fué el blanco quien se acercó al pescador pero en vez de saludarlo le espetó un brusco:

- ¿Que haces ahí parado?

Decepcionado y ofendido Tekao no supo que contestar.

- ¿Por qué no trabajas? - preguntó aún el blanco.

- No quiero trabajar.

Había mentido como cuando aseguró a Anaho que no conocía el sabor del pan. Precisamente estaba deseando juntarse a esos indígenas que descargaban sacos de copra y ganarse como ellos algún dinero y con él hacerse servir por Lo-Lang un buen almuerzo y un vaso de cerveza. Pero el tono del blanco le había irritado.

Se alejó lentamente, desanimado y pesaroso. Recordaba el sabor y el poder estimulante de las bebidas alcohólicas y lamentaba haber perdido la ocasión de procurárselas.

Obsesionado por esta idea, se iba acercando al restaurante chino donde se veían ya varias mesas y sillas en la terraza. Tekao no poseía un solo billete, tuvo que aposentarse al borde del entarimado.

Un tuamotu sentado o acucillado a la puerta de un establecimiento chino o europeo era un espectáculo corriente. Aún suponiendo que llegara algún parroquiano, ni siquiera se fijarían en él.

Hasta la terraza del restaurante llegaban los ecos del muelle: voces de mando, chirridos de poleas, algún choque de tablones y el ruido sordo de los sacos de copra al caer en la cubierta.

De la cocina, al aire libre, salían ya olores de fritura

y un chinito joven, casi un niño, se puso a arreglar las sillas y las mesas. De vez en cuando miraba a Tekao con curiosidad y algo de inquietud. Sucedió a menudo que un pescador de la otra orilla de la laguna o de una isla vecina, atraído por la vida del puerto, llegara a bordo de su piragua en busca de fortuna. Ese hombre con el pareo deshilachado y descolorido y el viejo sombrero de pandaneo quemado por el sol y la sal del mar, lo mismo podía ser uno de ellos que un asesino escapado del presidio de Nueva Caledonia que hubiera ido a dar con sus huesos a Fakarava después de una huida desesperada a través de los mares.

El joven Lang se decidió a interrogarlo. Lo hizo en dialecto tuamotu y en tono respetuoso.

- ¿Esperas a alguien?

- A nadie.

- ¿Eres de aquí?

- No ...

El chinito entró a hablar con su padre. Le puso al corriente de la situación.

Quando Lo-Lang pudo abandonar los fogones, se limpió cuidadosamente el sudor del rostro y la grasa de las manos, salió a la terraza, acercose a Tekao. Este levantó la mirada.

- ¿No me conoces?

- No ...

Púsose en pie bruscamente, arrancose el sombrero de la cabeza.

-¿Recuerdas ahora a Tekao de Hikuera, el mejor pescador de perlas del archipiélago?

Entre sorprendido e incrédulo Lo-Lang lo miraba fijamente.

- Nadie ha olvidado a Tekao, pero tu no eres ese hombre.

- ¿No recuerdas tampoco todo el dinero que te hice ganar y las zalemas que me prodigabas?

- Aún suponiendo que fueras Tekao de Hikuera, ¿qué pretendes de mí?

- Nada, - escupió Tekao.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, calose de nuevo el sombrero.

- ¡Nada!

En aquel momento venían el blanco y el mestizo enjugándose el sudor del rostro. Le Lang, se precipitó a la cocina.

- ¿Cómo está el almuerzo? le gritó el francés.

La voz algo nasal del patrón respondió desde dentro:

- En seguida, señor.

Tekao se dirigió entonces a los dos hombres.

- ¿Conocéis a Tekao de Hikuera?

Ellos le miraron extrañados.

- ¡Soy yo!

Se golpeaba furiosamente el pecho.

- ¡Soy yo! ¡Soy yo!

Michaud y Ouvea se habían sentado a una mesa.

- A este hombre le sucede algo, dijo el francés al mestizo.

Le señaló una silla a su lado.

- Bebe algo con nosotros y dinos que te acontece.

Tekao se dejó caer en el asiento; tenía sed y necesidad de simpatía.

El chinito colocó en la mesa una botella de cerveza y tres vasos. Michaud los llenó hasta el borde. Empujó uno hacia Tekao, levantó el suyo.

- ¡A tu salud!

De pronto reconoció en su invitado al hombre que erraba por el muelle un rato antes.

- ¿Por qué te has negado a trabajar esta mañana?

- No se ...

Lo-Lang servía el almuerzo: un guiso de carne con tomate y unos buñuelos de pescado. Tekao no les apartaba la vista. Michaud le preguntó:

- ¿No te has desayunado aún?

Tekao negó con la cabeza.

- ¿No tienes apetito o careces de dinero?

- Tengo apetito, dinero no.

- ¿Aceptarías trabajar en mis plantaciones?

- Aceptaría. Pero dile a Lo-Lang que me sirva algo de comida a cuenta del trabajo que vas a procurarme.

Michaud se echó a reír.

- Te invito yo. Lo-Lang, tráele almuerzo a este hombre.

- Ya no me queda carne ni buñuelos, señor.

- Tráele una conserva cualquiera y un pedazo de pan.

Mientras Michaud y Ouvea fumaban un cigarrillo y saboreaban los últimos sorbos de cerveza, Tekao devoraba su ración.

Cuando los tres terminaron de almorzar, Ouvea volvió a la goleta y Michaud se llevó a Tekao a sus plantaciones.

Caminaron bastante trecho a la sombra de las palmas, siguiendo la orilla de la laguna. Tekao admiraba los cocoteros de Michaud. No se trataba ya de selváticas arboledas hijas del tiempo y de la casualidad, eran hileras simétricas de troncos sobre un suelo limpio y cuidado como el de un jardín.

El bungalow del francés, rodeado de flores y de plantas,

se levantaba al extremo de la plantación, cerca del mar exterior del que llegaba día y noche el rumor del oleaje.

- Hice traer todo el cargamento de una goleta de buena tierra de las islas volcánicas, la mezclé a la arena del país y la regué con agua importada. Pagué por un barril de agua casi el mismo precio que por uno de cerveza.

Tekao empezaba a admirar al blanco tanto como hasta entonces admirara sus cocotales y su jardín.

Michaud añadió:

- Hace más de veinte años que compré este terreno. Me lo dieron por un puñado de billetes pero me he gastado en él toda mi fortuna.

Un criadito indo-chino, impecablemente vestido de blanco, salió a recibir al amo al pie del bungalow.

- Tihone lleva más de una hora esperando, señor.

- Ah, muy bien, precisamente debo hablarle.

Se habían parado cerca de la casa. Tekao veía con admiración creciente, la galería sostenida por cuatro columnas entre las que corrían plantas enredaderas, el suelo, cubierto de finísimas esteras japonesas, dos cómodas poltronas de junco tapizadas, una cama turca tapada con una colcha abigarrada, una mesita baja con libros y revistas y un mueble alto y estrecho que sostenía un gramófono. Tan maravillado estaba que no vió acercarse al mulato.

- Es mi intendente - explicaba Michaud.

Tihone era apersonado y fofo, llevaba puestos una chaqueta y unos pantalones de dril que habían sido blancos, a la sazón amarillentos y cubiertos de manchas. Por la chaqueta desabrochada, asomaban el pecho sin vello dotado de dos senos enormes. Bajo el ala generosa de su sombrero de paja brillaban turbiamente dos grandes ojos bovinos.

Tekao le juzgó odioso.

Michaud hablaba en francés con su intendente. Un momento después se volvía de nuevo a Tekao y le hablaba en dialecto tuamotu.

- Desde este momento formas parte de mis empleados. Trabajarás a destajo, ganarás diez francos indo-chinos por cada cien kilos de copra despedazada y ensacada. Ahora ves con Tihone.

Tekao no sabía lo que representaban cien kilos de copra y también ignoraba lo que podía adquirirse con diez francos indo-chinos pero Michaud no estaba para explicaciones y Tihone entre bostezos y bostezo, se había puesto a caminar después de decir : "Sígueme".

Mientras caminaba detrás del mulato, Tekao sentía crecer su aversión hacia él. Esa gran humanidad grasienta y maloliente que se desplazaba unos metros delante, hollando la arena coralina, haciendo gemir los granos de coral con su enorme peso, provocaba una extraña reacción en el pescador. Evocaba la vida digna y tranquila de Anaho y de Temaeva; no comprendía lo que le había inducido a abandonarlos.

Mientras destrozaba nueces de coco con una hacha, libre ya de la odiosa presencia del mulato, Tekao se preguntaba cuanto tardaría en partir cien kilos de copra y que podría comer y beber por diez francos. Era el único hombre que trabajaba a aquella hora; en la plantación todo era quietud y silencio. Sólo se oían sus hazos.

Al cabo de un rato Tihone volvió a presentarse. Le mandó que ensacara la copra y en seguida la pesó.

- Doscientos cincuenta kilos, - anunció con indiferencia y aburrimiento, - puedes parar si quieres.

- Prefiero continuar.

Sólo había ganado veinticinco francos; le parecían poco para una buena cena.

El sol estaba ya bastante bajo y el airecillo fresco del mar llegaba hasta la plantación, la tarea sería menos penosa.

Trabajó hasta bien entrada la noche y así que cobró lo que le pertenecía, se dirigió derecho al restaurante chino.

Las mesas de la terraza estaban aún vacías. Tekao escogió una, se sentó. Como que nadie acudía a servirlo, se puso a gritar.

- Lo-Lang! Eh, Lo-Lang!

Le hubiera gustado que Anaho y Temseva lo vieran sentado a aquella mesa dispuesto a pagarse una cena como cualquier blanco.

- ¡Lo-Lang! Demonio de hombre, Lo-Lang!

Apareció el chinito algo amedrantado.

- Quiero hablar con tu padre.

El joven fué a avisarle.

Tekao se sacó unos billetes de banco de un pliegue del pa-reo, se los mostró al chino.

- Mira lo que tengo, Lo-Lang.

El otro se encogió de hombros.

- Bueno, ¿y a mí que me importa?

- ¿Como que no te importa? Vas a darme de cenar y bien, ¿sabes?

Lo-Lang tomó un tono profesional.

- ¿Un plato de arroz con carne de conserva?

- Quiero algo sustancioso y picante.

- ¿Xopsoy?

- ¿Qué es eso?

- Una mezcla de arroz y pescado en escabeche.

Tekao reflexionaba.

- ¿Quieres curry?

- ¿Qué es curry?

- Arroz con un picadillo de carne y verdura, acompañado de una salsa muy picante.

- Me gustan las salsas picantes. Comeré curry.

- Es un plato complicado y caro.

- Los platos complicados me apetecen. Tengo dinero para pagar.] - Una ración de curry vale cuarente francos.

- Los pagaré.

- Y luego querrás beber.

- Claro y también un helado de coco.

- Todo esto te costará tus buenos sesenta.

- Pagaré sesenta.

Mientras le servían el curry llegaron unas mujeres, se sentaron a una mesa y pidieron helados en francés. Dos de ellas eran jóvenes y bastante bonitas, probablemente mestizas. Iban vestidas a la europea con zapatos de tacón y el cabello cortado y rizado. A la otra se la veía ya muy lacia y tampoco iba tan elegante.

Mientras las dos jóvenes no se fijaban siquiera en Tekao, la más vieja le daba las buenas noches en dialecto tsumotu.

Tekao se sintió enternecido. Le sonrió y ella correspondió en seguida. Llevaba dos dientes de oro y el cabello suelto sobre los hombros y la espalda. Sus ojos negros y anegados tenían aquella ~~extraña~~ expresión de invencible melancolía propia de la raza maorí.

Tekao se inclinó hacia ella.

- ¿Como te llamas?

- Marere.

Esa Marere, demasiado usada ya para hacer el amor a los

blancos y a los mestizos, consentiría, tal vez, a escucharlo.

- ¿Has oído hablar de Tekao, el famoso pescador de perlas de Hikuera?

- ¿Ese que murió en el mar persiguiendo a su mujer fugitiva?

Algo sorprendido, Tekao tardó en contestar.

- Si éste mismo; soy yo.

Marere miró a Tekao con recelo. En sus ojos algo sesgados se leía de pronto la desconfianza. Sin duda se imaginaba a ese Tekao pescador de perlas muy diferente del pobre hombre que tenía delante; una especie de héroe de leyenda de esos que los rapsodas del país immortalizan en sus canciones. Marere se inclinó hacia sus compañeras como si diera por terminada la conversación.

Un rato más tarde Tekao volvía a llamarla.

- Oye, Marere ...

Ella giró lentamente el rostro.

- ¿Te apetecería otro helado?

- ¿Me lo pagas tu?

- Sí, te lo pago yo.

Entonces ella dejó la mesa de sus compañeras y se sentó a la de Tekao.

Pidieron dos helados de coño y comenzaron a paladearlos con aplicación.

- ¿Estás segura de que ese Tekao de Hikuera murió en el mar?

- Así lo dijo uno de los buzos-pescadores que estuvo aquí después de la pesca perlera, un tal Mairahi de Makemo.

- Ah, ¿pasó ya la temporada de pesca perlera?

- Sí, ya pasó, ¿No te enteraste?

Tekao se había quedado muy pensativo. Luego volvió a pre-
guntar.

- ¿Ha transcurrido mucho tiempo desde que se supo que Tekao murió en el mar?

- Alguien dijo que casi un año.

- ¿Cuántas lunas tiene un año? ¿Lo sabes tu?

- Del cierto no. Tal vez más que dedos en la mano.

Se las examinaba una tras otra; reflexionaba con la mayor buena fe. Luego confesó humildemente.

- No se'... quizá más que dedos hay en las dos manos.

Ya no les quedaba casi helado. Ambos lamían la cuchara en silencio, con melancolía. Luego Tekao preguntó aún:

- ¿En que crees que se transforma un hombre cuando muere?

Marere reflexionaba de nuevo.

- En espíritu, quizá.

- ¿Pueden los espíritus aparecer a sus amigos, hablarles?

- Hablarles no sé. Aparecer, sí. A veces en forma de nube, de ola y también en forma de espectro fosforescente. Los peores son los que se nos muestran en forma de bola de fuego. Pasan raudos por el espacio, dejan solo una estela de luz, pero siempre anuncian desgracias.

- ¿Crees que son espíritus humanos?

- ¿Que otra cosa podrían ser?

Ya no quedaba helado ni en la copa ni en la cuchara. Marere y Tekao parecían de pronto aburridos o preocupados.

- Oye Marere ¿quien son esas dos ninfas que te acompañan?

- Rere, de Bora-Bora y Tehura, de Raiatea. La más bonita, esa del vestido azul pálido, es Rere.

- ¿Por qué se cortan y rizan el cabello, por qué se enfundan los pies en esos aparatos de tortura?

- Así gustan más a los hombres.

- A mí no.

Marere examinó a Tekao, lo comparaba mentalmente a los amantes de Rere y de Tehura.

- No son hombres como tu.

- Ya ... ¿Quieres decir que tienen la piel más blanca y van mejor vestidos?

- Quiero decir que tienen dinero.

Tekao suspiró.

- Cuando yo tenía dinero también me amaban las mujeres.

- No todas las mujeres aman por dinero.

Tekao sonreía a Marere.

- Ya lo sé.

Llegaron Michaud y Ouvea, se juntaron a las muchachas. Marere abandonó a Tekao, volvió a sus compañeras.

Rere había apoyado la cabeza en el hombro del blanco.

- ¿Me llevas contigo a Tahití?

- No sé aún si me embarco mañana.

- Quédate o déjame embarcar también.

Con suavidad Michaud apartó de su hombro la cabeza de la muchacha. Pero Rere se le apoderó de una mano, la acariciaba con insistencia y, de vez en vez, se la llevaba a los labios suspirando.

Entretanto iban llegando indígenas y algún mestizo acompañados de mujeres mucho menos vistosas que las dos cortesanas. Se sentaban en grupos alrededor del blanco, algunos a las mesas vacías, otros sencillamente en el suelo. Toda la atención de la asamblea se centraba en el grupo de Michaud, como si sólo su persona y los que le rodeaban presentaran real interés.

Tekao se sentía cada vez más pesaroso de haber abandonado al buen Anaho, la excelente Temaeva y a los cuatro rapaces. Lo que

había visto en el puerto le bastaba para hastiarlo. Dentro de unos momentos pagaría el gasto a Lo-Lang y regresaría a la choza de sus amigos. Entraría lo más sigilosamente posible por aquella puerta siempre abierta, se deslizaría como una sombra hasta su yacija y mañana, a punta de día, se iría a pascar con Anaho. Todo volvería a ser igual que antes.

De pronto Michaud se fijó en su nuevo peón.

- Tihone me ha dicho que habías destrozado mucha copra, que eras un buen trabajador. ¿Cuál es tu nombre?

- Tekao.

Y dirigiéndose a Lo-Lang.

- Sirvele también un vaso de ponche a Tekao.

El chino se paseaba de mesa en mesa con una honda vasija colmada de una mezcla de ron, agua y jugo de coño. Llenaba los vasos con un cucharón. Llegó el turno a Tekao; era el signo de fraternidad entre todos los invitados. Tres o cuatro indígenas vestidos con camisa y pantalón blancos armados de ukeleles y banjos se sentaron a la mesa del pescador.

El ponche tenía un sabor delicioso y la presencia de esos músicos a su lado era para Tekao motivo de orgullo y satisfacción. En un momento había pasado del decaimiento absoluto a la exaltación más vibrante. Iban a tocar, iban a cantar y a bailar: su huida de la choza de Anaho quedaba plenamente justificada.

Se servía la segunda ronda de ponche. Temiendo que una vez borracho Tekao olvidara pagar su cuenta, el chino le reclamó sesenta francos; Tekao le entregó todo lo que llevaba, es decir cincuenta.

- Faltan diez, - dijo el chino.- Pero te los perdono.

Tekao no le dió las gracias. Vació el segundo vaso de ponche, se sentía cada vez más eufórico. Una mujer/había puesto a can-

tar, pronto se le unieron más voces femeninas y en seguida la de los hombres. Entonaban a varias voces uno de esos viejos cantos maoríes dulces y nostálgico.

Vahine ite rai

Vahine ite ite...

Al oír estas palabras Tekao recordó que una diosa había intervenido en su vida, le había amado y arruinado. La canción hablaba precisamente de los peligros que encierra para un simple mortal el comercio de las divinidades. Una gran exaltación se apoderó del buze-pescador; se levantó del asiento, dió un paso adelante, extendió los brazos. Iba quizá a contar su tremenda aventura cuando alguien le estiró del pareo, le obligó a sentarse otra vez.

El canto había cesado y de pronto los ukeleles y los banjos rasguearon la noche; su ritmo seco y sincopado invitaba a la danza.

- Here, baila la ula-ula.

Michaud empujaba fuera de la silla a la hermosa cortesana.

- No me apetece.

- Anda, dame ese gusto antes de separarnos.

Ella no pudo retener las lágrimas.

- ¿De veras vamos a separarnos?

El francés meneó afirmativamente la cabeza.

- ¿Cómo voy a bailar? - gimió ella dejándose caer pesadamente en el asiento.

Pero Michaud no estaba dispuesto a renunciar al espectáculo.

- ¡Baila, Tehura!

Esta miró a su compañera, la vió deshecha en lágrimas, dijo que no con la cabeza.

El francés comenzaba a ponerse nervioso.

- ¿Es ésto una fiesta ó un funeral?

Dalicificó la voz.

- Vamos, Rere, dame ese gusto. Me voy sólo por unas semanas; no hay motivo para desconsolarse.

Rere se enjugó las lágrimas pero no se movió; sus hermosos ojos expresaban pesar casi desesperación.

- No puede ... no puedo, - gemía.

Entonces Marere se levantó, adelantose hacia el centro de la reunión, Los músicos habían comprendido: los ritmos entremezclados de los tikeleles y del pariparau atacaban ya la ula-ula.

- Gracias, Marere, - gritó Michaud.

Marere sabía que no podía rivalizar con sus dos compañeras, ni en juventud ni en gracia. Permanecía quieta, indecisa, como arrepentida ya de haberse levantado y adelantado.

Muchas veces la animaban a bailar y ella se decidió por fin. Se echó atrás la suelta cabellera, sonrió modestamente y comenzó a mover las caderas. Los brazos y las manos se ondulaban y se agitaban con un gesto simbólico de invitación. Poco a poco iba animándose, los ademanes se ampliaban y se precipitaban obligados por el ritmo cada vez más endiablado de los instrumentos.

Para equilibrar los menques Marere comenzó a plegar las piernas y esas piernas no sólo sostenían el cuerpo sino que también se movían; las rodillas se separaban y se juntaban, los pies, sin despegarse del suelo, daban vueltas como sobre un eje.

Michaud se mostraba más entusiasmado que nadie.

- ¡Muy bien, bravo!

Los luengos cabellos de Marere, flotaban y se zarandaban en derredor del rostro, lo cruzaban, lo escondían y lo descu-

brian de nuevo. Entonces podía verse como le palpitaban las pestañas y le jadeaba la boca. Podía oírsele también la respiración precipitada.

- ¡Bravo! ¡Bravo!

Bailaba ya tan acucillada y con el torso tan plegado hacia adelante, que la cabellera le cubría casi todo el cuerpo, le golpeaba las rodillas, barría el suelo de la terraza.

Michaud se levantó, fué a sostenerla en sus brazos.

- Gracias, Marere.

Ella acompañó hasta la silla donde ella se dejó caer jadeante.

- Nadie baila la ula-ula como tú.

Ella besó ligeramente en los cabellos, le dió a beber en su propio vaso.

Rera lloraba más que nunca. Tehura se mordía los labios; Lo-Lang, por orden del francés, servía otra vasija de ponche.

Takao recibió también su ración. Iba a llevársela a los labios cuando alguien dijo: Ariatea. Quedose inmóvil con el vaso en la mano. Miraba atentamente en derredor, escrutaba todos los semblantes. Luego se levantó, comenzó a circular de grupo en grupo sin poder adivinar quien había pronunciado ese nombre.

Michaud y Cuvea estaban hablando en francés. Takao pidió que le tradujeran lo que decían. Michaud lo miró extrañado, se encogió de hombros, prosiguió la conversación.

- ¿No habéis hablado de Ariatea?

Cuvea y Michaud levantaron la mirada, no contestaron. Pero Takao había comprendido que ese nombre despertaba una resonancia en los recuerdos del blanco y del mestizo. Inclinose hacia ellos anhelante.

- ¿La conocéis? ¿Sabéis donde se halla?

Con un movimiento brusco Ouvea apartó la silla.

- Déjame en paz. *****

Michaud llamó a uno de los tañedores de ukelele.

- Tetua, anda a acompañar a este hombre al "fafefareputura" que duerma allí la borrachera.

Tekao iba a explicar que no estaba borracho pero prefirió callar, seguir al joven músico, interrogarle por el camino; de hombre a hombre sería más fácil. Después de todo, puede que el blanco tuviera razón, puede que, en efecto, se hallara algo bebido, por lo menos antes de haber oído pronunciar ese nombre.

Michaud decía al del ukelele:

- Ve también a acostarte, Tetua, la fiesta ha terminado.

El joven músico, uno de los trabajadores del francés, se sentía contrariado por la orden pero no se atrevió a replicar. Caminaban silenciosos; Tetua llevaba el instrumento asido por el mango, colgando de la mano izquierda. Tekao le seguía maquinalmente. No veía la línea blanca del coral ni la masa opaca de los cocoteros ni el cielo alto y estrellado sobre la sombría laguna. No oía tampoco el rumor cada vez más cercano de los rompientes ni el estremecimiento de las palmas en lo alto de la arboleda, ni el crujir de la arena coralina bajo sus pies descalzos.

Asió a Tetua por un brazo.

- ¿Has oído hablar de Ariatea?

Tetua se lo sacudió de mal humor.

- Hay más de una Ariatea.

- ¿A cuántas conoces?

- Conocer ... conocer ... a una.

- ¿Es muy hermosa?

- Así, así ...

- ¿Vino de Hikuera?

- Creo que de Huhaine.

!Huhaine! Tekao recordaba la leyenda de la diosa Maeva convertida en montaña por el gran Taaroa en castigo á su insaciable lujuria. Hiro, el más deseado de sus amantes, fué también convertido en piedra y ahora descansan uno al lado del otro en el centro montañoso de la isla. Yacen petrificados e inmóviles en sus lechos de selvática vegetación. Sus lágrimas inagotables se convierten en abundantes cascadas que descienden blancas y espumosas desde las cimas de la cordillera hasta el fondo de la laguna solitaria. Durante las noches de luna se oye la voz de Maeva que llama a Hiro y los sollozos de Hiro que no puede acudir a las llamadas de Maeva .♦

Aumentaba el rumor de los rompientes y también allá en lo hondo de la bahía un salvaje redoble de tambores.

Tetus suspiró.

- El blanco nos ha engañado; la fiesta continúa. Alguien baila la ula-ula, puede que sea la hermosa Rere.

- O tal vez esa Ariatea ...

- Ariatea no, Tihone no la dejaría.

- ¿Qué tiene que ver Tihone con Ariatea?

- Es su amante. Tihone es muy celoso y además avaro. Nunca se gasta un céntimo en bebida. Dicen que tiene mucho dinero ahorrado.

Las manos de Tekao temblaban en la sombra. Su voz también tembló al decir.

- ¿Dónde vive esa Tihone?

- Aquí en la plantación, en un bungalow pintado de verde. Sus queridas viven con él, le guisan y le lavan la ropa.

Las manos y la voz de Tekao seguían temblando.

- ¿Por qué dices: sus queridas?

- Porque cambia a menudo de mujer. La última era esa Ariateá.

- Tal vez duerma esta noche con el mulato.

- Seguro porque no estaba en la fiesta de Michaud...

Habían llegado frente a una construcción oblonga fabricada de bambú y palmas. Tetua se paró.

- Los que no tenemos mujer ni casa propia dormimos aquí.

Cuando hay que hacer, el blanco nos emplea y nos paga a destajo, cuando no lo hay tenemos que componérselas cargando o descargando en el muelle o pescando para alimentarnos.

Tekao no se decidía a entrar.

- ¿No tienes sueño?

En vez de contestar a la pregunta, Tekao preguntó a su vez:

- ¿Hacia donde cae el bungalow del mulato?

- Ahí, detrás de ese bosquecillo de bambúes.

Sin añadir una palabra, Tekao se dirigió allí. Tetua lo seguía con la mirada, sin comprender lo que le sucedía. Acabó por alzar los hombros y entrar en el "farefareputura" para dormir.

La casita de madera, pintada de verde estaba quieta y muda; las persianas entornadas y la puerta cerrada. Tekao se apoyó en el tronco de un cocotero y esperó.

Pasó un buen rato. De pronto, en esa ausencia de movimientos y de sonidos, dejase oír a lo lejos el crujido en la arena coralina de varios pies calzados. Los pasos se acercaban y Tekao escuchaba anhelante. Cesaron no muy lejos de allí. Oyose el chirrido de una persiana, uno o dos pasos más sobre un entarimado, luego nada. Debía ser el blanco que regresaba de la fiesta en compañía de Rara.

Tekao se acucilló al pié del cocotero. Le zumbaba el silencio en los oídos alternando con los golpes sordos y algo precipitados de sus pulsaciones.

Se oyó el arrastazo de unas uñas minúsculas en el techo de la casa, seguido del roce cauteloso de un pequeño cuerpo arrastrándose por el coral; más tarde, el crujido de una palma de cocotero y de pronto el ruido seco y breve de la caída de una nuez de coco. Y, de nuevo, el silencio flotaba, así el bordón del mar y, de vez en vez, el murmullo de las cañas movidas por un pasajero soplo de brisa.

Los párpados de Tekao se cerraban. Muchaba por mantenerlos separados. Cada vez que los encontraba cerrados que todo estaba igual. El bungalow seguía cerrado y silencioso; Tekao volvía a dormir.

Le despertó una voz chillona, chillona e indignada.

- ¡Qué hora es!

Tekao abrió los ojos, vio a Eihono en pijama con los cabellos en desorden. Eihono le miraba con sorpresa por qué estaba allí y le dio lo que Eihono le decía.

Vestido así, el mulato resultaba aún más barrigudo, más fofo, más gracioso.

- Querías robar algo, ¿no? - vociferaba como si pretendiera ser oído por todos los habitantes de la plantación. Pero Tekao iba casi desnudo, tenía las manos vacías y su sombrero de pandaneo, igualmente vacío, estaba tirado en la arena. Era difícil pues acusarlo de hurto. Sin embargo la voz chillona de Eihono repetía:

- ¡Largo de aquí, ladrón!

Tekao se sonrió. ¿Dónde estaría Arámbula, que no salía ni se alarmaba a los gritos desatemplados del intendente? Nada ni nada se había movido en el bungalow.

- Largo de aquí, he dicho!

El mulato había intentado empujar al indígena, pero éste se lo había sacudido de un empujón. En vez de marcharse, se acercó aún más a Tihone.

- ¿Dónde está Ariatea?

La expresión del rostro del mulato cambió radicalmente.

- ¡Al diablo la perra gandula! ¿Has venido aquí a trabajar o a perseguir a las mujeres?

Tekao escupió en el suelo.

- No quiero trabajar contigo, - declaró.- Dime donde está Ariatea.

- Ariatea no es ya mi mujer. Comía, dormía, se perfumaba y se pasaba el día bostezando, gastaba todos mis ahorros y me exigía con cualquiera de mis trabajadores. Es una perra, ya te lo he dicho.

El rostro de Tekao aparecía crispado de sufrimiento. Hasta Tihone tuvo lástima de él. Dulcificó la voz para decirle:

- Siento no poseer ya a esa mujer, te la habría cedido gustoso, puedes creerlo.

Tekao le volvió la espalda y sin una palabra más comenzó a caminar.

- ¿No quieres trabajar en la plantación? le gritó aún el mulato.

No recibió contestación; se encogió de hombros, volvió a entrar en la casa.

Tekao caminaba con paso torpe e inseguro como si estuviera borracho. Se sentía impulsado a volver atrás, destruir al mulato, el cual, con sus soeces palabras, había destruido también y además profanado, la imagen de su diosa. Pero Tihone no tenía ya nada que ha-

cer con ella, era un hombre solo y desengañado, víctima, como él mismo de los encantos de Ariatea.

Recordaba con nostalgia y pesar la tranquila playa de los pescadores, lejos del puerto y de sus trampas, la choza de Anaho donde reinaba el amor y la paz.

Habría querido emprender el regreso sin pérdida de tiempo pero se sentía soñoliento y cansado. Tumbóse a la sombra de un cocotero y en seguida se quedó dormido.

Se despertó al anochecer. De momento no sabía donde estaba, reinaba gran confusión en sus ideas. Poco a poco fué recordando la fiesta nocturna, la delicia del ponche, la ula-ula de Marere, el eco de un nombre casi olvidado, su ansia de relacionarlo con la ninfa inconstante que le había destruído la vida, por fin las soeces palabras del mulato salpicando de barro la pureza y el resplandor de una figura venerada.

Lo mejor era tratar de olvidarlo todo, comenzar con Anaho y su familia una vida nueva.

Se puso en camino cuando el sol bajaba ya por el horizonte, Pronto se escondería detrás de la masa verde oscuro de los cocotales, y una nueva noche acogería a los hombres en su sombrío regazo.

Para llegar a la habitación del pescador tenía que pasar por el puerto y ^{al} hacerlo le llamó la atención la gran cantidad de público que se agrupaba al pie de la goleta Tongaite, amarrada al embarcadero y, al parecer, a punto de zarpar. Tekao se paró también. Hombres, mujeres y niños permanecían silenciosos con la vista clavada en la cubierta, por la que, con el ajetreo de los últimos preparativos, iban y venían los tripulantes a las órdenes del patrón.

Al pie de la pasarela Michaud trataba de consolar a Rere con caricias, halagos y promesas. Algo más lejos se veía a Tihone

y a Tetua en compañía de algunos indígenas, hombres y mujeres.

El sol escondía ya su enorme faz anaranjada en los cocoteros; las palmas someras dibujaban atrevidos festones en la luminosidad del poniente y el rostro de los marinos, así como el de los espectadores se coloreaba de rosa.

De pronto se produjo un gran silencio: el último saco de copra acababa de ser arrimado, el último bulto equilibrado en la cubierta, el último cordaje verificado.

- ¡Todo a punto! - anunció Ouvea inclinando el torso entero sobre el muelle.

Michaud estrechó a Rere en sus brazos, la apartó en seguida de sí, se precipitó a la pasarela.

- Hasta pronto, querida.

Ella respondió con un sollozo.

Luego, cuando ya el barco despegaba, levantó el rostro, gritó a su amante.

- Acuérdate de tu promesa, al próximo viaje voy contigo.

Michaud se inclinó sobre la barandilla.

- Cuando vayamos directamente a Uturoa o a Papeete, te llevo.

- Si es a Uturoa me llevarás también a mí, - voceó una mujer desde el muelle.

Tekao volvió rápidamente la cabeza, buscó con la mirada a la que había hablado:

- Sí, a tí también, - gritó Michaud separado ya del embarcadero por un brazo de agua.

- ¡Hasta la vista!

Mandó un beso a Rere con la punta de los dedos.

- No te consueles demasiado pronto! - le lanzó formando bocina con ambas manos.

La multitud hasta entonces callada, comenzaba a agitar los brazos y los sombreros.

- !Hare! !Hare!

- !Paraheira autou!

Los marinos también gritaban desde cubierta:

- !Paraheira! !Paraheira!

Algunos hombres se echaron al agua para seguir a nado a la goleta; unas mujeres se despojaron de sus tocados y los arrojaron a la laguna en señal de despedida.

Mientras esto sucedía Tekao trataba de descubrir a la mujer que había pedido ir a Uturoa. Era sin duda una que vestía blusa de seda verde y falda blanca muy ceñida, calzaba zapatos de cuero rojo de alto tacón. Se había adelantado sola hasta el extremo del embarcadero y desde allí despedía a los marinos.

Tekao, que no le quitaba la vista de encima, pudo observar que esa mujer combinaba sus manifestaciones amistosas con un singular ejercicio: sacaba un pie del zapato y lo colocaba bien plano en el suelo; volvía a calzarlo y en seguida sacaba el otro, lo dejaba descansar un momento y volvía a enfundarlo. Por fin abandonó los dos zapatos, permaneció con los pies desnudos confortablemente equilibrados en la madera.

Majestuosa y lenta la goleta viraba hasta colocarse de proa al mar libre. Los marineros se agruparon en la popa sin cesar de vocear y de agitar los brazos.

Cuando la Tongaite hubo desaparecido detrás de la punta de la bahía, la mujer de la blusa verde giró un momento el rostro. Tekao no pudo ver más que el flequillo de sus cabellos sobre la frente.

El público se dispersaba sin prisa. Las cortesanas for-

maban grupo en ~~el~~rededor de Rere que seguía llorando, sólo la muchacha de la blusa verde permanecía separada. Ya ~~no~~ trataba de calzar los torturadores zapatos; caminaba con ellos en la mano y así su porte resultaba más armonioso y sus nalgas menos provocantes.

Sin duda Michand había dejado algún dinero a su amante pues ésta, en compañía de sus inseparables Tehura y Mareré, se dirigía al restaurante de Le-Lang a consolarse de la separación con algunos helados de coco o bebidas azucaradas.

Ella de la blusa verde siguió por el borde de la laguna como si se dirigiera a la playa de los pescadores. Era el mismo camino que pensaba seguir Tekao. Guiado por la mancha verde de la blusa, caminó detrás de ella a cierta distancia.

La mujer ^{no}se detuvo en el primer poblado formado por un grupo de chozas, siguió siempre por la orilla del mar interior como si ella también huyera de la gente, como si ella también buscara refugio en una solitaria choza.

Poco a poco los transeúntes se aclaraban, se iban quedando uno aquí otro allá por el camino y Tekao ya no veía delante de él más que la blusa verde.

Los velos malva y azulados de la noche caían uno tras otro sobre la isla. A cada cendal de sombras palidecían los tonos del agua y del cielo. La laguna ostentaba aquellos matices delicados de ostra madreperla. Y por encima de la masa sombría de los cocotales, se desmayaba la inmensidad celeste donde aparecía ya una estrella.

Veíase cerca la choza de Anaho, su silueta se destacaba sobre el enrojecido horizonte; la blusa verde torció por un caminito de coral que se hundía en los tupidos cocotales. Tekao la siguió.

Cuando el ligero crujido de sus pasos se mezcló al de los pasos de ella mujer, ella se paró, volvió el rostro: Era Ariatea. A

la rojiza claridad que se filtraba en el cocotal, el hombre y la mujer se examinaban calladamente.

El silencio se prolongaba demasiado; por fin dijo ella:

- ¿Eres tu?

- Sí, ya ves ...

Ariatea tuvo la rápida visión de sus cortos amores allá en la saljave Hikuera y luego la serie de sus amoríos con hombres diferentes. Los cuerpos que se habían juntado al suyo, los brazos que la habían enlazado en la hojarasca, los suspiros y las palabras de pasión que habían resonado en sus oídos desde que abandonara la choza de Tekao, formaban entre ella y ese hombre, mustio y triste, como un brazo de mar que separa una isla de otra.

Sin embargo no huía de él ni se disculpaba de nada; lo miraba incansablemente con aquellos ojos inmensos más que nunca velados de melancolía.

- ¡Ven!

Era la misma palabra e idéntico tono que el que empleaba a menudo para invitar a sus amantes. Tekao la siguió maquinalmente.

Entraron en una choza de bambú perdida en el selvático cocotal. Ariatea dejó el par de zapatos en el suelo, encendió un quinqué de petróleo. La llama todavía vacilante iluminó parte de la habitación: se destacaron los cojines multicolores esparcidos sobre la estera japonesa. Con un gesto cansado Ariatea invitó a Tekao a aposentarse en ellos. Luego dejó el quinqué sobre una caja de madera.

- Esta es mi casa. ¿Te gusta?

Tekao no contestó. Probablemente no oyó siquiera la pregunta. Estaba escuchando el golpe regular de un zagal en el agua, allá a lo lejos, luego el roce de una embarcación que alguien arrastraba por la arena declive arriba. Podía ser Anaho de regreso de la

pesca. Si Tekao no hubiera seguido a la blusa verde ahora estuviera ya junto a la choza de sus amigos, conversando con Temaeva y los rapaces en espera de la llegada del pescador.

- No dices nada, - observó Ariatea.- ¿Para qué me has seguido?

- No se ...

- ¿Sabías que era yo?

- No estaba seguro.

- Ahora mis vestidos son más lujosos y más modernos. En Fakarava ninguna mujer lleva ya los pies descalzos, ni la cabellera suelta.

- Marere ...

Ariatea interrumpió:

- Es una vieja.

En seguida añadió:

- Y tu, ¿por qué no usas camisa y pantalón blancos como Tihone y Tetua?

Tekao alzó los hombros sin contestar.

- ¿Ya no eres pescador de perlas?

- Ya no ...

Se acuclilló en el suelo con la espalda apoyada en el bambú.

Por la puerta abierta veíase la densa oscuridad de la noche. Ariatea miraba con recelo el cuadrilátero de sombra que parecía fijarse como un ojo malévolos, sobre los ocupantes de la choza. Tekao se apercibió de esa inquietud.

- ¿Esperas a alguien?

- No ...

- ¿Vives sola?

Unas veces sola otras en compañía.

Tekao preguntó bruscamente:

- ¿Y el mestizo?

- ¿Qué mestizo?

- El que vino a por ti a Hikuera.

- ¿Ouvea?

Se echó a reír.

- Aún somos amigos, pero amantes ya no.

- ¿Por qué os separasteis?

- Se marchó a Tahiti con su goleta, no quiso llevarme con él; entonces el francés se encaprichó conmigo.

- ¿Ese que llamais Michaud?

- Sí, Michaud. Cuando yo llegué aquí era el amante de Marere.

Vivían juntos como marido y mujer al estilo de los blancos.

- ¡Pobre Marere!

- ¿Por qué pobre? ¿No me ha tocado también a mí cedérselo a Rere?

- ¿Amas aún al blanco?

- No ...

Se callaron un buen momento y de pronto Ariatea preguntó:

- ¿Qué quiere decir amar?

Tekao meneó la cabeza.

- No lo sé ...

Volvían a permanecer silenciosos. Tekao por fin dijo sin mirar a Ariatea.

- ¿De qué vivías cuando el blanco te dejó?

- Seguía dándome dinero para que comiera y me vistiera.

- ¿No te juntaste a otro hombre?

- Fui durante unos días la querida de otro francés, funcio-

nario del gobierno. Vino aquí a bordo de la Vahine Navenave. Era casado y padre de familia en Tahiti. De no ser así me habría llevado con él.

- ¿No fuiste también la mujer del intendente de Michaud?

- Sí. Viví con Tihone en el pequeño bungalow verde. Ha sido el peor de mis amantes: exigente, tosco y sobre todo, avaro.

- ¿Y ahora?

Ariatea alzó tristemente los hombros, sonrió con un gesto de fatalismo.

- Un empleado de la compañía de fosfatos de Makatea que viaja a bordo de la Vahiria me prestó esta cabaña. Puso por condición que cada vez que volviera a Makerava dormiría conmigo.

- ¿Ese es pues ahora tu hombre?

- Tengo muchos hombres: pescadores, marineros, algún traficante blanco de paso ... Todos me pagan poco o mucho, los más pobres con un puñado de pescado.

Tekao se había puesto en pie.

- ¿Ya te vas?

Ariatea empleaba esta frase por pura fórmula; su tono era de indiferencia por no decir de aligeramiento.

- Sí, me voy. Adiós, Ariatea.

Salió sin volverla a mirar.

La mujer de la blusa verde, levantó los hombros y comenzó a desnudarse. Los pasos de Tekao resonaban aún en la crugiente arena coralina mientras ella se despojaba de sus galas.

Por el caminillo de coral que desemboca a la playa Tekao se halló pronto frente a la laguna. El agua aparecía misteriosamente luminosa. Mirando bien a la tierra y al cielo se descubría un cuarto de luna que asomaba uno de sus cuernos por la franja negra

de las palmeras. Por el mismo lado y también detrás de la arboleda, se levantaba la voz recia del mar atenuada por la distancia.

Anaho estaba acucillado en la playa, contemplaba aquel cuarto de luna que bajaba lentamente por el espacio. Al ver cerca la sombra de un hombre, levantó el rostro, reconoció a Tekao, volvió a mirar al firmamento sin decir nada.

Tekao explicó:

- Estuve en el puerto buscando trabajo.

- ¿Hallaste?

- Trabajé sólo unas horas; gané bastante dinero pero me lo gasté en una cena.

Anaho seguía con la vista perdida en las alturas.

- Fui un estúpido, Anaho. Con aquellos billetes debía haber comprado harina de mandioca para Temaeva y los rapaces y un poco de ron para nosotros dos.

- Otro día, cuando vuelvas a trabajar.

- Ya no volveré a trabajar.

- Pues cuando salgamos de nuevo a la pesca a la antorcha.

- Ya no iré más a la pesca a la antorcha.

Esta vez Anaho volvió el rostro, trató de descubrir en el de Tekao el significado de sus palabras. La luz de la luna lo iluminaba débilmente: Por su impassibilidad y rigidez parecía el de un antiguo ídolo de granito.

- ¿Oyes la voz del mar, Anaho?

Por encima de la laguna, por encima de la franja de coral cubierta de cocoteros Anaho escuchó el frago intermitente de la resaca.

- El mar me dice que vaya a él.

Su piragua se hallaba varada a pocos pasos de los dos pes-

cadores. Tekao se dirigió allí sin prisa.

El otro se había acercado también.

- ¿A donde vas?

- No sé ...

- ¿Por qué te vas? ¿Hémoste ofendido en algo, Tekao?

- ¿Ofenderme? - Puso una mano sobre el hombro de Anaho, lo apretó fuerte y brevemente. - Me duele abandonarte a ti, a Temaeva y a los rapaces....

- Quédate con nosotros. Pescaremos juntos, te buscaré una mujer, vivirás con ella en una choza que construiremos al lado de la ría.

- No puedo, Anaho, lo siento.

Tekao empujaba la piragua al agua; la pequeña embarcación se puso a flotar suavemente. Tekao saltó a bordo, puso el zagal en posición.

- Te agradezco la hospitalidad, Anaho.

El otro lo seguía metido en la laguna hasta las corbas.

- No te alejes de Fakarava, puedes extraviarte y morir en el mar.

Tekao se echó a reír, dió uno o dos paletazos al agua.

- ¿Has oído jamás decir que un tuamotu se extravíe y perezca en el mar?

Pagayaba con decisión, la voz de Anaho le perseguía.

- ¡Vuelve! ¡Vuelve! - gritaba una y otra vez.

Tekao se dirigió resuelto a la desembocadura del canal. Veía desfilar la costa de la laguna: masa oscura de cocoteros junto al agua más o menos brillante.

Uno que otro puntito de luz amarillenta señalaba la existencia de las viviendas esparcidas por la vegetación. Hubiera queri-

do descubrir en cual de ellas se hallaba la mujer de la blusa verde y los zapatos rojos. Pero todo se confundía ya en la oscuridad.

El puerto estaba todavía animado: salían piraguas para la pesca a la antorcha, volvían otras de la pesca a la nasa; algunas llevaban aún copra a los almacenes de Michaud. Mujeres ociosas se paseaban por la bahía, remaban y cantaban y al paso de Tekao, tomándolo por un pescador más, le daban alegremente las buenas noches.

De la tierra no se distinguía ya nada. Sólo el restaurante chino iluminado por farolillos de colores. Pero pronto quedó atrás y también las embarcaciones.

Tekao se acercaba a la entrada del canal; pronto se hallaría soló entre los dos ribazos. Pasaba por delante del bungalow del blanco, escondido en la vegetación. De esa sombría masa de árboles, llegaba hasta la piragua el sonido nasal de un gramófono. Tekao se imaginaba a Rere tratando de consolarse de la ausencia de Michaud en compañía de Tekura y Marere y quizá también de Tihone y Tetua.

Las sombrías orillas del canal se estrechaban aún, luchaba la piragua con el rabión cada vez más rápido. En derredor, los remolinos de espuma fosforescían en la sombra y el ensordecedor chapoteo del agua se mezclaba a los rugidos del mar libre, ya muy cercano.

De súbito se calmaron las aguas, quedó atrás el fragor de los rompientes, el océano se extendía ancho y tranquilo frente al esquife.

El navegante respiraba con fuerza la primera bocanada de aire marino, olfateaba el agua salada, atisbaba la inmensidad desierta.

Ya no llegaba hasta la embarcación el menor eco de la vida de los hombres, hasta el propio fragor de la resaca se alejaba a cada nuevo paletazo.

La luna había naufragado en el mar, sólo lo iluminaba ahora el fulgor de las estrellas. Lucían a miles en el firmamento, se agrupaban por constelaciones. Siempre en su puesto, la Cruz del Sur, ~~una~~ guía de navegantes, indicaba un rumbo a Tekao. Fakarava había desaparecido en el horizonte. Hikuera estaba lejos, muy lejos aún. Quizé no llegara nunca a esa isla. No sentía prisa ni interés especial en arribar a un lugar determinado. ¿Qué más daba Hikuera que Maupite, Ranguiroa que Makemo? Ya no perseguía a su mujer fugitiva, ya no tenía siquiera mujer. Nadie lo esperaba y tampoco él esperaba a nadie.

Había pagayado bastante tiempo cuando el sueño pesó sobre sus párpados. Dejó de pagayar, se acostó en el fondo de la piragua, cerró los ojos y se abandonó al suave vaivén de las olas.